

Índice de contenido

Portadilla

Agradecimientos

Prólogo, por *Juan Miceli*

Introducción

Capítulo 1. Mundos paralelos

Mundo real versus mundo virtual

De lo analógico a lo digital, en primera persona

¿Para qué nos sirve Internet?

Los chicos y las redes sociales

Todo tiene riesgo

Capítulo 2. Nuevas formas de comunicación

Nuevas maneras de vincularse y nuevas maneras de aprender

Atención y desatención en el siglo XXI

Cuando las redes son más tentadoras que la realidad

Hiperconexión e información en exceso

Todo a un *click*

¿Quién está del otro lado de la pantalla?

Capítulo 3. Riesgos en el ciberespacio

¿Nuevos nombres a antiguos miedos?

Recuerdos y comparaciones que nos alejan de las nuevas generaciones

Edades y roles en la red

¿Quién es quién?, o acerca de los riesgos propiamente dichos

Cuando el silencio tiene sus razones

Los adolescentes, la intimidad y el sexting

¿Qué es el grooming?

Capítulo 4. Transgresiones en la red

Pantallas, pantallazos y apantallados
Búsquedas de identidad y pantallas como espejo
Adolescentes y sexualidad en la red
Exposición a cualquier precio
“Huella digital”, mucho más que un *like*

Capítulo 5. Culto a la imagen

Obsesión por la juventud y la belleza
Cuanto más *likes*, más alta la autoestima
Amores y peleas, aburrimiento y contemplación

Capítulo 6. Padres enredados

Padres, madres y docentes también somos parte de la red
Y nosotros, ¿cómo nos manejamos?
¿Qué mostramos de nuestros hijos?
Ser referentes y contener los desbordes
Caminos, errores y sugerencias

Capítulo 7. Cómo controlar y supervisar

¿Cuál es el lugar justo para acompañar a nuestros hijos?
¿Qué podemos hacer para prevenir?
Algunos indicios para detectar el ciberbullying
¿Cómo abordar situaciones de ciberbullying?

Conclusiones

Glosario

Bibliografía sugerida

Ciberbullying

María Zysman

CIBERBULLYING

Cuando el maltrato viaja en las redes

María, Zysman

Ciberbullying : cuando el maltrato viaja en las redes / Zysman María. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Paidós, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-12-9541-2

1. Bullying. 2. Acoso Escolar. 3. Violencia. I. Título.

CDD 371.782

Diseño de cubierta: Gustavo Macri

Edición: Cecilia Legarralde

Todos los derechos reservados

© 2017, María Zysman

© 2017, de todas las ediciones:

Editorial Paidós SAICF

Publicado bajo su sello PAIDÓS®

Independencia 1682/1686,

Buenos Aires – Argentina

E-mail: difusion@areapaidos.com.ar

www.paidosargentina.com.ar

Primera edición en formato digital: abril de 2017

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-12-9541-2

A Catalina y Felipe.

A Ángel.

A Miguel, mi papá.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mi familia y a mis amigos el tiempo que me permitieron “alejarme” de ellos para poder escribir. La paciencia de escucharme, una y otra vez, narrar historias de mi trabajo.

Agradezco sus esperas por los viajes, las postergaciones, las salidas inconclusas, los chats a cualquier hora desde cualquier lugar. Durante los últimos años, recorrí el país brindando talleres de prevención del bullying a chicos de escuelas primarias y secundarias, encuentros de reflexión con familias y jornadas de capacitación para docentes. Sin el sostén permanente de Ángel, Catalina y Felipe no hubiera sido posible.

Gracias especiales a Cecilia Legarralde –mi editora–, que confió en mí y me invitó a escribir mi primer libro. Su optimismo, disponibilidad y entusiasmo resurgen esta vez ante este nuevo desafío.

Agradezco profundamente a María Di Nápoli su invitación a trabajar juntas en un proyecto de Responsabilidad Social de Ángel Estrada. Fruto de este encuentro son miles los chicos participando de talleres por un buen trato, desde Jujuy a Tierra del Fuego. Aprendí con ellos a escuchar y mirar con tiempo, a revisar prioridades, a reformular estrategias.

Siempre agradecida a Silvia Longo, que desde el Área de Educación de la Universidad Popular de la Municipalidad de Villa María me invitó, por primera vez, hace casi diez años, a trabajar con docentes en su ciudad. Y seguimos renovando el encuentro.

Mi reconocimiento a todas las directoras, a todos los docentes y a todo el personal que me abrieron las puertas de sus escuelas y me recibieron con una calidez única, esperándome con canciones y desayunos.

Gracias a las familias que me escriben, a aquellas que, después de muchos años de no vernos, me contactan para decirme “gracias por seguir adelante” y me cuentan los logros de sus hijos. A los miles de visitantes a Libres de Bullying, por sus aportes y participación, sus críticas y desacuerdos, su constante apoyo.

A mis colegas y amigos Mónica Coronado y Roberto Balaguer por leer mis trabajos y compartir sus saberes. Gracias más fuertes por cómo nos divertimos trabajando.

Gracias a Lucho y Marie, compañeros de proyectos.

A Trixia Valle de México, Javier Pérez Aznar de España, Ingrid Barrientos de Bolivia, gracias por la lucha compartida.

Gracias a tantos colegas que fueron mis maestros sin saberlo; Rosario Ortega, José Avilés Martínez, Ángela Serrano.

A todos los chicos que cuestionan, escuchan y vuelven a cuestionar. A ellos, que piden un mundo con adultos que los cuiden, ellos, que desean ser esperados a la salida de la escuela y ser mirados a los ojos, con todo el cuerpo.

PRÓLOGO

Hay una fascinación ancestral de los seres humanos por plasmar imágenes. Incluso antes de la escritura ya se pintaban escenas de hombres cazando animales; después llegaron las pinturas en lienzos, las fotografías y, más tarde, el cuadro a cuadro del cine, antesala de la televisión y padre de las pantallas portátiles. Desde las cuevas de Altamira hasta los “televisores inteligentes” modernos, las imágenes quietas o en movimiento cautivan nuestra atención y generan una atracción hipnótica. El impacto que tienen en nosotros es, para mí, una parte central del planteo de este libro.

A María Zysman la conozco porque es la esposa de Ángel. Ángel es amigo de Ezequiel y Ezequiel es mi mejor amigo desde los años de la facultad. Así por lo menos nos llamábamos antes. ¿Ahora deberíamos decir amigos de Facebook o “contactos” de alguna red social? No obstante, para mí no hay *link* ni wi-fi más estable que la amistad “real”. Por supuesto que no voy a renegar de los beneficios de las redes sociales, pero todos sabemos que la virtualidad genera un vínculo más superficial que el que se cultiva en el barrio, la escuela o el trabajo, aunque sería injusto generalizar: también hay relaciones muy saludables que se mantienen en el tiempo y el espacio gracias a las nuevas tecnologías.

Pero no soy especialista, simplemente intento señalar, desde mi experiencia personal y profesional, el impacto y la fascinación que las imágenes pueden tener y provocar en nosotros. Después de haber trabajado casi veintiocho años en estudios de televisión sigo comprobando una reacción que no deja de sorprenderme: ese casi hechizo que provocan las pantallas. Los estudios tienen, además de cámaras y luces, monitores donde se ve lo que está saliendo al aire, que es lo que los televidentes miran en sus televisores. Lo curioso es que los invitados al piso, que cuentan con la posibilidad de interactuar en forma directa con los actores o periodistas, a pesar de tenerlos a unos pocos metros los miran en los monitores. Dicho de otro modo, pueden ver a la persona en todas sus dimensiones, pero eligen observarla en una pantalla plana, sin profundidad, como hacen en sus casas. Si prestan atención, pueden notar, al ver cualquier programa, cómo las miradas de los invitados y conductores se desvían hacia los monitores en vez de concentrarse en la persona que tienen delante. En los recitales multitudinarios esto también es común: aunque el intérprete esté cerca, se “verifica” el *show* en las pantallas del estadio. Evidentemente las pantallas –de televisión, de los celulares, de las

computadoras y demás variantes— por momentos manejan nuestra voluntad ante esos “cuadros vivos” que están dentro de un plano que todavía nos resulta casi mágico. Es prácticamente imposible resistirse a ese imán visual, sobre todo cuando, además, esas imágenes muestran lo prohibido o lo privado. ¿Acaso no vemos cada tanto cómo, en busca de promoción o por descuido, se viralizan escenas de sexo privadas que ocupan programas enteros?

Ahora bien, el contenido y el uso de esos mensajes mediáticos nos llevan a reflexionar sobre el daño que les pueden provocar a quienes forman parte de “grupos de riesgo”, es decir, aquellos receptores potenciales de un ataque virtual. Además de la agresión directa de una persona a otra, en el mundo virtual y mediático de hoy también abundan las situaciones de daño generalizado a menores sin protección parental.

Recuerdo ahora, porque la memoria es caprichosa, una experiencia que me marcó en mi temprana adolescencia. Soy de Necochea y con mi amigo Alejandro repartíamos volantes (ahora *flyers*) del cine de la playa a cambio de ver las películas gratis. ¡Todas las películas todas las veces que quisiéramos! Un día daban *Atrapado sin salida*, un filme durísimo con una de las diez mejores actuaciones de Jack Nicholson. Durísimo para la época y para dos chicos de 13 años que, en ese entonces, cuando las únicas pantallas eran las de los cines, pensaban que ver una película prohibida para menores de 18 era una hazaña y una transgresión extrema. Salimos turbados. Todavía me acuerdo de la escena en la que le aplican *electroshock* en la cabeza a Randle, el personaje de Nicholson, mientras aprieta una madera entre los dientes para no morderse la lengua. Hoy me arrepiento de haberla visto a esa edad porque me mostró un mundo adulto para el que no estaba preparado; me hizo quemar años de inocencia y conocer de golpe una realidad y unas imágenes que no pude borrar durante días. El filtro no funcionó. Aprendí de golpe que las restricciones por edades tienen un sentido y que cada historia posee un momento y un lugar. Por eso hay que proteger a los menores de esas imágenes que se adelantan a los procesos madurativos naturales y los exponen a un crecimiento vertiginoso. En la actualidad las pantallas múltiples, al alcance de personas de todas las edades y de fácil acceso, no filtran siquiera escenas condicionadas a la hora de la siesta. Es justamente en los medios masivos de comunicación donde empezaron a perpetrarse agresiones entre los participantes de los programas en una escalada sin control e incluso con lesiones físicas ¡y en vivo! La burla, el insulto y las embestidas en muchos casos solo se detienen cuando el agredido abandona el set de televisión. Políticos, periodistas, actores, modelos y personajes “mediáticos” en general alimentan el monstruo insaciable del *rating* a cualquier precio. ¿Es de extrañar que al día siguiente de estas emisiones, en la escuela, se repita el ataque al más débil que se vio en la tele la noche anterior?

Esto se agrava más aún cuando son los propios “mediáticos” quienes relatan y muestran en las redes sociales las peleas con sus adversarios virtuales. Y a esto se le suma la mirada de los demás que, perversamente, disfrutan del sufrimiento ajeno. El bullying hace rato que es moneda corriente en los medios y los chicos los copian. Mal que nos

pese, la audiencia aumenta cuando los programas se ocupan de denigrar a alguien, y fue en los medios masivos de comunicación donde comenzó a escenificarse el escarnio público. Cuando los menores publican fotos de sus pares sin su consentimiento para hostigarlos están replicando esa práctica televisiva. Como dice María, los chicos se juntan con sus pares para reafirmar su personalidad al contrastarse con ellos, pero, por suerte, cuando son agredidos buscan a sus padres para que los protejan.

El control de los contenidos en los medios masivos es una batalla perdida: tarde o temprano, a través del *zapping*, los chicos se toparán con imágenes que no son aptas para su edad. Y mayor aún es el riesgo que suponen los buscadores de Internet, donde están a un *click* del mundo, con todo lo que eso implica.

Los medios se manejan con una lógica económica; funcionan así, punto. No se van a autorregular, salvo que entren en juego cuestiones comerciales. En su libro, María aporta muchas ideas para cuidar a los menores, y me animo a sugerir una más: en un sentido amplio, los mayores también somos “medios de comunicación”. “Mediar” significa “intervenir”, “interceder”. Seamos entonces el medio de comunicación más escuchado en nuestras casas. Así, podremos actuar y comunicar, a través del diálogo, las pautas que nos parecen más convenientes para la salud y el crecimiento integral de nuestros hijos. Busquemos formas creativas para ser el primer “canal” que les transmita nuestros valores, el video familiar con más *likes* y ese mensaje que notifica a cada rato que siempre vamos a estar para ayudarlos.

No sé si todo tiempo pasado fue mejor. Sí sé que antes nos dormíamos abrazados a un juguete, a un oso o a un perro, y ahora muchos chicos se duermen con el celular en la mano. Confieso que yo también reviso mi celular antes de dormir y que, como lo uso de despertador, es lo primero que veo a la mañana. Pero todos los celulares son iguales (ya cambié varios y no extraño ninguno). Por el contrario, los objetos por los que uno siente afecto son únicos: todavía me acuerdo de mi compañero de sueños de la infancia, un oso amarillo que tenía un botón rojo de nariz, que quién sabe dónde estará.

Juan Miceli,
enero de 2017

INTRODUCCIÓN

Hace muchos años, cuando comencé a interesarme y a trabajar en la cuestión del bullying, incluía un apartado breve en mis presentaciones que esbozaba una nueva modalidad del hostigamiento entre pares: el ciberbullying. Solía plantearlo al referirme a los modos utilizados por los adolescentes para la exclusión social; en general, apenas enunciaba el tema, proponía luego a los padres ubicar la computadora familiar en un lugar de la casa de tránsito común a todos, para poder así supervisar la actividad *online* de sus hijos.

Eran tiempos prebanda ancha y wi-fi, en los que la manera habitual de conectarse a la Web era compartiendo una sola computadora con padres y hermanos. Así, también era posible “revisar el historial” para saber a dónde habían ingresado los chicos y eventualmente poner filtros para que no accedieran a determinados contenidos.

¡Qué lejos quedó esta escena! Hoy hemos superado la primera década de vida de las redes sociales, mientras la carrera tecnológica de teléfonos celulares y *tablets* parece acelerarse al infinito. Ahora mismo, al empezar a escribir este libro, ya sé que cuando llegue a manos de los lectores, mucho de lo aquí dicho resultará antiguo y tal vez algo *vintage*. Pero eso no me desanima, porque el fondo de lo que nos convoca no cambiará; se modernizarán los dispositivos tecnológicos y se actualizarán las plataformas que los chicos usen, pero su necesidad de acompañamiento, contención y guía seguirá vigente.

En los últimos años he recorrido toda Argentina y varios países de la región, brindando talleres de prevención del bullying a niños y adolescentes. En cada lugar, desde Jujuy a Tierra del Fuego y desde Misiones a La Rioja, los chicos me expresaron sus ideas, sentimientos y dudas respecto tanto de lo “real” como de lo “virtual”, las dos categorías en las que hoy parece organizarse el mundo: en la primera entrarían las agresiones cara a cara, en la otra, aquellas que se dan en el “ciberespacio”. Al mismo tiempo, padres y docentes desorientados me han pedido, a veces con desesperación, estrategias y formas de actuar ante casos de sospecha de ciberacoso. Las dudas relativas a cómo y cuándo intervenir en la actividad *online* de los chicos se plantean porque, a la sensación de estar metiéndose en la intimidad de sus hijos o alumnos, se contraponen el temor de que en la red sean engañados por delincuentes o depravados. Si a eso le agregamos la dificultad de muchos para comprender algunas nuevas palabras, conductas y juegos de los chicos, comenzaremos a entender por qué, frente a un mundo de nativos digitales que parece

omnipotente en el terreno “virtual”, la desorientación adulta es absolutamente “real”.

En este libro quiero abordar este nuevo mundo cotidiano que confunde, mezcla, intercala, superpone, entretiene y dispersa; un mundo absolutamente fascinante, que vino para quedarse. Por más resistencias y enojos que podamos plantear, debemos aceptar que no hay marcha atrás.

En una comparación entre épocas, recuerdo mi adolescencia: en mi casa peleábamos por quién utilizaba el teléfono, cuánto tiempo y en qué condiciones. Se trataba de un bien de intercambio que, además, implicaba el acceso obligado a “ese sillón”; claro, el sillón que estaba al lado del teléfono, el único al que llegaba el cable. Había que abstraerse de toda la situación doméstica familiar para poder hablar mucho tiempo con la mejor amiga o con el candidato de turno... y siempre alguien reclamaba. Por otro lado, a quien quisiera comunicarse con alguno de nosotros en ese momento, el límite le surgía imponente: un “ocupado” permanente, al que habría que esperar quién sabe cuánto tiempo. Justamente la necesidad de esperar es algo que debemos recordar porque sobre eso volveremos más adelante.

Con la llegada del contestador automático se abrió para nosotros un mundo nuevo. No era necesario estar tan pendiente, no había que estar sí o sí en casa, ¡nos podían dejar un mensaje! Qué emoción, si hasta hacíamos malabarismos para grabar mensajes de bienvenida con música. Tiempo después se sumó la “llamada en espera”, que uno podía solicitar a la empresa de telefonía con un costo extra y, con la habilidad para presionar las teclas necesarias en el momento justo, se podía mantener a alguien aguardando en línea, mientras se terminaba otra conversación.

Desde ese momento a la actualidad, en tecnología, pasó todo muy rápido. Faxes, computadoras (primero sin Internet), consolas de juego, e-mails, teléfonos celulares, CD, *ringtones*, chats, encuentros más o menos virtuales..., todo ha sucedido a un ritmo difícil de seguir.

Este libro tratará de acompañar a las familias y a las escuelas en esta ¿carrera? veloz hacia las actualizaciones que a veces nos imponen los chicos. Transitaremos los diversos escenarios en los que ellos se desenvuelven, los miraremos con lupa si es necesario, para poder estar presentes y no dejarlos solos. Trataremos de comprender la importancia de un emoticón o un “fueguito encendido” (¡y el riesgo de que se apague!) en la vida de nuestros chicos. Pensaremos –cuantas veces sea necesario– cuál es el mejor lugar para instalarnos frente a ellos.

Tomaremos como eje principal el ciberbullying y, a partir de allí, indagaremos en las nuevas formas de comunicarse que tienen los chicos (y no tan chicos), los riesgos que supone la soledad en Internet, en particular en los modos de utilizarlo, los vínculos o falta de ellos a partir de la irrupción de esta “invasión tecnológica” en la familia.

Comenzaremos por reflexionar acerca de los mundos en los que se mueven los chicos. ¿Será para ellos tan clara la diferencia entre mundo real y mundo virtual que mencionábamos más arriba? ¿Existe esa diferencia? ¿Qué sucede con la posibilidad de corte y de espera entre un mundo y el otro? ¿En cuál de ellos estaría la escuela? Lo que debemos tener muy en claro es que todas las emociones generadas en el mundo “virtual” tienen un efecto absolutamente “real”. Aquello que se despierta y genera en una pantalla, sale de ella y luego quien lo siente, lo siente de verdad. Y lo siente mucho más fuerte al imaginarse el vasto público al cual llegaron los contenidos. La fantasía y la realidad se superponen y dañan muchísimo al “elegido”. En este libro analizaremos las modalidades del ciberbullying y sus parecidos con nuestras actividades cotidianas de adultos. Las similitudes y diferencias con otras formas de maltrato y los sentimientos que embargan a los protagonistas.

Propongo siempre intentar comprender lo que viven los niños y adolescentes hoy, posicionándonos en sus puntos de vista, mirar con el filtro que miran ellos para, desde ahí, comunicar nuestra experiencia y ayudarlos. Tengamos en cuenta que los chicos no logran imaginarse un mundo previo a Internet, y al referírsele creen que debió ser una tortura ser niño en esa época. Alguna vez un chiquito en el consultorio me preguntó si cuando yo era niña existían los colores... vaya que se comprometió con el “antes era diferente”. De la misma manera, es impensable para muchos chicos no tener helado a disposición todo el año (y además que lo traigan a su casa), no disponer de canales de televisión exclusivos según la edad o los gustos las veinticuatro horas, o necesitar comprar discos en una disquería para poder escuchar música.

Una pregunta que suele presentarse en los encuentros de reflexión, talleres y capacitaciones para padres y docentes es la referida a las causas de que los jóvenes de hoy estén tan volcados a las actividades *online*. Esto aparece como una queja y un reclamo de los adultos, adjudicándoles a los chicos una falta de contacto o compromiso con el afuera. En esta visión, los jóvenes serían “alienados” que solo miran el celular y, en algunos casos, “víctimas” de la tecnología. Sin embargo, apenas indagamos, miramos hacia adentro y revisamos nuestras actitudes, se evidencian nuestras propias debilidades; así, no son solo los chicos quienes exponen su vida en la red. Padres, madres, abuelas y docentes también solemos confundir lo público y lo privado cuando consideramos que podemos mostrar en las redes sociales cada minuto del desarrollo de la familia (ecografías, gracias, *bloopers*, etc.) mientras los niños son pequeños. Y sin embargo, cuando llegan a la pubertad pretendemos que cuiden la privacidad e intimidad. Abundan las contradicciones y no sabemos bien qué camino tomar. De esto también trata el libro.

Recorreremos parte de los intereses de los niños y adolescentes de la actualidad: ¿a qué juegan? ¿Qué son esas ciudades de robots cuadraditos que los tienen todo el día pegados a la compu? ¿Cuál es la gracia de correr como un loco por lugares inexistentes? ¿Qué les ven a esos chicos que se filman hablando pavadas y gritando? ¿Cómo pudo mi hija

aprender a maquillarse tan bien? ¿De dónde sacó esa dieta?

Tantas son las preguntas, la búsqueda de causas y sentidos, la desolación e intentos de “encontrar al culpable” de haber “perdido” a nuestros pequeñitos en esos laberintos digitales.

Hablaremos del culto a la belleza, la necesidad de ser *likeado* para pertenecer y elevar la autoestima, de la búsqueda de éxito y popularidad, del proyecto de vida *youtubeado* e influenciado por los tuits, de los amores y desamores *texteados*, de los odios y conflictos monologados con audios por WhatsApp.

Y en esos escenarios... los padres enredados. Sin saber claramente cómo llegamos a esto, ahí estamos compartiendo tres, cuatro, diez grupos de WhatsApp de cada uno de nuestros hijos. El del curso, el del pool del colegio, el de fútbol, el de patín, el de mejores amigos del curso... mejores amigos de fútbol... y así nuestro teléfono puede vibrar sin parar un domingo a la tarde, mientras estamos en el cine. ¿Hay tarea de Lengua? ¿Mañana hay Gimnasia? ¿Saben si ya reemplazaron a la de Música? ¿Alguien encontró unas calzas a lunares? Y sus respectivas respuestas, que se multiplican al infinito... Espacios que exigen mucha actividad, que generan un exceso de información de todo tipo, así como alianzas, tácticas y estrategias que influyen también en los vínculos entre los chicos.

Con este libro quiero ayudar a comprender los mecanismos que subyacen en las situaciones de maltrato entre pares; de qué manera los chicos pueden manipular, humillar, excluir, denigrar, avergonzar a un par mediante el uso de los nuevos dispositivos y las redes sociales. Y, al mismo tiempo, pretendo hacer un aporte para que los adultos reflexionemos y hagamos un uso responsable de la tecnología, para abrir puertas y no quedar atrapados en la red.

CAPÍTULO 1
MUNDOS PARALELOS

MUNDO REAL VERSUS MUNDO VIRTUAL

Proponerme escribir sobre temas relacionados con Internet me abre a un mundo gigante y, en cierto modo, inabarcable; una suerte de *aleph* contemporáneo, en el que cuesta seguir el hilo conductor que nos guíe entre tanto por decir y por pensar. Desde ya que no se trata de comparar pasado y presente, ni mi infancia con las infancias actuales, ni los tiempos analógicos con los digitales, sino de conocer las nuevas formas de vincularse, analizarlas y tratar de comprenderlas para poder acompañar a niños y adolescentes en su crecimiento y desarrollo.

Mucho se ha escrito sobre los “nativos digitales” y sobre las dificultades que se nos presentan respecto de ellos a quienes nacimos o crecimos antes de la “era Web”. Los nativos digitales, llamados también “*millennials*” o “generación Z”, son aquellos chicos nacidos a partir de 1995, que han crecido rodeados de pantallas, con padres comunicados por teléfono celular y cámaras de fotos permanentemente a mano. Chicos que tuvieron la televisión encendida como fondo desde que nacieron, con canales las veinticuatro horas y poco silencio.

Hace unos años, cuando un bebé nacía su padre tenía un listado, preparado amorosamente por la mamá, de todos aquellos a los que había que avisarle el esperado suceso. A nadie se le podía ocurrir que sería la propia mamá, a la salida de la sala de parto, quien le enviara un audio a todo el grupo de WhatsApp creado para tal fin. Y mucho menos que el papá hubiera estado filmando el parto o subiendo fotos del bebé a las redes sociales. Los avances han sido y siguen siendo vertiginosos; cada uno, a su ritmo y posibilidades, toma y aprende lo que puede.

DE LO ANALÓGICO A LO DIGITAL, EN PRIMERA PERSONA

A comienzos del año 2000 tuve mi primera computadora con la cual, por medio de la línea telefónica, me conectaba penosamente a Internet luego de escuchar con ansiedad el inconfundible sonido del *dial-up*. Conocí entonces diferentes “salas de chat” a las que me volqué con entusiasmo y curiosidad. Así, descubrí que había en ellas mucha gente de todo el mundo que buscaba establecer conversaciones con otros, y procuraba que esos otros estuvieran bien cerca: es decir que los señores de México preferían hablar con las señoras de México, y los de Buenos Aires con las de Buenos Aires. En ese momento, eso me sorprendió muchísimo, porque lo que yo imaginaba a priori era que el chat serviría para armar redes y conocer gente de todo el mundo. Me preguntaba por qué, entonces, entraban a chatear en lugar de encontrarse en un bar cercano; hoy lo veo como uno de mis “tecnorecuerdos” más ingenuos. Cuanto más participaba de estos encuentros virtuales, más confundía los dos mundos y más comprendía la necesidad que allí

aparecía de jugar a ser otro. Se trataba de un espacio en el que cada uno, escondiendo muy bien su identidad e imagen, simulaba o trataba de simular ser otra persona. Pocos se animaban luego a dar la cara en el “mundo real”, porque el contacto cara a cara podía destruir todo aquello construido a fuerza de palabras. En cambio, al chatear con *nicknames* inventados, podían convocar al otro contando solo con esas palabras y mucho tiempo disponible.

Las salas de chat se hicieron cada vez más populares, al mismo tiempo que se difundían noticias de gente que se enamoraba, se casaba y era feliz habiéndose conocido de ese modo. Claro que a nadie se le ocurría entrar allí con su nombre real, o publicar su dirección o número de teléfono. La “clandestinidad” era parte de la mística. Al conectarse y chatear, la gente decía que se “hablaba”; uno quedaba en “verse” al día siguiente, cuando lo único que veía era la imagen de las palabras.

Poco a poco comenzaron a aparecer otros medios, otras plataformas. Ayudados por la baja de costos de la conexión, la aparición de los locutorios y la masificación de las conexiones de banda ancha, los adolescentes se hicieron fotologs y la imagen hizo su irrupción estelar en las pantallas, para romper el monopolio de la palabra. Esas primeras *selfies* eran fotos tomadas con una cámara digital frente al espejo, porque los celulares eran todavía muy rudimentarios. En esas primeras protoredes sociales se podía subir solo una foto por día y los chicos se intercambiaban “firmas”; los más “populares” eran aquellos con más “visitas”. En esta época de los fotologs fueron protagonistas los *floggers*, una tribu urbana caracterizada por peinados con jopos, flequillos y pantalones de colores vivos; algunos de esos *floggers* se hicieron relativamente conocidos en los medios de comunicación y –de alguna manera– muchos chicos anhelaban esa fama, que les permitiría salir de lo virtual para desembarcar en lo real.

En esos años, los chicos usaban dispositivos mp3 para escuchar música y los más privilegiados podían tener algún celular muy básico. Aunque no pasó tanto tiempo, si hoy miramos a nuestro alrededor, seguramente nos encontraremos con adolescentes con al menos un auricular puesto (las veces que se quitan el otro para poder escucharnos) que no desvían la mirada de sus pantallas, que parecen hacer muchas cosas juntas (la famosa “multitarea”) aunque tal vez, en el fondo, no estén concentrados en ninguna.

¿PARA QUÉ NOS SIRVE INTERNET?

Suelo comenzar los talleres que realizamos con niños y adolescentes preguntándoles para qué usan Internet. Con el correr de los años, las respuestas han ido cambiando el orden de prioridad: antes aparecía en primer lugar “para hacer la tarea” y entre los últimos figuraba “para chatear”. Ahora, lo que los chicos de todo el país responden mayoritariamente es “para estar con mis amigos”. Los chicos, conectados, “están” con sus amigos. Se vinculan, comparten, conocen, juegan, intercambian; logran estar juntos

sin necesidad de salir de la casa. Los adolescentes buscan, con sus amigos, encontrarse a sí mismos. Necesitan identificarse con sus pares para poder encontrar su propia identidad, y la tecnología los ayuda en este proceso.

Los chicos se manejan con total libertad en un ambiente (el virtual) que les es conocido y cómodo. Saben que allí cuentan con la posibilidad de encontrar algo que hacer o alguien con quien hablar en cualquier momento del día y de la noche. Es más, los chicos suelen decir que es mejor conectarse muy tarde a la noche porque a esa hora seguro encuentran a alguien. Ya no es horario de colegio o compromisos familiares, y es más probable que haya otro adolescente desvelado con quien chatear, intercambiar música, videos, chismes o simplemente sentirse acompañado. Iré desarrollando en este texto los problemas que pueden suscitarse en las redes, pero partiré de considerar que estar con otros, estar conectados, intercambiar y expresarse es una necesidad evolutiva de los chicos.

En los talleres, también suelen plantear su admiración por los *youtubers*, personajes casi simbólicos de la época. Se trata de jóvenes que alcanzan una enorme popularidad al compartir en YouTube videos de ellos mismos hablando, mostrando cómo juegan *online*, cantando o hasta relatando una receta de cocina. De hecho, el contenido no es muy relevante y, aunque muchos chicos intentan hacerlo, solo muy pocos de ellos “triumfan” y son seguidos por millones de niños y adolescentes. Algunos *youtubers*, como el chileno Soy Germán (Germán Garmendia) o el español El Rubius, han escrito libros que venden cientos de miles de ejemplares y, si asisten a algún evento, toda la zona colapsa por la presencia de sus seguidores. ¿Qué es lo que determina que uno se haga popular? ¿Por qué los chicos eligen a uno y no a otro? Es difícil saberlo, pero está claro que todos desean ser un poquito como ellos. Si a esto le agregamos que además de la notoriedad, consiguen mucho dinero a través de la publicidad que incluyen sus videos y de los auspicios de algunas marcas, comprenderemos por qué el fenómeno ha tenido una consecuencia “aspiracional” y muchos niños, hoy, quieren ser *youtubers* cuando sean grandes. Claro que cuando llegue ese momento, tal vez ya no exista YouTube ni ese tipo de videos, porque tal es el ritmo de cambio y actualización.

En lo que también coinciden niños, púberes y adolescentes es en el gusto por los juegos. De ahí el surgimiento y popularización de nuevas palabras como *gamer* o *noob*. (No se desesperen, al final del libro hay un glosario que pueden consultar cada vez que lo necesiten.)

Los chicos juegan en consolas, computadoras, *tablets*, teléfonos e iPads. Juegan solos y en red, y pueden elegir entre un abanico enorme de posibilidades: desde construir ciudades o correr carreras hasta matar zombis. Las opciones son más o menos aceptadas por nosotros, los adultos.

Muchos juegos los compramos en “paquetes”, sin conocer verdaderamente en qué consisten; otros, los chicos los consiguen por sus propios medios; a muchos acceden con facilidad en la Web. Cada familia tendrá su opinión con respecto a qué juegos aceptar,

pero es importante saber que los chicos se conectan con otros jugadores; a veces conocidos y otras tantas... no. Y esos otros pueden, tal vez, no tener la misma edad que nuestros hijos o no tener buenas intenciones.

Hay chicos muy apasionados por determinados juegos que pueden pasar horas y horas jugando. Ellos mismos utilizan el término “viciado” para referirse a quienes no pueden abandonar el *joystick* (control de la consola, que significativamente se traduciría como “palito de la alegría”) o el teclado.

A través de Internet hoy los chicos se comunican, miran videos y los generan, escuchan música, la intercambian, juegan, buscan información, la comparan y comparten; claro que en esa catarata rebosante de información, también se apabullan. Es tanto lo que se puede saber y conocer en la Web que más que nunca los chicos necesitan adultos que los ayuden a procesar, elegir, conceptualizar, integrar y “digerir” contenidos.

LOS CHICOS Y LAS REDES SOCIALES

Revisemos ahora las redes más visitadas por los chicos de nuestra región para poder profundizar en los cuidados que debemos brindarles.

Como dije antes, los chicos quieren estar juntos. Quieren hablar y sentirse acompañados por sus amigos en todo momento. Quieren contar en tiempo real lo que sienten, lo que ven, lo que escuchan y piensan, quieren mostrar qué se van a poner para salir a bailar o cómo les quedó el nuevo corte de pelo. Necesitan del constante *feedback* de sus “iguales” para sentirse seguros antes de salir al ruedo.

Vamos entonces a intentar desmenuzar un poco las diferentes redes para no sentirnos absolutos extraterrestres al tomar contacto con palabras, contenidos o neologismos utilizados por los chicos. Cuando en los talleres con padres o docentes les pregunto quién usa Facebook, todos o casi todos levantan la mano. ¿Quién no sabe qué es Facebook en estos tiempos? Y si continúo con quién usa Twitter, ya bajan algunas manos pero igual sabemos de qué estamos hablando, con WhatsApp retomamos la seguridad y nuevamente todas las manos levantadas. Así sigo hasta que, ante el “¿quién usa Snapchat?”, quedan dos o tres manos levantadas de las maestras o madres más jóvenes. Claro, precisamente ahí donde no estamos están los chicos.

Los adolescentes necesitan estar juntos pero a la vez estar solos, no con la mamá, la tía o la abuela. Necesitan compartir códigos que nosotros –los adultos– no conozcamos. Necesitan complicidades y espacios para ellos. El día que invadamos Snapchat habrán migrado hacia otra parte, y eso está bien. Lo que debemos pensar es qué herramientas les ofrecimos *antes* como para que puedan elegir, cuidarse a sí mismos y cuidar a los otros, en estos espacios donde se moverán solos. Cómo les enseñamos hasta dónde se puede llegar, cómo y cuándo pedir ayuda, qué exponer y qué preservar, cuándo retirarse,

a dónde entrar... Y eso es lo más difícil.

Facebook fue la primera red social que impactó fuertemente en los adolescentes. Luego de los fotologs que ya mencioné, los blogs (parecidos a los diarios personales de antaño), la red MySpace y algunas otras plataformas “de nicho”, Facebook se presentó como una oportunidad muy simple para interactuar, generar contenidos, compartir imágenes, videos y música. Rápidamente, púberes y adolescentes colmaron esta red social ante la mirada perpleja de sus familias. Al ofrecer también la posibilidad de jugar, invitaba a los más chiquitos a querer tener un perfil, viendo a sus hermanos mayores alimentando a su *pet* o cultivando zapallos en el Farmville.

Así, casi sin darnos cuenta, en Facebook llegamos a estar casi todos, para compartir fotos y comentarios de nuestra familia, de nuestra casa, de nuestras fiestas y acontecimientos cotidianos. Opinamos sobre cualquier tema, felicitamos a todos, festejamos nacimientos, lamentamos los problemas de quienes nunca conocimos, nos acongojamos por el fallecimiento de actores, escritores y próceres. Es como una plaza de otros tiempos, en la cual todos los vecinos se acercaban para ponerse al día e intercambiar sus mercancías.

Pensemos ahora en Twitter, una red social en la cual mediante frases cortas (máximo 140 caracteres) uno dice lo que quiere. Aquí se busca tener seguidores (en Facebook, en cambio, tener amigos) y para conseguirlos hay que ser muy original, creativo, sintético e insistente. También hay que compartir (retuitear) lo que dicen otros, hacerlo rápido, tener la primicia. El intercambio en forma de diálogo es menor y para el que no está muy entrenado es imposible seguir una conversación. “Es que no es para conversar”, me diría un tuitero. Twitter permite que la gente se exprese, se provoque, se defienda, construya su autoestima, o todo lo contrario, acorde a la cantidad de seguidores que posee.

Los adolescentes utilizan Instagram para subir fotos y videos. Es una red social que permite usar filtros, agregar marcos, colores y efectos que embellecen la imagen. Los contenidos se pueden enviar por mensaje privado, compartir con algunos contactos o abrir a todos. En Instagram la imagen es el mensaje y casi no hay palabras. Generalmente se usa “enlazada” con Facebook y Twitter, de manera que los contenidos también se publican automáticamente en esas plataformas. Las fotos se pueden guardar en el dispositivo (teléfono, *tablet*, iPad) y subirse cuando se desea.

El WhatsApp es una aplicación de mensajería instantánea para teléfonos móviles inteligentes (*smartphones*). Permite enviar texto, imágenes y audios, y, al estar muy popularizada, nos conecta con muchísima gente. Es gratuita, solo necesita disponer de conexión a Internet, y nos habilita también a conectarnos y conversar con nuestros afectos aunque estemos a miles de kilómetros de distancia.

Snapchat funciona de manera similar a Instagram y WhatsApp, pero incorporó una característica nueva, que seduce y convoca muchísimo a los adolescentes: el carácter

supuestamente efímero de las publicaciones. En efecto, así como vimos que en las otras redes los contenidos se guardan y se pueden reenviar, en Snapchat el usuario determina cuánto tiempo podrá ver la foto el receptor, hasta un máximo de 10 segundos, luego de lo cual se autoelimina. Ya veremos más adelante los riesgos que esta promesa genera.

En Snapchat no es muy importante la “calidad” de la imagen, sino que se prioriza la rapidez y la espontaneidad, el mostrar pequeños momentos de la vida cotidiana que no son muy importantes como para dedicarles más tiempo. Se incluyen textos brevísimos, decoraciones, *stickers* y adornos. Una característica muy apreciada por los usuarios es la posibilidad de intercambiar las caras de manera automática cuando en una foto se retrata a más de una persona.

Por su parte, YouTube es un sitio web (aunque en cierto modo podría ser considerado también una red social) que permite ver y subir videos gratuitamente. Allí se pueden encontrar clips musicales, películas, programas de televisión, conciertos, conferencias... todo aquello que pueda ser filmado, contado, explicado. No es exclusivo para profesionales y cualquier *amateur* lo puede utilizar a partir de su propio material. Como en la actualidad resulta muy fácil filmar y ser filmado, con cualquier celular, *tablet* o computadora los chicos se filman todo el tiempo, se muestran y se miran, con las mejores o peores intenciones.

En YouTube también se alojan muchos “tutoriales”, que consisten en videos que enseñan algo, desde cómo coser un botón a cómo resolver una ecuación, cómo maquillarse los ojos o construir explosivos. Por eso, si los chicos quieren saber algo, lo consultan en YouTube o en Google.

Vale en este punto la aclaración de que las redes sociales mutan permanentemente por razones de marketing e incorporan elementos que son exitosos en otras, con el propósito de conservar a sus usuarios y seducir nuevos. Aquí solo me refiero al espíritu general de cada plataforma, porque no se trata de un tratado sobre Internet ni una comparación a fondo entre las diferentes redes. Solo quiero transmitir algunas pistas, bases y códigos para que sepamos de qué hablamos cuando hablamos de los chicos y sus vínculos a través de las redes y –sobre todo– de cuáles son los riesgos a los que se exponen. A partir de ahí, pensar también qué uso hacemos nosotros de las mismas posibilidades.

TODO TIENE RIESGO

Hasta aquí repasamos rápidamente la potencialidad de todo este universo digital, pero seguramente comenzamos a intuir algunos riesgos. ¿Cuándo, cómo y con quién permitimos que nuestros hijos accedan a dispositivos tan poderosos? ¿Cuándo, cómo y en qué contexto ofrecemos una *tablet* o un celular a un niño? Si bien desarrollaré en profundidad este punto en otro capítulo, podría resumir los mayores riesgos en dos:

- La posibilidad de que los chicos se vinculen con sujetos malintencionados que los puedan dañar.
- El peligro de que accedan a contenidos inapropiados para su edad.

Es común ver madres, padres y abuelos maravillados ante niñitos de 18 meses que manejan *tablets* sin dificultad. Los pequeños buscan, tocan, abren y cierran ventanas, desplazan sus deditos por pantallas luminosas y atractivas, con sonidos y colores que los convocan y que no les oponen resistencia alguna. Los mayores les ofrecen estos dispositivos, sorprendidos por la “inteligencia” de las criaturas y convencidos muchas veces de que así serán adultos exitosos, porque se trata de la “herramienta del futuro” y cuanto más temprano accedan, más desarrollarán sus aptitudes. Además, como beneficio adicional, los chiquitos están entretenidos con la pantalla y no molestan, mientras parpadean fascinados por Peppa Pig o Marama. De ahí en más... bienvenidos al mundo digital. A pasos agigantados y con una velocidad siempre mayor a la nuestra, los chicos sabrán programar nuestra televisión, chatear con parientes lejanos, escuchar sus canciones favoritas, sacarse *selfies*, subirlas y compartir todo lo que esté a su alcance.

No estoy ajena a este mundo tecno y entiendo los desafíos y las contradicciones que nos plantea a los adultos. Hace unos días le pedí a mi sobrinito de 4 años que me mandara “mensajitos de voz” porque lo extraño (nos vemos poco... y él suele usar el teléfono de su mamá para enviarme dibujitos vía WhatsApp), a lo que me respondió: “Mejor te mando audios”. ¿Quién no se enternece con estas respuestas? ¿Quién no ha subido fotos de los logros de sus hijos inflando el pecho de orgullo? No intento “bajar línea”, juzgar o imponer. Me propongo compartir experiencias y caminos de reflexión para ayudar a que los chicos se puedan cuidar, para que confiemos en ellos y seamos lo más coherentes que nos sea posible.

Se trata de hacer un “uso responsable de la tecnología”, como rezan los titulares y las propuestas bienintencionadas, claro que sí. El problema es definir qué es uso, qué es responsable, qué es sensato a cada edad, y cuánto reflexionamos y decidimos respecto de lo que ofrecemos a los chicos. El famoso “todos lo tienen” nos lleva muchas veces, y sin darnos cuenta, a comprar o permitir el uso de muchos dispositivos que –en otro contexto– no aceptaríamos.

El uso responsable implica pensar antes de actuar, decidir lo más libremente posible qué es mejor para uno, no dejarse arrastrar por el “qué estás pensando” de Facebook, elegir los propios contactos, conocer los riesgos de dar acceso a la propia vida a tanta gente, poder postergar la acción, poder desconectarse, ser consciente de que todo aquello que se hace en las redes, queda guardado allí. Y queda guardado aunque luego queramos eliminarlo. También implica saber que desde el momento en que una cámara fotográfica ingresa en una relación, allí hay otro ojo que mira. La foto es, de alguna manera, la invitación a que otro, alguna vez, pueda mirar.

Uso responsable es decidir, en cada contexto, preservándonos y respetándonos. No me refiero con esto solo a aspectos de la sexualidad o la intimidad, sino también a aquellos que ponen en riesgo la supervivencia: ¿es razonable caminar en medio de una multitud mirando fijo al celular para escribir un mensaje? ¿Y bajar una escalera lentamente, frenando a cientos de personas porque quiero contestar un WhatsApp? Ni hablar de andar en bicicleta con auriculares y chateando... a menudo parece que no tuviéramos claro el verdadero significado de la “responsabilidad”.

Pero aunque estoy escribiendo, principalmente, sobre los jóvenes, la cuestión nos involucra también a los adultos que, por ejemplo, suelen chatear mientras conducen un auto. Por eso, uso responsable también es, a mi entender, dejar un rato el teléfono celular para recibir a los chicos que llegan a casa o salen del colegio, guardarlo en la cartera para hamacar a nuestro pequeñito en la plaza, postergar una respuesta si estamos en el cine o bajar el volumen en un restaurante.

En este sentido, y dado que nos gusta mucho definir las nuevas “tecnosituaciones”, circula últimamente un nuevo término: el *phubbing*. Dicho de manera sencilla, se refiere a prestarle más atención al celular que a las personas “de carne y hueso” que están con nosotros. No sacar los ojos del móvil, ignorar a nuestros amigos cercanos para atender urgentemente a aquellos lejanos. Si es que la presencia material significa cercanía...

Creo que tenemos que hablar con los jóvenes de estas cosas. De los usos y abusos que cometen ellos y de aquellos que cometemos nosotros. Incluimos como parte de este lío, de esta falta de respuestas, de esta necesidad imperiosa de distraernos y evadirnos. Preguntarnos juntos cómo nos gustaría estar, cuáles son los modos más amorosos de convivir, incluyendo la tecnología. No sé si encontraremos todas las respuestas, pero seguro habremos retomado al menos un poco la costumbre de conversar entre nosotros.

Capítulo 2
NUEVAS FORMAS DE COMUNICACIÓN

NUEVAS MANERAS DE VINCULARSE Y NUEVAS MANERAS DE APRENDER

“Esperar.” En la introducción del libro les pedí recordar esta palabra y aquí veremos por qué.

En una publicidad televisiva difundida hace poco tiempo, un niño se lastimaba la rodilla y lloraba. La mamá, con mucho amor, le decía: “Sana, sana, colita de rana, si no sana hoy sanará mañana”, frente a lo que el niño respondía desesperado: “¡No, mañana no, no puedo porque tengo fútbol, inglés y...!”. No podemos esperar, no enseñamos a esperar o tal vez no sepamos hacerlo. Otro anuncio aseveraba: “No hay tiempo para el dolor... compre (X)calm”. No hay tiempo ni posibilidad de esperar en este siglo XXI. Parecería que debemos anular los procesos y conseguir “resultados positivos” de manera inmediata y eficaz. Y que, además, esos resultados deben ser indefectiblemente exitosos. El “llame ya” irrumpe en la vida cotidiana de todos y más aún en la de los niños y adolescentes. Si a esto le agregamos que en la computadora y en los demás dispositivos tecnológicos ellos pueden abrir y cerrar aplicaciones y pantallas con la velocidad de un rayo, completaremos el contexto.

Es una escena común encontrar a nuestros hijos despatarrados en una silla, con los auriculares puestos, la vista fija y perdida, al mismo tiempo, el televisor encendido, dos o tres comandos al alcance (muy al alcance) de la mano y un continuo “ruidito/vibrador/pajarito” que anuncia la llegada de mensajes. Si les preguntamos qué están haciendo es probable que respondan “un TP de Biología con los chicos” o “el PowerPoint de Lengua”. Sí, están con los chicos. Ya no se reúnen con una cartulina y el manual para hacer un “trabajo en equipo”, sino que crean un grupo de WhatsApp, se distribuyen las tareas y comparten los archivos. Alguno es el responsable de organizar el material y darle nueva forma. Si alguien es muy bueno en ortografía oficiará de “corrector” y, en caso de no existir este integrante, pues... corregirá Word.

Se acabó el grupo de chicos en la cocina recortando figuritas para la lámina, la compra de *Billiken* (o *Genios*... no soy tan antigua) y el ruido en casa. Ahora, cada uno a sus auriculares, y por lo tanto risas que solo comprende quien se ríe, carcajadas en solitario y –en caso de tener varios hijos– la situación repetida al unísono. Pueden reírse de lo mismo estando en ambientes diferentes ya que –entre hermanos– comparten sus *memes*, *flyers* y *gifs* por mensaje o chat (les vuelvo a recordar que hay un glosario al final del libro). En este contexto los chicos se vinculan, comparten y aprenden. Aunque nos parezca raro y por momentos creamos que es imposible, que están “todo el día paveando”, debemos asumirlo: así los chicos aprenden. Más adelante veremos qué aprenden o pueden aprender.

Desde hace muchos años, atiendo en el consultorio a niños y adolescentes que necesitan apoyo para organizar su actividad escolar; por diversas causas acuden a mí y traen sus tareas. La tarea escolar siempre la he abordado en la consulta, y habitualmente venía a través de un cuaderno de comunicaciones, agenda o alguna nota desesperada de las madres. A partir de cierto momento, ante mi invitación a ayudarlos, los chicos comenzaron a sacar su celular. Cuando yo, que esperaba un cuaderno, me sorprendía (¡otro tecnorecuerdo ingenuo!), el niño me mostraba la foto de la tarea “que no alcancé a copiar” o el más adolescente me decía: “¿Para qué voy a copiar si le puedo sacar fotos?”. Capítulo aparte merece la foto de la tarea que “consiguió mamá” en el grupo de WhatsApp de madres del colegio. Algunos docentes me han contado también que son ellos quienes proponen a los alumnos sacar fotos del pizarrón para “hacer más rápido”. No hay tiempo, no hay proceso, no hay escritura en cursiva y sobra apuro. En este escenario, la foto y el video reemplazan habilidades y ayudan a llegar a la meta. Claro que habrá que preguntarse si la meta realmente era esa.

Además de comprender qué son las “nuevas maneras de...”, con los nuevos dispositivos tecnológicos me vi obligada a incorporar lupa y lentes a mi escritorio... ¿Cómo hacen estos chicos para ver algo tan chiquito, luminoso y brillante sin que les bailen las letras como a Felipito Tacatún? (1) Los *millennials* han desarrollado habilidades nuevas: la yema de sus dedos es mucho más sensible, pueden escribir en teclados *touch* a una velocidad increíble, leen como si pasaran un escáner, retienen datos captados en imágenes y videos; integran estímulos con mucha facilidad (lo que oyen, lo que ven, lo que juegan). Pero también, según mi experiencia, tienen dificultades para profundizar, concentrarse por más de cinco minutos y tolerar la frustración. Les cuesta encontrar en sí mismos las ganas de hacer algo, la motivación interna; esperan que desde afuera les propongamos o los invitemos a hacer algo más divertido que aquello que encuentran en la Web. Salir y desconectarse de sus amigos debe ser solo por algo muy interesante. ¿Cómo hacemos?

ATENCIÓN Y DESATENCIÓN EN EL SIGLO XXI

No voy a referirme en este apartado a los problemas de desatención que presentan niños y adolescentes diagnosticados (mal o bien) con ADD o ADDH, (2) ni a cuestionar si esta patología existe o no. Hay profesionales especializados e idóneos a los que se puede recurrir en tales casos. Pero sí propongo poner a consideración el aumento de las consultas en relación con este tema, la queja frecuente de docentes y padres sobre “el chico no me presta atención”, “se distrae”, “está en la luna”, o “solo se concentra en los juguitos”. ¿Podemos esperar que niños y adolescentes atiendan a una clase expositiva básicamente hablada cuando en su celular encuentran todo el tiempo movimiento, música, amigos, recuerdos y proyectos? ¿Nos prestarán su atención cuarenta y cinco minutos para que les expliquemos cómo es un mamífero cuando ya lo han visto en

acción una y mil veces en YouTube? ¿Podrán atendernos si están pendientes de resolver una pelea amorosa por WhatsApp? ¿Cómo conseguimos que nos den esa atención? Y en casa, ¿cómo logro que mi hijo deje la Play y venga a comer cuando lo llamo? ¿Cómo lo ayudo a organizarse con sus actividades, si ni me mira cuando le hablo?

Estas son las inquietudes y angustias que recibo a diario, y para responderlas, en primer lugar, necesito en cada caso comprender la historia del niño. Pero hay algo que es común a todos y es la desorientación adulta ante chicos que no registran la autoridad en los términos acostumbrados hasta ahora. Chicos que quieren hacer todo junto, que quieren imponer sus deseos y que “saben todo”. Se trata de chicos que probablemente han sido entretenidos por nosotros con pantallas, cuando queríamos conversar con amigos en una sobremesa o esperar en un consultorio médico. Les dimos “chupetes” para que no se aburrieran (y molestaran) y luego pretendemos que los dejen por voluntad propia.

En las casas parecería que estamos jugando al “Antón Pirulero”, donde cada cual atiende su juego. Y así aparecen los celulares en la mesa y las *laptops* a mano, porque todo es importante para quien lo recibe y es difícil postergar una respuesta. Nadie quiere “clavar un visto”, pero deja clavado a quien tiene adelante.

En este punto, les pido que miren dentro de ustedes y registren si también pueden prestar atención a las demandas familiares cuando están chateando con amigas o respondiendo a una cuestión laboral interesante. Recuerden, honestamente, si no les ha costado dejar la computadora para sacar algo del horno... o cómo han (¡hemos!) quedado pegados al Candy Crush. (3) Y, más aún, ¿nunca atienden el celular mientras conducen?

Es por esto que propongo que revisemos nuestras actitudes antes de cuestionar las de los chicos, para considerar qué atendemos cuando no atendemos, cuánto nos miramos si estamos con la vista fija en el celular, cuánto conversamos si dejamos la novela turca de fondo en el único rato en el que podemos compartir-nos en familia.

CUANDO LAS REDES SON MÁS TENTADORAS QUE LA REALIDAD

Más allá de todas sus otras funcionalidades y beneficios, las redes sociales tienen una característica especial: en ellas podemos ser quienes deseamos. Podemos recortar nuestra realidad y compartir solo lo que nos gusta o nos deja bien parados. Podemos elegir las fotos más lindas, las mejores noticias y los acontecimientos más bellos de nuestras vidas, como así también cuándo y cómo hacemos intercambios con los demás. En las redes sociales armamos y desarmamos nuestros vínculos *a piacere*. Si queremos nos quedamos, si nos abruman nos podemos retirar.

En la vida real nada de esto sucede. En nuestros encuentros con los otros surgen inconvenientes, nos cruzamos con personas a quienes no queremos ver, debemos compartir espacios con gente que, tal vez, hable demasiado fuerte o use un perfume

desagradable, nos piden y reclaman, nos dejan plantados, se demoran, se nos corre el maquillaje y la luz no siempre nos favorece. No podemos mostrarnos felices ni exitosos todo el día y debemos responder, de mejor o peor manera, a una gran cantidad de exigencias.

A los chicos les sucede lo mismo. En la red no se aburren, siempre encuentran algo para hacer, siempre encuentran amigos, y si un juego se transforma en monótono o imposible pues... *click* y aparece otro. “Cuando estoy con la compu el tiempo me pasa muy rápido, no me doy cuenta de que se me hizo tarde para venir para acá –me explica José, de 15 años–. Me pongo una alarma, pero de pronto me doy cuenta de que me olvidé para qué era la alarma o me cuelgo chateando con una amiga.” El tiempo pasa rápido cuando uno está entretenido y se hace larguísimo cuando eso no sucede. Y, precisamente, eso no sucede en la escuela: “No pasa más la hora, no aguanto a esa profe, ¿cómo no voy a sacar el celu?”. Las pantallas aparecen en este contexto como calmantes. Sirven “para aguantar”. ¿Qué es lo que duele tanto entonces? ¿Qué es lo que hay que aguantar?

HIPERCONEXIÓN E INFORMACIÓN EN EXCESO

“Peppa Pig (4) se cortó las venas porque es lesbiana”, anunció Sol, de 5 años, al llegar al consultorio. Me quedé perpleja, sin comprender del todo qué estaba sucediendo. ¿Fantasía? ¿Juego? ¿Repite algo que escuchó? Yo no salía de mi asombro y, mientras tanto, comenzamos a jugar con muñecos. La niña construyó un juego riquísimo en el que abundaban princesas, reinas, animales de granja; se golpeaban entre todos, gritaban... Sin profundizar ahora en lo que le estaba sucediendo a Sol, al finalizar esa tarde de consultorio se me ocurrió buscar videos de Peppa Pig en YouTube.

Efectivamente, disimuladas entre muchos videos auténticos y con un aspecto visual similar a los ojos de los más chiquitos, encontré las “parodias”, animaciones editadas en las que Peppa Pig va al supermercado a comprar drogas, mientras suena la canción “Marica tú, marica yo”... hay explosiones, cerditos en la cama y tanto más, hasta que finalmente Peppa se pega un tiro. Inmediatamente comienza otro video en el que la cerdita se corta las venas.

¿Cómo y cuándo una niña de 5 años pudo acceder a este material? ¿Desde qué dispositivo? ¿A quién le contó lo que vio? Sol, y tantos chicos como ella, pueden dar con este tipo de videos en cualquier momento del día desde las *tablets* o celulares que “todos tienen” y “todos usan”. Lo hacen en su casa, muchas veces con adultos alrededor, que ni se detienen a mirar con ellos, creyendo que se trata simplemente de dibujitos. De esta manera, llegan a contenidos referidos a temáticas que no pueden comprender ni procesar, y se angustian. Como el de Peppa, hay una enorme cantidad de dibujitos, canciones y cuentos modificados, a los que se accede fácilmente al hacer *click* en una imagen

conocida para los chicos.

Ya más grandes y con la posibilidad de leer y escribir, el universo que se abre es inmenso. Los chicos, a través de Internet, se encuentran con todo tipo de contenidos, muchos de ellos desagradables o violentos; a veces tienen que ver con el sexo y otras con la violencia. En una encuesta reciente realizada por Unicef en Argentina, (5) ocho de cada diez niños y adolescentes señalan haber tenido alguna experiencia negativa a través de Internet en el último año. Frente a la pregunta de qué cosas perturbadoras habían encontrado, el 37% señaló contenidos pornográficos; 24%, imágenes o comentarios violentos; 20%, bullying; 13%, contenidos discriminatorios, y 5%, fotos de chicos enfermos o muertos.

Los niños leen, conocen, naturalizan. Chicos de 7 años hablando de la marihuana o de las cocinas de droga, del narcotráfico o la moda de ser *swinger*. “Yo sé de todo eso, porque me gustan los portales de policiales y ahí te explican”, me aclaraba Martincito, de 8 años. Es importante que decidamos con todo el sentido común que tengamos a disposición, qué pantallas les ofrecemos a los chicos. Es difícil, lo sé, pero tenemos que priorizar la experiencia directa de los más pequeños en el mundo real; ofrecerles la oportunidad de experimentar, jugar, embarrarse, hacer pozos, perseguir hormigas y maravillarse de cuánto les pesan las hojitas, o cómo van en fila hacia el hormiguero. Mantener la posibilidad de trepar, moverse, saltar o pisar charcos antes de ver videos sobre la vida en la naturaleza. Darles fideos para hacer collares o revistas para recortar, mirar y escuchar cuentos, apilar bloques, sentir olores...

Las experiencias sensoriomotrices son las que ayudarán a los chicos a construir eso tan ponderado en este siglo: la inteligencia. Cuando juegan en la *tablet*, la mayor parte de las veces no la están construyendo. El inteligente es el dispositivo, no el niño (¡lamento la desilusión!), y lo va a estimular solo si le ofrece la posibilidad de hacer preguntas y esperar las respuestas, si favorece el juego, la duda e incertidumbre. Si le permite “no saber”, porque este será el motor para averiguar; si le da tiempo para que conozca el mundo y construya sus propias hipótesis. Por ese camino, el niño crecerá y aprenderá. No va a quedar excluido del mundo laboral por no haber usado Internet de pequeño.

Con esto no quiero decir que la tecnología sea mala o dañina, pero evaluemos en qué momento y en qué condiciones la ofrecemos a los chicos. Cuánto dejan de hacer por estar ahí, obnubilados, sobreentrenados...

TODO A UN *CLICK*

El título de esta sección ya es prácticamente un eufemismo, porque ya casi ni *click* hacemos. Ahora estamos en la época del *touch*, en la que desplazamos las yemas de los dedos sobre las pantallas, objetos que no nos ofrecen ninguna resistencia para acercarnos

a una variedad inagotable de temas, salvo que se corte el wi-fi, la luz o se termine la batería.

“¿Qué estás pensando?”, pregunta Facebook, y Pedro escribe: “Los de mi curso son todos unos boludos”, e inmediatamente se desencadena una catarata de comentarios, insultos, agravios y fotos de Pedro en situaciones vergonzosas. “¿Por qué escribiste eso, Pedro?”, le pregunto. “Porque es lo que estaba pensando”, me responde.

Pedro es ingenuo, literal, presenta dificultades para hacer amigos, no entiende mucho de códigos sociales y se suma a todas las redes con la esperanza de resolver alguna de estas cuestiones. Responde a las demandas de la red sin detenerse a reflexionar, acepta todas las solicitudes de amistad, pide contacto a todas las sugerencias de amigos, se suma a cuanto grupo lo invitan. Apenas un segundo es necesario para que Pedro se exponga abiertamente a la mirada de todos, para que ofrezca material de sí mismo que luego puede ser utilizado en su contra.

Con un simple *click* o *touch* se expone, genera situaciones de las cuales no puede salir, intenta hacerlo y con cada aporte se hunde más.

Con un solo *click*, Andrea (17) envió a su novio un video íntimo porque lo extrañaba y con un solo *click* su novio lo compartió con sus amigos que tanto “lo gastaban” para hacerles ver que no era tan *loser* como ellos le decían.

Con un simple *click*, Melu (14) le dio amistad a Maxi, que le dijo tener 15 y, derretida por sus encantos, fue cediendo a todos sus pedidos. Cuando descubrió que tenía 45, él ya tenía en su poder fotos y videos de contenido sexual para utilizarlos como más quisiera; incluso para extorsionarla.

Es urgente e imprescindible hablar con los chicos, no en tono de sermón o reprimenda, sino para habilitar un espacio de intercambio, enseñarles a que sean ellos quienes deciden, a conciencia, qué quieren compartir. Para que, conociendo los riesgos, elijan. Que los impulsos no sean el motor que define qué suben o qué comparten; que piensen, evalúen y decidan. Que tengan derecho a la originalidad y eviten sumarse al “todos van”, “todos lo hacen”, “todos tienen”.

¿QUIÉN ESTÁ DEL OTRO LADO DE LA PANTALLA?

“¿A quiénes admitís en tus redes sociales?”, pregunto a los chicos en los talleres sobre uso de la tecnología. “A mis amigos”, responden. “¿Y quiénes son tus amigos? ¿En qué te fijas para saber que son tus amigos? ¿Cómo estás seguro de que es la persona que dice ser? ¿Contás muchos secretos cuando chateás?” Son tantas las preguntas para llevarnos a la gran pregunta: ¿quién está del otro lado de la pantalla?

No hago esto simplemente por los riesgos de que los chicos se vean expuestos al

grooming, extorsiones, robos, etc., sino para que comiencen a sospechar que no todo lo que se ve en Internet es lo que parece. Que, por ejemplo, si son menores de 13 años, ellos mismos han mentido para crear una cuenta de Facebook y que mentir es fácil para todo el mundo, con mejores o peores intenciones.

Los teléfonos, las computadoras, las pantallas en general, nos acercan y nos alejan al mismo tiempo. Nos invitan a exponer y a recibir aquello expuesto por otros a veces – incluso– sin desearlo. Accedemos a la intimidad de nuestros contactos, leemos información que no nos interesa, nos “empachamos” o “empalagamos”. ¿Cómo podemos poner un límite? ¿Cómo seleccionamos sin ser antipáticos? ¿Cómo organizamos la información? ¿Es todo “lo mismo” en las redes sociales? ¿Tenemos derecho a “no leer”? ¿Tenemos derecho a elegir?

En tiempos de nuevos lenguajes, hacernos estas preguntas es imprescindible.

-
1. Felipito Tacatún, personaje del cuento “La Plapla”, de María Elena Walsh.
 2. Siglas con las que se denomina el trastorno por déficit de atención (ADD, por su sigla en inglés) y el trastorno por déficit de atención con hiperactividad (ADHD, por su sigla en inglés).
 3. Juego muy difundido en la red social Facebook.
 4. Protagonista de una serie infantil de dibujos animados, de origen británico, muy popular entre los niños pequeños durante la última década.
 5. “Chic@s conectados”, investigación sobre percepciones y hábitos de niños, niñas y adolescentes en Internet y redes sociales. Kids Online Argentina y Unicef, Buenos Aires, junio de 2016.

Capítulo 3
RIESGOS EN EL CIBERESPACIO

¿NUEVOS NOMBRES A ANTIGUOS MIEDOS?

“No subas al ascensor con desconocidos”, “Si vas a tomar algo que abran la botella adelante tuyo”, “En el colectivo quedate atrás del conductor”, nos decían nuestras madres. ¿Con qué palabras habrán expresado los mismos miedos nuestras abuelas? Miedo a que avancen sobre nuestros hijos, a que los hagan sufrir, a que abusen de su ingenuidad, a que los obliguen a hacer aquello que ellos no desean... Miedos profundos incentivados por lo que leemos y escuchamos en los programas de noticias y en las redes sociales.

Dar autonomía a los chicos siempre ha generado temores y angustias. Separarnos de nuestros hijos implica algo de dolor. Ya cuando los dejamos en el jardín de infantes por primera vez, o cuando se quedan a dormir fuera de casa, sufrimos un poquito. Es un sufrimiento tolerable que se repetirá a lo largo de la vida con cada avance en esta dirección, y es necesario atravesarlo, con confianza y optimismo, porque nuestros hijos necesitan separarse de nosotros, adquirir autonomía e independencia. Gradualmente los acompañamos en este camino.

Cuando salen solos la primera vez, cuando piden ir al kiosco cercano sin nosotros o cuando les enseñamos a viajar en colectivo, solemos advertirlos y prepararlos para responder a eventualidades. Algunas somos más ansiosas, otras serán menos preocupadas. Hay tantos estilos como familias. Lo cierto es que vamos ofreciéndoles posibilidades de acuerdo con sus edades y dándoles consejos de cuidado personal. A ninguna mamá con sentido común se le ocurriría dejar solo en su casa a un bebé de 18 meses, o pedirle a una niña de 4 años que encienda el horno; tampoco le diríamos a un chico de 9 o 10 años que puede regresar solo al hogar a la madrugada. Conocemos los riesgos, hemos atravesado esas situaciones como hijos, tenemos en cuenta lo que puede suceder y ofrecemos estrategias, permisos o límites acorde a ello.

Sin embargo, cuando se trata de tecnología, de usos, abusos, riesgos o excesos, nos encontramos desorientados.

RECUERDOS Y COMPARACIONES QUE NOS ALEJAN DE LAS NUEVAS GENERACIONES

No todo tiempo pasado fue mejor y pretender aplicar las mismas estrategias y enunciar idénticas advertencias que las que nosotros recibimos en su momento, nos aleja de los chicos. Pero no por eso debemos abandonar nuestro puesto. Ni un instante.

Los chicos de hoy saben muchísimo (o así aparentan) de tecnología, de juegos y

lenguajes. Abren y cierran ventanas, programas y dispositivos. No se asustan ante la novedad y creen poder con ese mundo *touch* y veloz ante el cual nosotros muchas veces nos sentimos avasallados. Pero eso no implica que sepan cuidarse en la red: bajo ese aspecto desenvuelto y despreocupado del que se mueve como un pez en el agua (mientras nosotros apenas chapoteamos o damos manotazos desordenados), hay un niño vulnerable que nos necesita.

Para poder acompañarlo y ser referente ante un problema, necesitamos conocer las herramientas. Tal vez no tengamos que ser expertos en táctica y estrategia de cada uno de los juegos o redes sociales, pero sí saber un poco de qué se tratan. ¿Qué redes sociales te gustan? ¿En qué se diferencia una de otra? ¿Por qué elegiste esta y no aquella? ¿Con quiénes chateas? ¿Qué juegos preferís? ¿Me mostrás los videos que más te gustan en YouTube? (De paso, les recomiendo escuchar las letras de las canciones de moda.)

Cuando propongo que nos interese en las plataformas y contenidos que prefieren nuestros hijos, lo hago fundamentalmente para estar presentes desde un lugar no controlador. El control externo implica estar “espiando”, tratando de saber todo el tiempo “aquello que no nos dicen”. Hay muchísimos mecanismos para ejercerlo: desde revisar el historial de la computadora a la sofisticación de ciertos programas hechos para tal fin y que, por ejemplo, nos envían al celular una copia de todo lo que hacen nuestros chicos en la red. Podemos poner filtros en las computadoras (¿y qué vamos a filtrar, si vimos que aun desde Peppa Pig se puede llegar a los contenidos más impensados?) o desenchufar el módem.

Pero todo lo que hagamos con la intención de controlar no alcanza, no sirve, no es suficiente. Los chicos siempre estarán un paso adelante y encontrarán maneras de sortear los obstáculos que pongamos. A modo de ejemplo de lo que planteo, en la película *Hombres, mujeres y niños*, dirigida por el canadiense Jason Reitman, una mamá hiperpreocupada por la vida social de su hija, acude a todos los programas de control disponibles en el mercado para supervisar a la jovencita a través de su teléfono celular. Así, siempre está absolutamente al tanto de con quién chatea, qué dice, qué le dicen y a qué hora; cuando su hija sale de su casa, el celular le va indicando, en tiempo real, a dónde va. La mujer está siempre conectada a sus pantallas para seguir los movimientos de su hija, que se siente ahogada, asfixiada, y no hace otra cosa que pensar en cómo zafar de la mirada materna. En una escena, la joven –que desea encontrarse con un muchachito– le dice a su madre que irá a lo de su mejor amiga. Cuando la hija sale, su madre se conecta a la computadora, como siempre, y sonrío al recibir el aviso de que la jovencita llega a destino. Lo que la madre no sabe es que quien ha llegado es el teléfono celular, porque su hija lo deja allí y se va a otro lugar con el candidato en cuestión.

EDADES Y ROLES EN LA RED

Hace unos meses, una colega me contó lo que le sucedió a partir de una situación doméstica difícil de resolver: ante los ruidos muy fuertes de sus vecinos, comenzó a subir el volumen de la música en su casa, sin considerar que podía molestar a su vez a otros vecinos. Resultó que en la habitación contigua a su espacio de trabajo una adolescente dormía, precisamente de día. Plena de buena voluntad, mi colega le ofreció ingenuamente su número de teléfono para que, sin necesidad de golpear a su puerta, le pudiera avisar si la música le molestaba.

Cuánto se arrepintió y cuánto podemos aprender de su error. Para su vecina adolescente, ella pasó a ser solo un nuevo contacto de WhatsApp, y ante cada intento de poner música, la joven comenzaba a enviarle fotos de sí misma intentando dormir, estudiando, o enojada, en un *crescendo* que se hizo insoportable cuando incorporó los insultos: “No me puedo concentrar con tu música de m...” era el epígrafe de una foto de sus apuntes, “ese pel..., no lo aguanto más, ¿podés bajar el volumen?”. Claro que la que se equivocó fue mi colega; no tiene esa edad, no maneja esos códigos, no se dio cuenta de que la situación podía desviarse en esa dirección.

A partir de esa experiencia pensé que, de alguna manera, las redes nos borran la fecha de nacimiento. Que la “herramienta” nos invita a hablar de igual a igual, que no hay hijos, padres, ni abuelos cuando chateamos. El lenguaje coloquial, apoyado en imágenes visuales, parece equipararnos, ponernos a todos en el mismo nivel. El que entiende, entiende. Y el que no... se va.

Así es como también me escriben estudiantes para que los ayude en sus tesis –“¿Me tirás un par de datos estadísticos?”– o docentes para que les dé “todo lo que tengo” de bullying, o colegas diciéndome “holaaaaaaaaaaaaaaaa”, sin conocerme. Los códigos en las redes sociales son diferentes. Si no intentamos comprender esto, tendremos muchos problemas.

Claro que para los chicos, el riesgo es que si no hay grandes, ¿quién los ayuda?

¿QUIÉN ES QUIÉN?, O ACERCA DE LOS RIESGOS PROPIAMENTE DICHOS

Allá por 1994, cuando comencé a trabajar en prevención, detección e intervención ante situaciones de acoso entre pares, no podía imaginarme hasta dónde se podría llegar. En tiempos “analógicos”, en los que para encontrarse había que acordar, vía telefónica, un lugar y un horario, los hechos vinculados al hostigamiento se daban exclusivamente en el “cara a cara”. Si hacemos memoria, todos hemos asistido, desde un rol u otro, a escenas que dejaban a algún compañero expuesto al ridículo, avergonzado o asustado; esto sucedía, en general, en la escuela. El “tímido”, el “orejudo” o el “narigón” eran tomados de punto ante la mirada despreocupada de docentes, padres, amigos. El “tonto del

pueblo” era bastardeado y ubicado como monigote de todos y, si vamos más lejos, en los circos se exponía como un fenómeno a la “mujer barbuda”, al tiempo que se disparaban enanos al aire. En la actualidad, nos parece increíble que esto haya sucedido. Antes las “gastadas” se circunscribían a un tiempo y a un espacio, tal vez con gran potencia, pero quedaban allí.

El bullying –como lo llamamos a partir del trabajo del noruego Dan Olweus– define una situación clara con una estructura determinada: se refiere a todas aquellas acciones llevadas a cabo con intención de dañar a un sujeto, que no logra defenderse y es blanco de continuas y reiteradas agresiones, guiadas por odio. Se desarrolla delante de un público que festeja o ignora la situación y genera mucho sufrimiento. Denigra a quien lo sufre y lo puede llevar a cuadros agudos de depresión. Esta problemática, que aquí menciono brevemente, la desarrollo de manera extensa en mi primer libro (Zysman, 2014) aunque ahora es importante tomar algunos aspectos para poder vincularlos con el tema que nos convoca: el ciberbullying.

Como decía, hace más de veinte años no podía imaginar siquiera que tendríamos Internet y mucho menos redes sociales. En ese momento, mis pacientes ya manifestaban ser objeto de burla, discriminación, acoso, ninguneo, exclusión, “tomada de punto”; sus familias se sentían solas en el reclamo, se preguntaban si eran acaso ellas las causantes de esto que ocurría con sus hijos. Yo percibía puntos en común entre las diferentes y tantas historias: aquel que se diferenciaba por algo y estaba solo podía transformarse en el *punching ball* del grupo. Recuerdo incluso a un niño de segundo grado que se “sentaba” (y se metía prácticamente entero) en el cesto del aula; cada vez que tenía un problema, se “tiraba a la basura” mientras algunos compañeritos le lanzaban bollos de papel. Esto, lejos de ser una broma, era un pedido desesperado de socorro. Si no hay un adulto disponible, abierto con todos sus sentidos y dispuesto a actuar, estas situaciones pueden desembocar en crisis de muy difícil solución, con mucho sufrimiento para los integrantes de un grupo.

Hasta la aparición de Internet y la expansión del uso de computadoras, celulares, *tablets* e iPads, el bullying quedaba generalmente entre las cuatro paredes del aula. Quien lo padecía conservaba ciertos espacios de libertad. Una vez que terminaba el horario escolar y llegaba a su hogar, podía respirar y disfrutar de su vida. Fines de semana, vacaciones, actividades extraescolares servían para oxigenarse y renovarse.

Con la masificación de Internet todo cambió. Hoy el hostigamiento puede sostenerse día y noche; más allá de las paredes de la escuela, atravesando puertas y recorriendo kilómetros hasta golpear al destinatario.

El ciberbullying puede darse a través de mensajes de texto crueles, la divulgación de falsos rumores o mentiras por e-mail o, en las redes sociales, la publicación de videos avergonzantes, la creación de perfiles falsos en las redes sociales o de sitios web donde se burla a alguien. La característica principal del ciberbullying es que la agresión hacia una persona se propaga por la Web a una gran velocidad difícil de

detener y, a su vez, es visualizada por muchas personas. La reproducción rápida de comentarios, mensajes o imágenes puede resultar una pesadilla si se utiliza para agredir o humillar a alguien. (1)

Veamos entonces las características diferenciales del ciberbullying que lo convierten en una experiencia especialmente dolorosa.

Anonimato

Muchas veces el que hostiga lo hace desde perfiles falsos. No se sabe quién está detrás de los comentarios, *likes* o mensajitos por WhatsApp. Cualquiera puede abrir los perfiles que desee en las redes sociales o dar de alta casillas de e-mail con nombres falsos, y las agresiones enviadas desde estas “identidades” tienen un fuerte impacto en el receptor. No sabe de quién se tiene que defender, ni quién lo quiere excluir, ni si es uno o son muchos. Ni siquiera sabe si, tal vez, no son los que él cree sus amigos. “Cuando llego a la escuela todos tienen cara de sospechosos”, decía angustiado Félix, de 13 años. “Para mí que Meli escribe todo eso en mi perfil, pero se pone Carla para que no me dé cuenta. Solo ella sabe esas cosas”, se lamentaba Mariana entre llantos.

No saber quién es invita a pensar que son todos. Y ese “son todos” es sostenido por el hecho de que lo escrito queda ahí, a la vista de todos y durante un tiempo suficiente: hasta que lo borra, si puede, el destinatario del agravio. El anonimato genera desconfianza y mayor soledad en el agredido, así como también mayor impunidad en el agresor.

Accesibilidad

No hay límites de tiempo ni de espacio para agredir en la red. El hostigado vive atado a sus hostigadores por un hilo invisible que lo atrapa, enreda, domina y ahoga. No puede liberarse de los “pajaritos” que le avisan que llegó un nuevo insulto, o de las notificaciones que anuncian un nuevo papelón. Necesita chequear permanentemente quién se suma al desprecio, quién comparte sus propias imágenes. Al mismo tiempo, quien agrede encuentra en los teléfonos móviles una puerta siempre abierta. Toma lo que desea, lo difunde, busca viralizarlo. No hay fines de semana ni vacaciones y no necesita tener al otro delante para ejercer su poder.

Hace unos años, Mariano decidió no ir al viaje de egresados de la primaria. No se sentía a gusto con los compañeros, les temía y había atravesado situaciones muy difíciles con ellos. Por eso, se quedó en Buenos Aires una semana, mientras el curso vacacionaba en Córdoba; estaba ilusionado y confiado en que durante esos días volvería a estar tranquilo. Enorme fue su dolor cuando los chicos comenzaron a enviarle fotos suyas trucadas, videos de ellos cantándole “No tenés amigos”, “No existís”, “No te animaste a venir, *loser*”. El grupo de chicos de 12 años, en lugar de disfrutar su estadía, seguía

molestando a Mariano, esta vez a distancia. Parecía que no tenían otro modo de “ser amigos” que no fuera en función de excluirlo.

Desinhibición

“Yo, chateando, me siento más libre de hablar, no tengo tanta vergüenza como en la escuela”, confesaba Yamila, de 10 años, en un taller de prevención del bullying. Esa “libertad” tiene ventajas pero también implica riesgos. No tener pudor lleva a hacer y decir cosas sin pensar, sin evaluar consecuencias, sin imaginar tal vez cómo se sentirá quien recibe el mensaje.

Cuando no tenemos al otro delante no registramos lo que siente, avanzamos sin considerar sus emociones. Para bien y para mal. En el caso del ciberbullying, para mal. Quien agrede no registra el sufrimiento, no frena, y muchos otros se suman sin considerar el verdadero dolor de quien lo recibe y lo lee.

Ante la difusión mediática de la problemática del bullying y el ciberbullying, muchas familias consultan preocupadas y manifiestan que sus hijos son víctimas, tanto cara a cara como en las redes. Si bien es muy importante que estemos alertas y disponibles para ayudar a los chicos, suelen cometerse excesos a la hora de diagnosticar o detectar signos.

Por ello, aquí incluimos –a modo de orientación– qué situaciones podrían estar vinculadas al ciberbullying y cuáles, en cambio, no lo son.

NO ES CIBERBULLYING

- Que un compañero no me admita en sus perfiles de las redes sociales.
- Que respondan de manera breve a mis comentarios.
- Que no comenten mis posteos.
- Que no me inviten a algún evento promocionado en las redes.
- Que una amiga suba una foto junto a otra amiga mía.
- Que suban fotos grupales en las cuales salí feo/a sin consultarme.
- Que me etiqueten en publicidades de zapatillas, productos de maquillaje o motosierras.
- Que me etiqueten en cartelitos de felicidades, efemérides o cadenas de oración.
- Que critiquen mis opiniones debajo de un posteo.
- Que no estén de acuerdo con lo que escribo.
- Una pelea ocasional por chat.
- Que una amiga se enoje y me insulte por WhatsApp.
- Que una amiga se enoje y me bloquee en WhatsApp.

- Que un grupo de amigos salga, se divierta y lo cuente en las redes sociales (aunque yo no haya ido).

SÍ ES CIBERBULLYING

- Que suban fotos mías sin mi consentimiento para exponerme al ridículo.
- Que creen perfiles falsos con mi nombre.
- Que me filmen en situaciones embarazosas y suban los videos a la red.
- Que compartan chats en los que cuento mis secretos.
- Que copien y peguen frases o párrafos escritos por mí descontextualizándolos para cambiarles el sentido.
- Que truquen o intervengan fotos mías y las suban a las redes, con elementos generalmente de contenido sexual.
- Que creen páginas para desprestigiar-me.
- Que creen páginas para contar chismes y secretos de mi vida, e inviten masivamente a otros a sumarse con la intención de viralizarlo.
- Que me amenacen de manera anónima.
- Que inventen rumores y los propaguen por las redes con la clara intención de humillarme.
- Que inventen eventos falsos sumamente divertidos y tentadores, y dejen en claro que a mí no me invitan. Que suban posteriormente fotos y comentarios alusivos sin que eso haya ocurrido.
- Que compartan fotos íntimas que hayan sido recibidas en el contexto de una relación, luego de finalizada.
- Que tomen mis datos y los suban a páginas que ofrecen servicios sin mi consentimiento.
- Que manden a un grupo un mensaje agravante para mí (simultáneamente) para que lo vean todos.
- Que se pongan de acuerdo en un foro para criticarme entre todos. Si el foro es de música o de artes plásticas, por ejemplo, se descalifica intencionalmente mi trabajo.
- Que me den de alta, con foto incluida, en una página web donde se trata de votar a la persona más fea o a la menos inteligente... y me llenen de puntos o votos para que aparezca en los primeros lugares.
- Que me provoquen en un juego para hacerme reaccionar de manera que el moderador me expulse del juego.
- Que *hackeen* mi perfil y suban contenidos inapropiados desde esa cuenta para hacerme quedar mal.
- Que den de alta mi dirección de correo electrónico en determinados sitios,

para que luego contactos con desconocidos me envíen *spam*.

- Que chateen desde mi teléfono para generar peleas y confusiones con otros.
- Que se hagan pasar por mí y, desde esa cuenta, le hagan contar secretos a otro.
- Que simulen amistad para generar confianza y luego utilicen la información obtenida para humillarme y avergonzarme.
- Que se creen perfiles y, desde ahí, me seduzcan para que exponga mi intimidad y abra mis sentimientos, y luego publiquen todo el “supuesto romance”.
- Que me envíen mensajes amenazantes por e-mail, WhatsApp, Instagram o Snapchat, que me persigan y acechen en los lugares de Internet en los que me relaciono de manera habitual para provocarme una sensación de ahogo y agobio.

En primer lugar, lo que se desprende de estos ejemplos es que hablamos de ciberbullying cuando hay intención de daño y cuando se utilizan dispositivos y plataformas tecnológicas para llevar adelante las acciones. Además, nos referimos a esta dinámica cuando los protagonistas son pares: niños o adolescentes, pero siempre pares; en la misma, no intervienen adultos.

Hay modos más directos y otros más elaborados, pero siempre se busca lo mismo: avergonzar, exponer, dejar indefenso, incrementar el propio poder, disminuir al otro, desnudarlo. Dejar expuestas sus emociones, miedos y fantasías. Se busca al mismo tiempo aislar a la víctima y generar complicidad en los demás.

La relación entre hostigador y hostigado se sostiene en la autopercepción de desequilibrio de poder. Quien domina posee más habilidades, más recursos (no solo técnicos sino también emocionales), más amigos; quien soporta las humillaciones tiene mucho miedo y siente que cada paso que da lo hunde más.

CUANDO EL SILENCIO TIENE SUS RAZONES

Los chicos víctimas de ciberbullying no suelen pedir ayuda. El silencio subyace siempre en estas situaciones y veremos por qué. Los chicos sienten que, cuando piden ayuda por alguna situación referida al hostigamiento, los padres o docentes suelen responder de una forma que empeora el problema. ¿Qué quieren decir? Que ya sea por exageración y desbordes, o por desinterés y falta de tiempo, los adultos no actúan bien: “Quedate todo el recreo al lado de tu maestra, me dijo mi mamá, y yo quedo como un nabo todo el

tiempo ahí... no me hago amigos”; “No seas boludo y pegales, me dice mi papá, pero yo no sé pegar, no me gusta pegar, mejor no le cuento más” son algunas de las respuestas habituales de los chicos. No es que no pidan ayuda solo porque están amenazados; eso es una parte del problema. No lo hacen porque ya la han pedido y se han sentido defraudados. En el caso del ciberbullying podemos agregar que la respuesta que a veces les damos para protegerlos los victimiza aún más: “Se acabó, cortamos wi-fi, dame el teléfono”; “Si querés estar conectado me pasás todas tus claves y yo me ocupo; ya van a ver”. Con las mejores intenciones, los padres ofrecemos respuestas que imaginamos serán efectivas, pero que simplemente agravan la situación. Los castigamos y entramos en una encrucijada difícil de resolver... Si les decimos lo que pensamos, los condenamos al silencio; si no se lo decimos, no sabemos qué hacer. ¿Atrapados sin salida? Ya veremos más adelante que sí hay salida para el bullying y el ciberbullying, y reflexionaremos sobre algunos de los caminos que podemos tomar para ayudar a los chicos.

LOS ADOLESCENTES, LA INTIMIDAD Y EL SEXTING

Uno de los ítems del listado precedente se refería a compartir fotos íntimas de alguien luego de finalizar una relación con esa persona. Esto viene al caso porque actualmente chicos y chicas se envían fotos que, para quienes pertenecemos a una generación más *vintage*, muestran demasiado. Desnudeces, provocaciones y poses seductoras sirven para convocar al otro, para “invitarlo a”, para marcar territorio y mantener “la llama” encendida. “Si no le mando una lola el pibe se va con otra, ¿entendés? Todas lo hacemos... no voy a ser una mosquita muerta”, “Todos nos filmamos, es divertido”, “Él me prometió que no se lo muestra a nadie, además por Snapchat puede ver la foto muy pocos segundos...”, “Bueno, sí... es verdad que si quiere puede hacer una captura de pantalla, pero yo me entero” (¿y qué haces si te enterás?, ¿podés recuperar la foto?), “Bueno, nada, lo mando a la m..., me enoja, qué sé yo...”.

Chicos y chicas que descubren su sexualidad, que la ponen a prueba, la ensayan rebosantes de hormonas, con una noción de tiempo “adolescente”, que difiere de la nuestra: algo que sucederá dentro de seis meses, tal vez, exige dedicación inmediata (elegir un vestido para una fiesta, por ejemplo) y, por el contrario, lo que sucederá mañana ofrece tiempo de sobra (como una prueba de Matemáticas y su necesario estudio). Entonces, la prueba de amor al amor del momento debe ser enviada “ya” y sin mediar reflexión. “Es mi amor para siempre, siempre vamos a estar juntos.”

Nadie supone, en ese contexto, que el muchachito o muchachita en cuestión dejará de ser su amor y podrá utilizar esas fotos y videos para otros fines. Las parejas se rompen o los dispositivos se pierden/cambian/roban/toman prestado y las fotos o videos se pueden desparramar por la comunidad: primero del aula, luego tal vez de la escuela y –más tarde o más temprano– son proyectadas en la “plaza del pueblo”. Esto no es una exageración

sino que sucede con bastante frecuencia.

Al envío de imágenes de contenido sexual por mensaje de texto (hoy también por WhatsApp, Snapchat, Instagram, etc.) se lo denomina “sexting”, una conjunción de los términos “sexo” y “texto”. Qué se hace luego con esos envíos corre por cuenta de quien los recibe, sea su destinatario original o no.

¿QUÉ ES EL GROOMING?

Hasta ahora hablamos siempre de menores en relación con menores: tanto el ciberbullying como el sexting se refieren a vínculos entre pares menores de edad. Si por el contrario en la situación interviene un adulto, nos adentramos en otra problemática que preocupa en todo el mundo: el grooming.

Tomo prestadas las palabras de mis colegas españoles de Pantallas Amigas, (2) pioneros en el desarrollo de campañas de sensibilización y materiales de trabajo de estas temáticas:

El **grooming** de menores en Internet es un fenómeno que podríamos traducir como *engatusamiento* y que se utiliza para describir las prácticas *online* de ciertos adultos para ganarse la confianza de un (o una) menor fingiendo empatía, cariño, etc. con fines de satisfacción sexual (como mínimo, y casi siempre, obtener imágenes del/a menor desnudo/a o realizando actos sexuales). Por tanto está muy relacionado con la *pederastia* y la *pornografía infantil* en Internet. De hecho *el grooming es en muchas ocasiones la antesala de un abuso sexual*.

El grooming es la acción deliberada, consciente y premeditada de un adulto de acosar sexualmente a un niño, niña o adolescente mediante el uso de Internet. Quien lo ejerce es siempre un adulto que, ganándose la confianza del menor, avanza de forma paulatina en sus solicitudes de material. Estos sujetos se “disfrazan” de niños o adolescentes y entran a las páginas concurridas por los chicos. Desde las páginas web infantiles más ingenuas hasta los juegos en red más sofisticados, el adulto chatea, maneja códigos y complicidades. Con el auge de las cámaras web puede incluir hasta falsos videos para hacer creer al menor que él también lo es. Va conociendo poco a poco gustos, preferencias, miedos y fantasías; contiene al menor en sus angustias y crisis y –lenta pero firmemente– va haciendo de la relación un espacio de total confianza y familiaridad.

Una vez consolidado este espacio, avanza en la dirección deseada: obtener imágenes sexuales del menor. Con cada una que reciba, solicitará otra “un poco más jugada” y así hasta que comienza a amenazarlo o chantajearlo: “Si no nos encontramos, hago públicas las fotos” o “Si no me enviás material más fuerte, comparto el que tengo”. En este punto, el niño, niña o adolescente, angustiado y avergonzado, tiene mucho miedo; tiene 8, 10 o 15 años y siente culpa por haber enviado esas fotos o videos. Es chico, inmaduro, inexperto y necesita imperiosamente de nosotros para salir de esta situación.

Desde ya que existen también otras formas de obtener las imágenes, como *hackear* los dispositivos de los chicos, o de terceros poseedores de material. Muchos pedófilos toman imágenes de los menores por la fuerza, aun sin haber establecido contacto previo con ellos.

Estas situaciones pueden llegar hasta la sextorsión, concepto que combina los vocablos “sexo” y “extorsión”. Siguiendo nuevamente a Pantallas Amigas de España, podemos sintetizarlo de esta manera:

Este neologismo tiene su origen en el inglés *sextortion* que según definía la Wikipedia (a fecha de 24/08/2010) es una forma de explotación sexual en la cual se chantajea a una persona por medio de una imagen de sí misma desnuda que ha compartido a través de Internet mediante sexting. La víctima es posteriormente coaccionada para tener relaciones sexuales con el/la chantajista, para producir pornografía u otras acciones. Es decir, no tiene que ver necesariamente con la extorsión, que en castellano se suele usar únicamente para chantajes de carácter económico, pero al calcarse del inglés ha permanecido el término extorsión, por su fácil fusión con sex, y así se ha comenzado a utilizar por los medios de comunicación. El chantaje se suele realizar por Internet, ya que asegura un cierto grado de anonimato al criminal. Ante las estrategias de chantaje [que se pueden dar en las redes sociales] los adolescentes no tienen la suficiente capacidad de reacción para pedir ayuda, y entran en una dinámica que tiene graves consecuencias. (3)

Es importante puntualizar que se trata de conductas de extrema gravedad, y que los adultos involucrados están cometiendo delitos. En el último capítulo del libro desarrollaré algunos modos de acompañar a los chicos para prevenir que se vean involucrados en este tipo de situaciones tan lamentables.

1. Cintia Balé. Chicos.net, para Cartoon Network Latinoamérica; disponible en línea en: <www.bastadebullying.com>.

2. Disponible en línea en: www.internet-grooming.net; las itálicas son del original.

3. Jorge Flores Fernández, director de Pantallas Amigas; texto original disponible en línea en: <www.sextorsion.es>.

Capítulo 4
TRANSGRESIONES EN LA RED

PANTALLAS, PANTALLAZOS Y APANTALLADOS

En el capítulo 2, sugerí que algunas veces los adultos ofrecemos a los chicos distintos dispositivos tecnológicos (a los que englobaré como “pantallas”) para atravesar situaciones como esperas, viajes o sobremesas que –en caso de que no tuvieran “nada que hacer”–resultarían incómodas y difíciles de manejar. Así, celulares y *tablets* aparecen con la función de despejar o distraer a niños pequeños potencialmente aburridos.

Creo oportuno aquí que consideremos los diferentes significados de la palabra “pantalla” según el *Diccionario de la Real Academia Española*:

1. f. Lámina que se sujeta delante o alrededor de un foco luminoso artificial, para que la luz no moleste a los ojos o para dirigirla hacia donde se quiera.
2. f. Superficie que sirve de protección, separación, barrera o abrigo.
3. f. Superficie sobre la que se proyectan las imágenes del cinematógrafo u otro aparato de proyecciones.
4. f. En ciertos aparatos electrónicos, superficie donde aparecen imágenes.
5. f. Persona o cosa que distrae la atención para encubrir u ocultar algo o a alguien.

Le sirvió de pantalla. (1)

Las pantallas, al parecer, nos muestran y nos ocultan. Focalizan y desvían. Atraen y dispersan. Convocan y disimulan. Podemos proyectar en ellas nuestras fantasías, miedos y angustias como también nuestras aspiraciones e ideales. Sirven como un gran telón para exponer y al mismo tiempo para cubrir u ocultar.

Más allá de este aparente artilugio del lenguaje, la ambivalencia semántica de la pantalla es de alguna manera reveladora. Los chicos recurren a ellas para calmarse, para encontrar, para buscar. El gran desafío para nosotros es definir qué es lo que buscan y encuentran, y en qué situaciones estamos dispuestos a que lo hagan.

Las pantallas, con su imagen, movimiento, luces, colores y sonidos, atraen y “anestesian” hasta al bebé más inquieto; niños y adolescentes se entretienen con estos “pantallazos”. Como en un gran supermercado, todo aparece como disponible: Peppa Pig, Marama, Hola soy Germán, Pokémon Go, Señoritas fogosas, Viajes al fin del mundo, Construya usted mismo y explosivos.com, por poner algunos pocos ejemplos, invitan al entretenimiento garantizado, a no aburrirse nunca.

Las pantallas aparecen como un escenario en el que se puede simular, mentir, imaginar, proyectar sin límites y, al mismo tiempo, como en un verano agobiante, nos permiten tomar aire, respirar y “apantallarnos”.

Escape y alivio. Movimiento, distracción, contacto. Entretenimiento y pertenencia. Todo eso brindan las pantallas; desde ya que son maravillosas, eso no está en discusión. Lo que debemos preguntarnos es cuándo, cómo y por qué las ofrecemos a los chicos.

BÚSQUEDAS DE IDENTIDAD Y PANTALLAS COMO ESPEJO

Al subir comentarios, fotos y videos a la Web, estamos también proyectando en las pantallas nuestra propia imagen. Le agregamos pajaritos, arco iris, leyendas y filtros imaginando más o menos conscientemente qué pensarán nuestros amigos al verla. Los otros son los destinatarios de aquello que mostramos; sin ellos no tendría sentido crear perfiles en las redes.

Como nos advierte Roxana Morduchowicz (2012) en su libro *Los adolescentes y las redes sociales*, “la máxima aspiración de los chicos, como expresan en sus propias palabras, es justamente ser vistos por sus amigos, que son quienes legitimarán su imagen y los ayudarán en el camino de construir su identidad”.

Los adolescentes necesitan imperiosamente compartir su vida con amigos. En esta época, las redes sociales son el lugar de encuentro elegido por los chicos. Así, a toda hora pueden mostrar y expresar lo que sienten, y tener un registro de lo que eso despierta en los demás. En el camino por encontrar su identidad, los chicos pueden probar y ensayar formas nuevas de ser y estar en el mundo. Pueden medir el impacto que sus ideas tienen en sus pares, reconducirlas y reformularlas constantemente. El simple hecho de tomarse una *selfie* que retrate el momento de elegir la ropa para salir esa noche nos sirve de ejemplo. En las redes, los adolescentes encuentran un constante *feedback*, un ida y vuelta de miradas, consejos y críticas que los ayuda a conocerse.

Es curioso escuchar cómo, según el mensaje que necesiten transmitir, los chicos eligen determinada red social y no otra para cada una de sus publicaciones: Facebook es familiar, es la foto algo obligada de la cena de Navidad: “Ahí típico que subís boludeces, eso que ya todos vieron y que seguro otro primo también pone... no te jode que lo vean tus viejos, porque vos estás re careta”, explica Jazmín, de 15 años. “En Twitter *garpa* hablar de los otros, pasar chismes, da para el *bardo*”, cuenta Juan, de la misma edad.

Cada red invita a compartir de manera diferente. No se reemplazan entre sí y los chicos tienen muy bien organizada su actividad en cada una. Por WhatsApp chatean y comparten grupos, información, archivos y tareas, en Instagram suben fotos con determinada estética, pensadas y evaluadas por ellos. Snapchat, en cambio, es fugaz, y allí no importa tanto la calidad de la foto sino que se prioriza la inmediatez, como un chat en imágenes, efímero y vertiginoso. Sirve para mostrar un corte de pelo, el *look* para salir esa noche o también, desde ya, para *sextear*. Allí se expone aquello que no debe ser guardado, y que ellos creen que no lo será.

Resulta difícil categorizar las redes sociales, porque mutan constantemente tanto en sus características funcionales como en la valoración que los chicos tienen de ellas. Aquí me baso en las palabras de los involucrados y resalto que, más allá de la mecánica variable en cada plataforma, la búsqueda es constante: que el otro (el par) me ayude a ver quién soy, esté presente y registre mis cambios, me devuelva con su mirada mi propia imagen; que haya alguien, cuya opinión sea válida para mí, que me escuche. El otro, del otro lado de la pantalla, me rescata de la cotidianidad familiar, me salva del agobio de la rutina, está ahí.

Al respecto, dice también Morduchowicz en el libro citado más arriba: “Los blogs y los perfiles de las redes sociales son diseñados por sus autores para no tener final; son incompletos. Las audiencias son quienes los completan”. El otro que lee, el otro que me da entidad, que me hace sentir presente, que certifica que yo estoy y pertenezco. Los otros que reaccionan (o no) al ver lo que yo hago, lo que me puse, lo que pensé. Y en esa mirada, me construyo. Eso buscan los adolescentes y eso encuentran en las redes sociales.

Los invito a pensar esta cuestión en relación con lo que nos convoca, el ciberbullying. Cuán importante es, para los chicos, la aprobación de sus pares a través de las redes. “Nadie me *likea* nada”, se lamenta Morena; “Subo chistes y nadie me comenta”, cuenta Fer. No ser registrado, aunque no haya intención de daño, a muchos chicos los afecta. Algunos son capaces de hacer cualquier cosa con tal de llamar la atención y conseguir los tan ansiados *likes* o reclutar seguidores nuevos.

Recuerdo a una adolescente que se preguntaba una y otra vez “quién soy”, a raíz de que sus fotos de Instagram no respondían a ninguna categoría: “Mirá, estas son fotos chetas, ¿ves? –me decía–. Yo tengo algunas así, de *minita*... pero fijate que también tengo otras que son más de joda, de cumbia, no queda claro viendo mi perfil qué onda soy, ¿entendés?”. Más allá de la superficie, su planteo era muy profundo, porque me mostraba diferentes perfiles de chicas y chicos en los que, claramente, se diferenciaban estilos y “tribus” según el ángulo de foto, la luz y la ropa de sus protagonistas. Así entendí que nada es casual en una *selfie*, que se transmite mucho más que lo que se puede ver, que con cada foto se construye un poquito de la propia identidad y se ayuda a los otros a hacer lo mismo. Ya no limitamos la identificación grupal a los gustos musicales, el lenguaje o el corte de pelo; no solo es cuestión de leer determinados autores o ser fan de un cantante. Subir fotos parecidas, encontrarse en las imágenes de los otros son elementos clave en la construcción de identidad.

ADOLESCENTES Y SEXUALIDAD EN LA RED

Cuando a menudo me preguntan por qué los adolescentes se envían fotos de contenido sexual, mostrando desnudeces e intimidades, les propongo otra pregunta: ¿por qué no lo

harían?

Esto, lejos de simplificar el problema o minimizar los riesgos que supone compartir ciertos contenidos en el océano gigante de Internet, apunta a que nos demos cuenta de que, en primer lugar, los adolescentes se encuentran en pleno descubrimiento de su sexualidad. Lo que hace años se reducía a mirarse en un espejo (solo o acompañado) o a descubrirse en el contacto “cuerpo a cuerpo” con el novio o la novia, ahora se amplía al mundo de la imagen digital. El cuerpo ahora puede ser también conocido y explorado a través de fotos y miradas; las sensaciones pueden despertarse más allá de tener al otro adelante. La intimidad, para los adolescentes de hoy, es diferente a la “intimidad analógica” que conocimos los que tenemos más de 30 años.

Hace tiempo, una jovencita me preguntó en pleno taller de uso de las redes sociales: “¿Cómo le mandabas tus fotos *medio hot* a los pibes cuando no había Messenger?”. Nótese la preocupación por el canal y no por el contenido, que se da por descontado. La pregunta nos habla de una época, de un concepto de intimidad muy diferente al nuestro. Jamás se me hubiera ocurrido tomar una foto *medio hot* en mi adolescencia, no por una cuestión moral, sino porque primero debería haber llevado el rollo a una casa fotográfica para revelarlo, y se me hubiera caído la cara de la vergüenza. ¿Qué pensaría de mí el empleado del negocio, que indefectiblemente iba a ver las fotos? ¿Qué hubiera hecho si en mi casa alguien las encontraba? Se trata de preguntas que no se hacen los chicos ahora. Los espacios de los que se apropiaron, o se van apropiando (páginas web, redes sociales, aplicaciones cada día más sofisticadas) son defendidos a capa y espada: si entramos, ellos se van.

Padres y docentes a veces también quieren posicionarse frente a los chicos como transgresores, tal vez como forma de acercarse a los más jóvenes, o por simple desubicación, sin reparar en el efecto multiplicador que esta actitud puede tener. De hecho, si la transgresión también es la norma para los adultos, los chicos deberán transgredir muchísimo más. ¿No será que como nosotros tampoco respetamos demasiado la intimidad, ellos para diferenciarse deben subir cada vez más la apuesta?

Dice Serrat: “Cuanto más voy pa’ allá más lejos queda, cuanto más de prisa voy, más lejos se va”. (2) Si entramos, invadimos y nos apropiamos de sus espacios, los chicos, quizás, necesiten construir otros mucho más “sarpados” a los cuales no nos animemos a entrar.

Nuestra falta de respeto por la intimidad tal vez no se refiera a desnudeces del cuerpo, pero sí a desnudeces emocionales. Entonces subimos a las redes sociales videos de nuestros hijos pequeños llorando para que Messi no se vaya de la selección de fútbol, o de nuestra hija cuando la retamos por sus notas trimestrales con el boletín de calificaciones en la mano, o de las pataletas caprichosas de nuestros niños. Filmamos actos escolares, cumpleaños y entrenamientos, subimos fotos de los amigos de nuestros hijos y de los hijos de nuestros amigos... ¿No será esto también un exceso de

“compartir” y exponer intimidades? ¿Cómo hace un adolescente para diferenciarse, transgredir y conquistar espacios si la privacidad está tan desdibujada?

Claro que podríamos argumentar que para nosotros sí hay límites claros, que un acto de egresados no es lo mismo que un acto sexual; que uno no implica peligro o vergüenza y el otro sí. Pero lo que de alguna manera habilita las conductas de los adolescentes es, también, resultado de su propia historia. Y ahí, indudablemente, estamos nosotros.

EXPOSICIÓN A CUALQUIER PRECIO

En esta “carrera por la popularidad” facilitada por los dispositivos tecnológicos, chicos y chicas buscan ser *likeados*. Hay que estar presente y visible, como sea. La red Snapchat, por ejemplo, tiene “fueguitos” como símbolos positivos en la relación entre dos usuarios, que se obtienen cuando los mensajes entre ellos van y vienen con mucha velocidad. Eso significa que para que ese fueguito se mantenga encendido y crezca hay que responder muy rápidamente a lo que la amiga dice. Así, las mejores mejores amigas mantendrán su relación calentita, confirmada. Pero desde ya, esto también es fuente de celos: “Si es mi mejor amiga, Lucía no puede tener fueguitos con Aye”. En lo cotidiano, estos mecanismos llevan a los chicos a no poder apagar el celular, no poder mirar a su familia durante la cena, no poder concentrarse en sus tareas. Tienen que contestar, lo que sea y como sea, rápido.

En esta búsqueda de la presencia permanente, si un chico deseado no nos registra... ¡algo hay que hacer! Habrá que llamar su atención, convocarlo como sea (recuerden la reflexión anterior sobre cuándo, cómo y por qué los chicos de este siglo prestan atención). Si nadie me tiene en cuenta y me creo solo, navegando a la deriva... ¡algo habrá que hacer! Y si en la escuela me hacen sentir mal, me humillan o desprecian y allí mismo, cara a cara, no me animo a responder... ¡algo habrá que hacer! Para todo esto, la Web ofrece un abanico enorme de posibilidades de hacer y mostrar. Detrás de las pantallas, y sintiéndose protegidos de alguna forma, muchos se animan a hacer aquello prohibido en vivo y en directo. Entre el anonimato, la desinhibición y la búsqueda de audiencia, subir una foto desnuda no resulta difícil. Pedir al otro que muestre su desnudez, tampoco lo es.

“HUELLA DIGITAL”, MUCHO MÁS QUE UN *LIKE*

Todos los chicos saben qué es la “huella digital” y, orgullosos, muestran su pulgar en alto como diciendo “me gusta” cada vez que les pregunto acerca de ella en los talleres. Sin embargo, lo que no tienen muy claro es el concepto de “huella digital-digital”, es decir, todo aquello que uno genera y deja como marca personal y única en la red. Esta otra

“huella” la vamos dibujando con todos los comentarios, fotos, videos y búsquedas que hacemos en la red. Todo es registrado, procesado y guardado en la Web y, sin darnos cuenta, vamos construyendo una especie de currículum vitae digital. ¡Qué difícil es para los adolescentes pensar en las consecuencias de sus actos! Les cuesta imaginar que dentro de un tiempo no demasiado largo, necesitarán ser admitidos en lugares de trabajo o instituciones educativas y que, probablemente, alguien haga búsquedas en Internet para conocerlos un poco más. Lo que comparten ahora queda ahí y borrarlo será muy difícil. Algunos chicos se quedan perplejos cuando les comparto anécdotas e historias reales de gente a la cual esto le complicó y obstruyó caminos, pero inmediatamente se dicen “a mí no me va a pasar”. Desde ya que cuando trato este tema no pretendo limitarlos o condicionarlos, sino hacerlos protagonistas: que sean ellos quienes elijan y decidan qué mostrar de sí mismos, ejerciendo sus derechos; que puedan pensar antes de actuar, y desobedezcan un poco los imperativos de las redes sociales.

Si bien los chicos conocen muy bien la mecánica de las redes, en general, no se detienen a reflexionar acerca de cómo es posible que les sugieran determinados anuncios publicitarios o propuestas de eventos. Si Facebook es “gratis”, ¿para qué fue creado? ¿Simplemente para brindarnos entretenimiento y conexión, o será que pagamos de alguna otra manera para que este negocio sea tan rentable? ¿Y con qué pagamos? Sí, claro, con nuestros datos. Cuando abrimos estas puertas y ventanas, los chicos comienzan a pensar. ¿Por qué a ustedes les ofrecen nuevos juegos de Play y a mí cremas *antiage*? ¿Cómo se dio cuenta Facebook de que ustedes son fanáticos de Marama y yo no? Y si ustedes para ingresar a las redes han dicho que nacieron en 1980, por ejemplo, ¿por qué Facebook “sabe” que son adolescentes?

Todos los datos que ofrecemos en las redes van construyendo nuestra “huella digital”. Sepámoslo nosotros para poder transmitirlo a los chicos.

¿Qué mostrás de vos mismo?

Antes de subir una imagen, hacer un comentario o sumarse a un grupo, es importante pensar “¿qué estoy mostrando de mí?”. Claro que este es un pensamiento adulto que evalúa consecuencias, registra posibilidades, decide en función de la experiencia. ¿Podemos pedirles lo mismo a los adolescentes?

Considero que sí, y que si no surge espontáneamente de ellos, podemos proponerlo nosotros. Eso que subís, ¿lo mostrarías en casa durante la cena de Navidad? ¿Lo compartirías en una reunión con desconocidos? ¿Te gustaría verte dentro de unos años en esta situación? ¿Te gustaría ver este tipo de imágenes protagonizadas por tu mamá en su adolescencia?

Hace unos años, un organismo vasco (Kontuz Datos, Agencia Vasca de Protección de Datos) difundió un corto muy interesante al respecto. En el video, una adolescente sube

al atillo de su casa y en un baúl encuentra fotos escondidas de su madre: en el álbum aparecen imágenes de su madre alcoholizada con sus amigos, tirada en la nieve con una botella en su mano, intimando con hombres. El *shock* de la jovencita la lleva a no subir material que estaba por compartir en las redes. Se pregunta si le gustaría que la vean así sus hijos: “¿Cómo quiero que me vean en un futuro?”.

Es un desafío abrir estos interrogantes con los chicos. Suelen manifestar que no les interesa demasiado, que lo hacen todos, que ya desaparecerá el contenido. Propongo que nos encontremos con ellos y planteemos las preguntas para que, como dije anteriormente, sepan y elijan qué quieren mostrar de ellos mismos en la red.

La mirada de los otros

Internet y las redes sociales tienen algo de los viejos diarios íntimos, pero se diferencian de ellos en un aspecto fundamental: quien escribe en la Web busca y espera ser leído. El diario íntimo de nuestra infancia y adolescencia era leído solo por quien lo escribía, tenía candado y la llave era guardada celosamente. Allí se contaban secretos y se descargaban emociones, se pegaban recuerdos, se llevaba un registro diario y personal de la vida. En la Web, por el contrario, si nadie lee, nada tiene sentido. Con suerte elegimos el destinatario al configurar la privacidad, pero lo fundamental es que hay un destinatario.

La reacción de los amigos, contactos o seguidores es fundamental para continuar activo en una red. Sin la mirada de los otros, nada de lo que se hace en la Web tiene sentido. En las redes sociales abundan las indirectas, los chistes “dedicados” con ironía, las fotos tomadas para que alguien en particular las vea. Chicas y chicos se toman fotos juntos con el fin de hacérselas ver a otro. Quien mira aparece como espectador cómplice o como receptor envidioso/excluido de algo. “Imaginate la cara que va a poner Juli cuando nos vea juntas.” “Si nosotras tenemos un ‘corazón dorado’ (en Snapchat ese símbolo significa ser mejores amigas), Vale se va a poner re loca.” En las redes la comunicación no es solamente uno a uno, sino uno a uno delante de otros. Y si esos otros “gustan” de lo que uno comparte, uno es más importante, más popular. Todo vale, parece, para lograr esto tan ansiado.

Tiempo de revancha

En esta lógica de publicar en función del público hay también un destinatario muy frecuente en las redes sociales: todo aquel que en algún momento de nuestra vida nos “descartó”, despreció o agredió, pasa a ser el mayor espectador de nuestros logros. Adultos que fueron hostigados en su infancia, “dedican” sus posts supuestamente exitosos a los que los hicieron sufrir, como diciendo: “Mirá la mujer que tengo, mirá la plata que gano, mirá mi *facha* ahora”. Es un discurso que subyace en muchos tuits y “estados” de Facebook.

Famosos y famosas hacen referencia muchas veces a infancias de humillación y vergüenza por su aspecto físico, rarezas o excentricidades varias que luego, con el tiempo, supieron aprovechar para destacarse. Estas personas suelen expresar cierto sentimiento de venganza cuando “triunfan” y, mezclado con frases motivadoras para que los chicos hostigados se sientan impulsados a seguir su camino, aparece este discurso de “mirá lo que logré”. A modo de paquete envuelto para regalo, tuitean: “Esas pecas, que eran motivo de burla para ustedes, ahora las alaba Fulanita (una modelo objeto de deseo para muchos)”.

La soledad “virtual”, el aislamiento y la vergüenza

“Tía, tenés diez amigos nada más, es triste ver tu perfil”, sentenció la sobrina de una gran amiga en una reunión reciente. A ella mucho no la afectó y a mí me dio la posibilidad de repreguntar: “¿Cuántos amigos hay que tener?”. “Depende, pero mínimo los del colegio, que son quinientos, le agregás los de la primaria y hay trescientos más, y los de las jodas, qué se yo, cerca de mil está bien”, explicó la adolescente. Se olvidaba de que ni mi amiga (su tía) ni yo vamos al colegio y que la mayoría de nuestros amigos de la primaria quedó en el olvido. En la era digital, la soledad pareciera ser vergonzosa. Estar solo en la Web equivale a fracaso y resulta mejor agregar desconocidos a quedar expuesto al ridículo por tener contactos insuficientes.

Todo se ha vuelto mensurable, cuantificable. Así, en Snapchat, hay íconos que significan, por ejemplo, “hace cien días que nos comunicamos permanentemente” o “hace dos meses que somos mejores amigos”. Facebook nos recuerda todo el tiempo cuánto tiempo llevamos de amistad con tal o cual persona y nos hace resúmenes anuales de nuestras fotos más “gustadas” o comentarios más compartidos. Parecería que estamos viviendo exclusivamente “cantidad” y no “calidad”.

En este punto, viene a mi memoria una jovencita que, años atrás, se comunicó conmigo mediante el chat de Facebook un sábado a la noche. Me confieso jugadora de casi todo lo que proponen las redes, ya sean mascotas virtuales, granjas o fábricas de caramelos, para conocer y entender cómo juegan los chicos de hoy, pero dado el carácter adictivo de estos juegos, la mía, a veces, se vuelve una “profesión de riesgo”. La jovencita en cuestión estaba alimentando a su gato virtual y decorándole la casa en el Pet Society, un popular juego *online* de Facebook, mientras cuidaba la casa y los gatos reales de un amigo, y su problema era que no se atrevía a decirles a sus amigos reales que no podía salir con ellos. El juego requiere de la interacción *online* con amigos, que proporcionan regalos, alimento o “vidas”, y como la chica estaba jugando de incógnito, no podía pedirles ayuda, y por eso necesitaba con urgencia que yo la salvara.

Al compartir esta anécdota me sorprende de cómo cambió la actividad en la red. Los tiempos del Pet Society quedaron atrás y se sucedieron tantos otros, cada vez de menor duración. ¿Quién iba a sospechar en esos días que hoy estaríamos cazando monstruos

con el Pokémon Go en la calle? ¿Nos imaginábamos que sería posible hacerlo desde dispositivos móviles, en todo momento y lugar, y superponiendo el juego a la realidad? ¿Qué nuevo juego o forma de jugar es ahora imposible de imaginar? Y, aún más allá, ¿qué vínculos o formas de vincularnos son ahora imposibles de imaginar?

1. Disponible en línea en: <www.rae.es>.
2. Joan Manuel Serrat, “Horizonte”, del álbum *Cada loco con su tema* (1983).

Capítulo 5
CULTO A LA IMAGEN

OBSESIÓN POR LA JUVENTUD Y LA BELLEZA

Queremos entretenernos, pertenecer, divertirnos, aprender, estar juntos. Niños, adolescentes, adultos jóvenes y adultos “rejuvenecidos” nos retratamos en todo momento. Hace unos años, un fotógrafo me ofreció “quitarme unos años” cuando me tomó una foto disertando en un congreso. “Claro, si te parece, hacelo”, le respondí casi sin pensar. Cuando me vi, le rogué que utilizara la foto anterior, sin retoques; la retocada no era yo. Luego, en una oportunidad, probando con amigas un modelo de teléfono celular, encontramos que tenía un filtro con la función “siempre joven”: blanqueaba los dientes, quitaba arrugas y canas; herramientas al alcance de todos, que plastifican la piel, petrifican el tiempo y las expresiones. Aunque no recurra a estos filtros, con cierta práctica aprendí que si sonrío pareczo más joven, si enfoco desde cierta altura y levantando el mentón me quito un par de años.

¿Será tal vez que nos preocupa parecer más jóvenes en caso de que alguien suba esas fotos a las redes, circulen y a través de ellas nos juzguen? Podrían vernos los conocidos, amigos o ex compañeros, y frente a ellos deseamos parecer congelados en el tiempo. Estamos inmersos, sumergidos y a veces ahogados, en un mundo que propone la juventud como máxima aspiración. Tanto a los 8 como a los 40 años, se nos aparece la plenitud de los 25 como valor supremo.

Si hasta la cosmetología inventó y popularizó el término “*antiage*” para vender sus productos. Antiedad: la edad no existe, o hay que eliminarla. Se propone borrar la edad, una aspiración mucho más extrema que suavizar las arrugas u otros signos del paso del tiempo. Ya nos acostumbramos a esto y naturalizamos la lucha contra la edad y, con ella, tal vez también contra las responsabilidades, posiciones y posibilidades que la misma implica.

Recuerdo un video muy interesante, en el que se pregunta a cincuenta personas qué cambiarían de su propio cuerpo. (1) Una jovencita responde “la frente”, otra “la redondez” de su rostro, un muchacho “las orejas, porque son muy grandes y de chico me decían Dumbo”. Hasta que llega el turno de los niños pequeños –aún a salvo de mandatos, estereotipos e ideales de belleza– y piden “alas para volar”, “colas de sirena” o simplemente “nada”. ¿Cuándo comienzan los chicos a compararse con ideales publicitarios de belleza? ¿Cuándo se empiezan a ver “gordas” y “sin cintura” las niñas de 8 o 9 años? ¿En qué espejos se miran?

Vienen a mi memoria diferentes programas de televisión en los cuales se diferencian y distinguen las chicas “divinas” de las “populares”, las “rubias del pueblo” de las “morenas de la pradera”, las “Etelvinas” de las “Meches”. (2) Asimismo, las propuestas para niños y niñas que los “agrandan”, los visten de adolescentes y les plantean problemáticas de manera anticipada a su edad.

Recorría hace un par de años la Quebrada de Humahuaca, en Jujuy, y se me acercaron algunos de los tantos chiquitos que recitan coplas a cambio de dinero. Uno de ellos, tal vez el más veloz, recitó la suya y le pedí que nos sacáramos una *selfie*. En ese momento llegó, agitada por la corrida, otra niña que quería hacer lo mismo. Como yo ya no tenía dinero, le expliqué que no era posible y la nena se enojó, no conmigo sino con el otro niño, al que le empezó a gritar *loser, loser*. Sorprendida, les pregunté por qué se decían así y me lo explicó una tercera niña: “Es que se hacen los adolescentes”, respondió. Qué asombrada me sentí, cómo tuve que desarmar mis ideas para tratar de comprender. Tan chiquitos, tan invadidos por las series y videos, ya con modos adolescentes que atraviesan geografías y homogeinizan a los niños.

En los programas destinados a púberes y adolescentes los protagonistas suelen ser bellos, delgados y talentosos. Saben bailar y cantar, “triumfan” siendo muy jóvenes y se llevan el mundo por delante. Tienen cuerpos trabajados en el gimnasio, ropa de moda y objetos de consumo a disposición. En la escuela guardan sus útiles en *lockers* y almuerzan en *fast foods* de estilo estadounidense. En otro extremo de la oferta televisiva, la protagonista hermosa y cuasi adolescente vive en un convento y se enamora de un sacerdote; vale destacar que también ella canta y baila. (3) Sepamos que estos son los modelos que ofrecemos a los chicos: no son en sí mismos malos o buenos y no se trata de demonizarlos o señalarlos con el dedo. Pero, al mismo tiempo, no nos sorprendamos de las actitudes de los chicos de hoy si socialmente proponemos solo estos ejemplos.

Si trasladamos estos modelos de belleza a la Web, sus efectos son cualquier cosa menos inocuos. Pensemos, por ejemplo, en las páginas, muy visitadas por las niñas, que brindan *tips* para ser muy delgada o, más precisamente, enseñan a ser anoréxica. “Cómo ser anoréxica de manera saludable”, reza impudicamente un titular, mientras ofrece una guía, paso a paso, para pesar 35 kilos a los 15 años. Proporciona a las chicas trucos para ocultar lo que hacen, respuestas “típicas” para que los padres no sospechen, ideas para no sentir hambre. Se trata de páginas muy tóxicas y peligrosas, no solo por las propuestas concretas en relación con la alimentación, sino también por la imagen ideal de mujer que contribuyen a instalar en las chicas. Recorrer estos sitios web produce un fuerte impacto y vemos que, lamentablemente, tienen enorme participación: las chicas consultan, los administradores responden y dan ánimo para continuar avanzando en este camino de cornisa. Si bien este tipo de páginas han sido denunciadas y dadas de baja muchas veces, los responsables no tienen una condena concreta y vuelven a generarlas rápidamente.

En un clima de época en el que se idealizan la juventud y la belleza, la Web –en tanto vidriera personal– invita a mostrar y mirar, a la comparación y promoción de esos mismos valores. Revisemos nuestra propia conducta y estemos al lado de los chicos para conocer sus actividades en la red.

CUANTOS MÁS *LIKES*, MÁS ALTA LA AUTOESTIMA

Circula en las redes sociales una viñeta muy simpática en la cual en un consultorio de psicoanalista, el paciente, recostado en el diván, expresa su sufrimiento por no tener ni solicitudes de amistad, ni mensajes, ni notificaciones en Facebook. En el dibujo aparecen los “ceros” en cada una de las ventanitas del “muro” del paciente.

Chicos y chicas, pendientes de la repercusión de sus publicaciones e imágenes en las redes, construyen su autoestima sobre la base de los *likes*. Vínculos que se rompen o se fortalecen en tanto y en cuanto se *likeen* mutuamente, reclamos, reproches, pases de factura: “Te llevás mis posteos sin poner ‘me gusta’, eso no está bueno”, “Nunca compartís lo mío y me pedís que comparta lo tuyo”, “No te sumás a mis grupos”, “Nina tiene muchos más *likes* que yo en las fotos, no entiendo, si son iguales”, “A las 9 tengo que subir sí o sí fotos a Instagram, porque es el horario de punta”, “Un domingo a la mañana quién te va a *likear*... sos un *nabo* si subís una buena foto a esa hora... re desperdicio”.

Pensemos en los *youtubers*, chicos y chicas que, por algún motivo en particular, son seguidos por millones de niños y adolescentes, a quienes ya nos referimos en el primer capítulo. Los *youtubers* logran ser modelos a seguir porque establecen un vínculo muy estrecho con sus seguidores: intercambian, preguntan, aconsejan, comparten a diario su vida. Cada uno tiene alguna característica que lo distingue, pero casi todos proponen un formato similar: saludan siempre de cierta manera, se mueven y miran a la cámara con determinada estética, editan sus videos con un ritmo parecido. Cuentan “lo que nos pasa a todos” con simpatía y euforia, para buscar y generar identificación en el público.

Cuando un chico produce su propio material audiovisual y lo comparte en las redes sociales, busca y espera ser reconocido y *likeado*. Quiere tener seguidores y, por lo tanto, la respuesta de los otros determinará que pueda avanzar en su camino o lo abandone, porque sin seguidores no hay canal posible. La mayor o menor repercusión del material generado incide en la autoestima del autor.

La búsqueda desesperada de los *likes* no sería otra cosa que el vivir para el “qué dirán”, o por qué no para el “qué verán”. El foco se desplazaría de disfrutar de lo que se hace a obtener el placer primordial en la repercusión que eso tiene en los demás, a través del ojo de las redes sociales. La mirada de los otros, entonces, pasaría a ser el motor que impulsa nuestras acciones y el juez que las legitima.

Sin embargo, estar pendiente del otro a través de la conexión permanente no es un fenómeno unidireccional, sino que ofrece simultáneamente dos caras. Nos brinda también la posibilidad de enterarnos de qué hacen nuestros contactos, en tiempo real: la hora de su último WhatsApp nos dice si están despiertos, el GPS de sus teléfonos nos cuenta dónde están, a través de sus *selfies* vemos con quién.

Una jovencita ahogada por el control de su novio, no quería desactivar la posibilidad de ver el horario de “última conexión” ya que, de esa manera, ella misma tenía que resignar

su posibilidad de ver la de los demás. O sea, para evitar ser vista, tenía que dejar de mirar. Y eso no le gustaba nada. En esas trampas estamos enredados, todos.

Estas ventanas abiertas que habilitan espiar a los demás son las que facilitan otro fenómeno de la época: el *stalking*, que consiste en controlar permanentemente los movimientos de otra persona a través de la Web, y que en sus diversas intensidades puede variar desde la curiosidad a la obsesión y el acoso virtual.

Este escenario de preocupación extrema por la mirada de los demás, y a la vez de monitoreo constante del otro, podría ser un caldo de cultivo ideal para el surgimiento de las violencias que nos ocupan en este libro. Cuando en este tipo de contexto se desarrollan, entre los jóvenes, relaciones asimétricas y está presente la voluntad de exponer y humillar, el ciberbullying tiene grandes chances de instalarse.

¿Es posible construir un perfil auténtico?

Hace años pregunté a un grupo de alumnos de quinto grado si sabían qué era el DNI (documento nacional de identidad) y uno de ellos, muy seguro, respondió: “Es como un librito que tiene tu foto y tu perfil”. Recién comenzaban a difundirse las redes sociales en Argentina y los chicos ya hacían el proceso inverso: el documento refleja el perfil social. Entonces, ¿puedo construir mi perfil (mi identidad) acorde a lo que deseo? ¿Los perfiles de los otros me hablan realmente de los otros? ¿Cuán auténtica es la vida que se muestra en las redes? Y en ese sentido, ¿qué sentimientos despertará en los otros lo que publico?

En las redes sociales, mostramos lo que queremos mostrar. Elegimos, seleccionamos, valoramos algunas cuestiones más que otras. Algunos difundimos nuestro trabajo, nuestros valores o actividades; otros priorizan contactar gente para establecer vínculos sociales; hay quienes ensayan personalidades y roles. Lo que está claro es que nadie “es” totalmente en las redes. Se selecciona y se crea un perfil en función de lo que se imagina será visto. El “cómo creo que me ven” rige de alguna manera nuestras publicaciones. En las redes podemos potenciar aquello que nos gusta de nosotros y eliminar lo que nos molesta. No nos mostramos perdedores o frustrados, elegimos nuestras mejores *selfies* o aquellas que coinciden con lo que queremos que vean.

Al mismo tiempo, vemos y leemos a los otros. Sus logros, sus movimientos o la falta de ellos. Se da así una especie de relación construida sobre la base de lo que cada uno se imagina que hace el otro. Comentarios, respuestas, ironías, desafíos a lo dicho por los demás. Nos enredamos y malentendemos. Los más vulnerables sufren enormemente viendo cómo “la pasan bien” sus adversarios.

En la adolescencia, este escenario tiene mucho más peso. Para un chico o una chica de 13 o 15 años, la mirada de sus pares es fundamental. Imaginarse que sus compañeros lo ven solo o encerrado puede generar sentimientos de humillación y desvalorización. A veces, los chicos mienten solo para que los otros crean que ellos la pasan bien y no los

incluyan en la categoría tan temida de *loser*. A veces, también, simulan divertirse o aceptan hacer determinadas cosas simplemente para pertenecer. Sentirse incluidos los fortalece, los ayuda a construir su identidad.

Considero que estos son aspectos importantes a tener en cuenta si pensamos en el ciberbullying, su gestación y sus consecuencias. Ver la felicidad y los logros del otro, las salidas divertidas a las cuales uno no fue invitado, las nuevas relaciones amorosas de los ex, los viajes, adquisiciones o triunfos de “quien me hizo mal”, el control de lo que publica mi “rival” son moneda corriente en los vínculos actuales. Darnos cuenta de que en la Web no todo es real, que cada uno elige lo que quiere mostrar, que los perfiles sociales son apenas recortes más o menos auténticos de la propia vida, es un paso adelante en la constitución de vínculos un poco más saludables.

Las redes sociales ofrecen la posibilidad de “crear eventos” y “crear grupos”. Así, más allá de que estos sean reales o no, hay quien organiza, invita y propone participar de algo, y quienes son o no son invitados. Los eventos tienen fecha y horario, y ofrecen la posibilidad de subir imágenes durante su realización y con posterioridad a los hechos. El excluido padece enormemente ser espectador de la diversión ajena. Comienza a sentir que todo lo allí expuesto está dirigido a él, que se lo “pasan por la cara”, que se lo hacen “a propósito” y llega a confundir la propia percepción con la intención de sus compañeros.

Todos los días se generan juegos, grupos, encuentros con códigos más o menos definidos, en los que puede haber alguien que “no entienda de qué va” y quede afuera.

¿Qué es el éxito para los chicos?

Para reflexionar sobre esta cuestión, les propongo dos actividades:

- Pregunten a sus hijos, sobrinos o alumnos qué significa tener éxito.
- Busquen en Google qué significa hoy el éxito para los niños.

En mi experiencia profesional y familiar, ante la primera cuestión, me he encontrado con respuestas que aluden a los deportes, al dinero o a la televisión. El éxito parece ser, ante los ojos de un niño, algo que se obtiene en actividades placenteras: jugar al fútbol, ser bella, cantar y bailar muy bien, ser famoso.

Al buscar en Google “el éxito para los niños” encuentro que, en este contexto, el éxito está directamente vinculado al rendimiento en la escuela: éxito o fracaso escolar es la idea principal de las páginas de interés referidas al tema, como si la vida “exitosa” de un niño fuera exclusivamente resultado de su boletín de calificaciones.

Se le propone como meta a los chicos triunfar, ganar, salir primero; ser el mejor, cueste

lo que cueste. Al mismo tiempo, no se les da tiempo para el proceso, para el error y la equivocación. Una vez, en el consultorio, un “iluminado” de 8 años me dijo: “María, no soy yo el lento, es la escuela que va muy rápido. ¿La podrás parar un poco?”. Pablito escuchaba, una y otra vez, frases lapidarias como “Este chico es un fracaso” o “Mi hijo no va a tener éxito en la vida”. Sufría, se enojaba y por momentos intentaba resignarse. Pero no podía. Él no anhelaba el mismo éxito que el imaginado por su padre. Para Pablito, el éxito era otra cosa: “Yo no quiero comprarme cosas, yo quiero ser feliz”, me dijo otra vez. Un niño conmovedor, transparente, que expresaba con ojos llorosos y mucha claridad aquello que muchos pensamos. Hacemos correr a los chicos detrás de algo que suponemos será su felicidad, su éxito en el futuro, su logro adulto en este mundo competitivo. Y nos olvidamos de que lo mejor que les podemos dar es una infancia plena, creativa, lenta y feliz.

Esto nos llevaría también a reflexionar sobre la idealización del liderazgo como objetivo excluyente en la educación. ¿Es que todos los niños tienen necesariamente que tratar de ser líderes? En cualquier grupo se dan diferentes roles, en función de la personalidad de cada uno, de la historia y la dinámica particular. Pero el mandato social del liderazgo asociado al supuesto éxito no ayuda a desarrollar relaciones sanas entre los chicos; por el contrario, la inserción de estos deseos de los adultos introduce presiones negativas y propone valores ultracompetitivos y poco formativos.

En relación con esto, les propongo que se detengan a ver un partido de fútbol de niños y, más específicamente, los invito a observar a los padres en la tribuna; sus enojos, sus gritos, alientos, decepciones. La presión con la que señalan formas de juego, faltas, errores. Las tensiones que se despliegan entre los mismos padres, los modos y desprecios entre ellos y hacia los chicos. Parecería que en la cancha están en juego sus propias habilidades y egos. Algo similar sucede en los concursos de belleza (reinados) de las niñas y adolescentes.

Una vez más, nuestro propio narcisismo desplegado en nuestros hijos, puesto a prueba una y otra vez en sus logros y fracasos. Esto también influye en los vínculos que establecen entre compañeros.

AMORES Y PELEAS, ABURRIMIENTO Y CONTEMPLACIÓN

Niños apurados, llenos de actividades, sin tiempo para “no hacer nada”. Desde que nacen, los llenamos de sonajeros, gimnasios y luces; movimiento, sillitas mecedoras, trapitos y colores. Luego, celebramos sus cumpleaños con animaciones hiperkinéticas en lugares cerrados y oscuros. Los aceleramos, estimulamos y motivamos con los festejos de los ingresos y egresos (¿desde cuándo se les tira harina a los egresaditos de preescolar?), los vestimos de *teenagers* a los 6 años y creemos que nuestra pequeña hija de 8 “tiene novio”.

¿Cuál es el apuro? Y en este contexto, ¿para qué nos involucramos cuando nuestra hija o nuestro hijo se pelea con su mejor amiga o su amigo de toda la vida? ¿Qué tiempo les brindamos para que puedan resolver por sí solos esos inconvenientes afectivos? ¿Por qué salimos “con los botines de punta” si nuestro hijo o nuestra hija no es “el elegido” para algo? ¿Cómo se puede sentir un chico al que su padre le grita furioso desde el borde de la cancha de fútbol cuando se equivoca en una jugada? ¿Cómo enseñamos a los chicos a tolerar no ser el primero o el mejor?

Desde ya que resulta difícil tomar la distancia imprescindible y óptima con nuestros chicos y sus vínculos. En esta época, es tarea complicada entender que si ellos se pelean con alguien, son ellos y no nosotros los que tienen un problema. Parecería que nos identificamos tanto con nuestros hijos que los que nos sentimos dejados de lado somos nosotros. A veces nos cuesta tolerar no ser protagonistas.

No estamos acompañando a los chicos en sus aburrimientos. Tiene mala prensa no saber qué hacer y no hay tiempo para la espera. Qué bueno sería poder darnos permiso para mirar a la nada, panza arriba, al menos un rato. Para frenar por un momento la carrera frenética al futuro y la obsesión por alcanzar los modelos sociales. Darnos libertad para apagar celulares y computadoras, para no responder instantáneamente a los “pajaritos” de las redes sociales y conectarnos con nosotros mismos y los demás.

Tal vez así nuestros hijos alcen la mirada de sus pantallas.

1. Disponible en línea en: <www.youtube.com>.

2. Ejemplos de distinciones en programas muy populares en Argentina en distintas épocas: *Patito Feo*, *La familia Ingalls* y *Jacinta Pichimahuida*.

3. Se trata de la telenovela *Esperanza mía*, emitida en Argentina en 2015.

Capítulo 6
PADRES ENREDADOS

PADRES, MADRES Y DOCENTES TAMBIÉN SOMOS PARTE DE LA RED

Padres, madres, abuelas, docentes, directores, pediatras, vecinos y comerciantes del barrio, periodistas y comunicadores. Los adultos también estamos y somos parte de la red. Un poco más o un poco menos, todos aportamos y sumamos para que las redes sociales crezcan cada día más.

Unos meses antes de que yo escribiera este libro, la selección argentina de fútbol perdió la final de la Copa América en una definición por penales. El penal que sentenció la derrota fue errado por Lionel Messi, nuestro ídolo. El resultado del partido fue una decepción enorme para muchos, una desilusión que despertó tristeza y bronca en chicos y grandes; sin embargo, lo que terminó de acrecentar el impacto del hecho fue que el futbolista anunció en ese momento que se retiraría de la selección nacional.

A partir de estas declaraciones se desataron fuertes debates en los medios de comunicación y, al mejor estilo siglo XXI, todos teníamos una opinión acerca de la decisión del deportista. En ese contexto, un popular conductor de televisión hizo público en su programa un video “del hijo de unos amigos”. Se trataba de un chiquito de aproximadamente 6 años que, angustiadísimo, entre mocos y lágrimas, le suplicaba a Messi que se quedara. Mientras el niño lloraba sin consuelo su madre lo filmaba y lo presionaba para que continuara “hablándole” al futbolista; le insistía y agregaba: “Así se lo mostramos a él”. Ni un abrazo, ni un beso, solo un teléfono filmando y una madre buscando “dar a conocer” el dolor de su hijo.

Claro que esta actitud no es patrimonio exclusivo de ninguna nacionalidad. Por ejemplo, en el Canal da Lulu de YouTube, una niña brasileña de aproximadamente la misma edad (6 años) y su mamá exponen en videos caseros todos los detalles de la vida cotidiana: juntas cocinan, nadan, abren regalos, se disfrazan, hacen manualidades y lo comparten con un público al parecer muy ávido, tanto que algunos de sus videos superan las cinco millones de vistas. Sin juzgar el contenido de la propuesta, es llamativa la soltura con que la niña se dirige a la cámara, al parecer a cargo de su padre, y cómo los padres la exhiben a pesar de su muy corta edad.

En el mismo sentido, recuerdo haber visto hace poco tiempo a una mamá que hamacaba a su pequeña en la plaza sin quitar los ojos del celular. “Mamá, hamacame con las dos manos”, le pedía la chiquita. La hamaca y la posibilidad de acercarse y alejarse una de la otra, la distancia y el encuentro. Qué pena desperdiciar ese momento de juego. En la misma plaza, a pocos metros de distancia, un papá con su bebé en el cochecito, escuchaba música con enormes auriculares mientras chateaba.

Suelo detenerme en parques, heladerías y centros comerciales a observar. Despojada de

situaciones de consulta profesional, simplemente miro a mi alrededor. Así vi cómo en un restaurante de comidas rápidas del mayor *shopping* de Buenos Aires, comía una señora con quien parecía ser su nieto. La abuela estaba atenta a su celular, mientras el niño de unos 3 años tomaba gaseosa con un sorbete, parado en su silla y hamacándose. Desde la mesa de al lado, yo temblaba, hasta que en un instante sucedió la escena de película: el niño volcó la silla y salió despedido, con tanta fortuna que un señor que pasaba por allí, con reflejos bien entrenados, alcanzó a atajarlo en el aire, mientras la bandeja caía estrepitosamente y un plato se partía en mil pedazos. Luego de que el “empleado del mes” juntara y limpiara todo, la abuela pronunció un pedagógico “te dije que te ibas a caer” y volvió con sus ojos al teléfono. El nieto no paraba de llorar, sentadito, asustado y solo.

Somos parte de una red fascinante, que a veces se transforma en telaraña. Nos atrapa e inmoviliza, nos distrae de lo importante, nos apantalla y priva de vivir a pleno momentos únicos en la crianza de nuestros hijos. En estas redes, surgen diferentes encuentros y desencuentros. Los chicos a veces quedan por ahí, dando vueltas por el aire o hamacados con una sola mano, tal vez entretenidos por otras pantallas y a menudo solos.

Y NOSOTROS, ¿CÓMO NOS MANEJAMOS?

En tiempos analógicos, el medio de contacto básico entre la familia y la escuela era el cuaderno de comunicaciones. Así, si había una excursión o un acto escolar, escribíamos una nota para que nuestras familias pudieran autorizarnos a concurrir. Mediante el cuaderno también se informaban las tareas, pruebas y colectas, se pegaban invitaciones de cumpleaños y, llegado el caso, se informaba de sanciones por faltas de conducta. Si las faltas eran muy graves, se llamaba por teléfono, canal que también se utilizaba en caso de que el niño tuviera algún problema de salud. Para llamar a la casa había que ir a la Secretaría de la escuela y, además, tener la fortuna de que la madre estuviera en el hogar y atendiera.

Cuaderno y teléfono fijo. Si el niño necesitaba algo, debía regresar a casa y plantearlo. En el horario escolar, los chicos estaban en la escuela a cargo de su maestra, que recibía quejas, halagos y pedidos, por lo menos hasta que sonara el timbre. La misma situación se planteaba en caso de que la familia quisiera comunicarse con la escuela: una nota en el cuaderno para lo cotidiano y organizativo, y un llamado por teléfono para las urgencias. El sistema era, de alguna manera, simple. Existían también, claro, las reuniones de padres y las entrevistas individuales. “Me citaron del colegio” o “Voy a llamar a tus padres” eran frases reservadas para situaciones especiales y tan temidas como el “No podrá ingresar al establecimiento si no concurre acompañado de su padre, tutor o encargado”.

¿Quién hubiera imaginado que un chico se podía pelear con su docente y mandarle un WhatsApp a sus padres durante el recreo, y que, ante este mensaje, alguno de ellos

acudiría enseguida al colegio a reclamar con dureza por la sanción a su hijo?

¿Cuándo y cómo se ampliaron de tal manera las vías de comunicación que la mamá de Matías comparte un grupo de WhatsApp con su maestra y resuelven por ahí los problemas de conducta? ¿En cuántos grupos de madres del colegio está esa mamá? ¿Cómo podemos naturalizar el hecho de que la mamá le recuerde por WhatsApp a Matías que se concentre en la prueba durante el horario de clase?

Todos debemos tener cataratas de anécdotas en este sentido. Los límites de la escuela son cada día más permeables, los mensajes entran y salen, se mezclan y confunden, se superponen. Y la telaraña crece.

¿QUÉ MOSTRAMOS DE NUESTROS HIJOS?

Hasta ahora hemos visto la creciente y muchas veces excesiva conexión de padres y docentes a las redes sociales. Dependencia, excesos, dificultades para postergar su uso: cómo manejar interrupciones constantes de sonidos, voces o gritos son temas de preocupación habitual. Pensemos también qué contenidos privilegiamos los padres, madres y docentes en el momento de subir fotos y textos a Internet.

Tengo una anécdota familiar que viene al caso: mi hijo menor estaba comenzando su etapa de educación media y trajo su boletín por primera vez. Mi orgullo era infinito, al ver sus calificaciones me sentía más ancha que el Río de la Plata y lo primero que pensé fue: “Se lo muestro a todos, lo subo a Facebook”, pero por suerte un sexto sentido me llamó a preguntarle a mi hijo si me autorizaba. La respuesta fue clara y contundente: “No”, y punto. Me contestó con tanta rapidez y seguridad que, simplemente por curiosa, le insistí. “Ni se te ocurra”, me dijo. En ese momento me di cuenta de que, si llegaba a cometer un “ilícito”, perdería el contacto y la confianza de mi hijo. Muchas veces más tuve que contenerme luego de ese episodio. ¿Quién no quiere mostrarles a sus amigos, conocidos, compañeros de trabajo y familiares todo lo maravilloso de sus hijos? ¿Quién no toma fotos de actos escolares, logros deportivos, muecas o gracias? Primero es solo un *click*, y después una sucesión de *clicks*, lo suficiente para exponer a los chicos más de lo deseable.

Cuando los hijos nacen (o aun antes, cuando comprobamos el embarazo y durante la gestación), tomamos imágenes y las compartimos. Su primera sonrisa, sus pucheros, sus miedos y alegrías, vestidos de gauchitos o paisanas, abanderados o escoltas, leyendo en la pelela o llorando porque se les rompió un juguete. Ahí están, con sus guardapolvos o uniformes el primer día de clases, con sus maestras el último día del año. Nosotros, sus padres, brindamos así datos e información, abrimos puertas a la vida de los chicos y dejamos una huella muy importante.

Sugiero que reflexionemos un momento sobre el valor de la intimidad y acerca de que no

por el hecho de que sea un niño –nuestro niño– tenemos derecho a exponerlo de manera tal que luego pueda sentirse avergonzado o humillado por lo que compartimos. Retomemos aquí el ejemplo del llanto del niño por Messi. Si lo considero desde el recorte que suelo hacer en mi trabajo en bullying, lo vinculo inmediatamente a la posibilidad de una futura humillación y a las consecuencias de que esas imágenes sigan apareciendo durante años en los buscadores de Internet, así como a la mirada propia de este niño y su autoconcepto, y a la mirada de sus compañeritos mañana en el colegio (no hace falta esperar al año que viene), a la de su maestra, a la de sus padres.

Entonces, esa misma intimidación que tanto preocupa a los padres de púberes y adolescentes, cuando los invade el miedo a que los otros “les hagan algo” a sus hijos, es vulnerada en primer lugar por ellos mismos. El temor de los padres por la propia exposición del adolescente está puesto afuera y parecen olvidar lo que ellos mostraron y construyeron durante la lactancia y latencia de sus hijos.

No podemos saber qué motiva a cada familia a tomar ciertas decisiones, pero sí siento la necesidad de pedir que se amplíen los tiempos de reflexión antes de subir contenidos a las redes sociales. Que ese “qué estás pensando” que propone Facebook sea de verdad un momento para pensar, y no un impulso. Que la prioridad a la hora de elegir qué compartir sea siempre el bienestar de los niños y la preservación de su intimidad, frescura y emociones.

Haz lo que yo digo y no lo que yo hago

Como dije anteriormente, es común que exhibamos en las redes sociales a nuestros hijos en situaciones cotidianas: la primera vez que comieron solos con cubiertos, el regreso de un campamento, la visita a la peluquería para hacerse el corte de “la selección de fútbol”, la entrega de diplomas, la cara que pusieron al comer pescado... Tanto que ya lo hemos naturalizado y resulta difícil imaginarse la vida sin este tipo de imágenes. Los chicos hacen, juegan, descubren y se descubren. Ahí estamos nosotros, filmando y registrando su vida para compartirla con nuestra lista de contactos. En mayor o menor medida, todos participamos de la lógica de las redes.

Sin embargo, en función de semejante afán exhibicionista, me pregunto cómo pretendemos que los chicos preserven su privacidad cuando somos nosotros los primeros en no hacerlo. Cómo explicarles que no tienen que subir fotos a la Web mostrándose borrachos si fuimos nosotros –sus padres– quienes expusimos sus llantos, berrinches, pañales sucios y ágapes varios durante sus primeros doce años de vida.

¿Quién puede decir “hasta acá es mostrable” o “esto ya es privado, no lo compartas”? ¿Quién construye junto con los chicos esa instancia que determina, en sus cabezas, el “no”? En este caso sería el “no muestres, no mandes fotos semidesnudo, no ofrezcas datos e información tuya a desconocidos, no es necesario filmarse teniendo relaciones,

no tenés que contar todo lo que sentís o hacés para ser querido”, por ejemplo. Son muchos los “no” que los chicos tendrían que tener a mano para poder usarlos, frente a los límites cada vez más difusos que adquiere hoy la privacidad.

Pero si nuestra prioridad cotidiana es registrar todo lo que nuestros hijos hacen para exponerlo sin filtros, estamos invitando de alguna manera a los otros –conocidos o no– a formar parte de nuestra intimidad familiar, y a la vez estamos enseñándoles a los chicos que el espacio privado no existe.

Algo similar podríamos pensar si revisamos los contenidos que compartimos acerca de nuestra propia vida. Si nos reunimos con amigos, ¿nos conectamos realmente con ellos o estamos pendientes de subir las imágenes de la salida a las redes? ¿Cómo tenemos configurada nuestra propia privacidad? ¿Qué ven nuestros hijos de nuestra propia intimidad al seguirnos en las redes?

Para pensar esto, nos ayuda ver los perfiles de Twitter de los “famosos”: peleas, noviazgos, divorcios, embarazos, traiciones y enojos son expuestos frente a millones de seguidores sin pudor ni vergüenza. Nadie –o casi nadie– piensa en los hijos de estas personas. Más allá de analizar aquí responsabilidades y exposición, reglas de juego y demás, propongo trasladar la situación a quienes no somos famosos ni mediáticos: ¿qué informamos a nuestros hijos al subir determinados contenidos? ¿Cuánto de nuestra vida lo aprenden porque somos “amigos” de Facebook?

Lejos de cualquier prejuicio, propongo que reflexionemos,elijamos y decidamos conscientemente cómo nos volcamos al mundo “compartido”. Que nos detengamos a evaluar si las redes son para nosotros un sostén, una trampa o un arma de caza. No es igual la red que salva a los equilibristas que aquella que sirve para pescar en el río, o para cazar mariposas. Pensémoslo, para nosotros y para nuestras familias.

SER REFERENTES Y CONTENER LOS DESBORDES

Durante el último verano, conversando sobre qué recursos podíamos ofrecer a los docentes para trabajar en las reuniones iniciales con padres, coincidimos con el equipo Libres de Bullying (1) en la necesidad de ocuparnos del uso de las redes sociales por parte de los adultos, en especial de WhatsApp.

Al repasar los motivos de consulta y pedidos de intervención, aparecían como una constante las dificultades en estos espacios. Los malentendidos, ironías y confusiones generados en los grupos de chat tenían y tienen efectos de alto impacto en la vida real de alumnos, docentes y familias. La palabra escrita en las redes sociales suele prestarse a confusiones, puede a veces no ser bien interpretada y deja siempre –por más evolucionados que sean los emoticones– la calidez emocional fuera de la escena.

Estos grupos de WhatsApp de padres y madres del colegio constituyen una herramienta sumamente útil a la hora de organizar salidas, juntar dinero para eventos, confirmar algún horario o coordinar encuentros, pero pueden convertirse en un factor perjudicial cuando no se utilizan de forma correcta y comienzan a mezclarse otras cuestiones.

Si queremos que nuestros hijos usen la tecnología de manera responsable, discreta, con respeto por su propia intimidad y las de los otros, con cuidado y humildad, debemos sí o sí mostrarles con nuestro ejemplo que eso es posible. Difícilmente puedan incorporar pautas de buen uso si nos ven “alienados” todo el tiempo, pendientes de responder la infinidad de mensajes que se intercambian en los chats.

Elaboramos entonces, un “decálogo” del buen uso que enfoca los mayores inconvenientes que se plantean en estos grupos de WhatsApp de padres y madres del colegio. Este material lo hemos desarrollado a manera de póster, que ofrecemos para descargar en la Web y utilizar en las escuelas.

GRUPO DE WHATSAPP DE PADRES Y MADRES DEL COLEGIO



El grupo de Whatsapp es una excelente herramienta, si se lo usa correctamente.

Información sí, chismes no

El grupo es muy útil para intercambiar información sobre tu hijo y el grupo de su clase. No lo transformes en un "chismódromo".

Respondé sólo si aportás algo

Por ejemplo, si alguien pregunta "¿De quién es la campera azul que se olvidaron en casa?" no contestes para decir "Mía no es".

No seas la agenda de tu hijo

Si faltó a clase, no pidas la tarea por el grupo, ayudalo a que asuma sus responsabilidades.

Pensá dos veces antes de escribir

No escribas algo que no dirías en persona y tené en cuenta que la palabra escrita puede ser fácilmente malinterpretada.

No critiques al docente en el grupo

Si surge algún problema con el maestro o profesor, hablalo cara a cara para poder escuchar también sus argumentos.

Respetá la privacidad

No compartas contenidos que vulneren la privacidad de nadie o que sean ofensivos hacia otros.

No ridiculices a nadie

Evitá los comentarios que dejen en ridículo a otros chicos, padres o docentes. Si duele, no es gracioso.

Mantené tu identidad

No permitas que tu hijo/a responda en tu teléfono haciéndose pasar por vos.

No exageres con los emoticones

Hay cosas que necesitan aclaraciones. No siempre una imagen vale más que mil palabras.

Usá tu propio criterio

No todo lo que se dice en el grupo es cierto. Leé, evaluá y expresá tu opinión y si hace falta tu disconformidad.

Tu hijo aprende con tu ejemplo.

Fuente: Libres de Bullying.

Como dijimos en el capítulo 3, Internet y las redes sociales tienden a borrar la fecha de

nacimiento. En chats y muros, todos parecemos pares: hablamos de igual a igual, nos tuteamos, manejamos un lenguaje coloquial y opinamos de todo. Esto puede llevarnos a confusiones sin retorno, en las que con cada aclaración nos hundimos un poco más.

En el caso de nuestros hijos y sus vínculos, las posibilidades de “meter la pata” que nos ofrecen las nuevas maneras de comunicación son casi infinitas y, cuando nosotros perdemos el eje, es difícil poder ayudar y contener a los chicos.

En algunos grupos de madres y padres de la escuela, los chicos participan haciéndose pasar por sus padres, y viceversa. Entonces, es difícil para todos ubicarse, creer y participar con confianza y honestidad. Las herramientas tecnológicas están disponibles, solo hay que saber usarlas.

Uno de los problemas de esta desubicación de los adultos en las redes tiene que ver con el desamparo que puede sentir un chico cuando ve que sus “cuidadores” se ponen a su altura. Si mi mamá anda perdida por las redes subiendo sus propias *selfies* haciendo “trompita”, ¿a quién le pido ayuda en caso de que me acosen? ¿Quién me puede orientar en un mundo de desorientados? ¿Qué hago si me extorsionan con algún material que haya compartido y, al contarlo, mis padres se horrorizan y me castigan?

Si pretendemos cuidar y ayudar a los chicos, comencemos por mantener los roles en las redes sociales.

CAMINOS, ERRORES Y SUGERENCIAS

Aunque no pretendo aquí dar consejos ni establecer verdades absolutas, me parece útil plantear una breve guía sobre las cuestiones más frecuentes, sobre la base de mi experiencia profesional, que sirva para la reflexión de padres y docentes.

- La decisión de dar dispositivos tecnológicos a los chicos es de los padres y lo mejor es que reflexionen y decidan a conciencia qué y cuándo los ofrecerán. Qué permisos, acuerdos y normas de uso serán habilitados en cada caso, en función de sus convicciones, costumbres y valores.
- Ningún dispositivo puede ofrecerse a los chicos sin previa evaluación y consenso respecto de su uso. No se trata de un juguete, sino de una ventana a un mundo inmenso, con fabulosas posibilidades pero también con muchos riesgos, que hay que conocer y saber cómo minimizar.
- El acompañamiento a los chicos depende de las etapas evolutivas. Considero fundamental la compañía del adulto cuando los chicos son pequeños (aproximadamente hasta los 10 años). “Compañía” significa estar al tanto, estar disponible, conocer las páginas y juegos frecuentados por los hijos, ofrecerse como referente en caso de que tengan problemas, conversar acerca de los riesgos, las

ventajas y los límites en el uso.

- Cuando son más grandes es importante detenerse a observar cómo es el vínculo de los chicos con la tecnología. ¿Están muy ansiosos cuando no pueden conectarse? ¿Aceptan salidas a lugares donde no hay wi-fi? ¿Se encierran para mirar sus pantallas o pueden hacerlo desde lugares comunes de la casa? ¿Pueden postergar el uso en caso de estar muy ocupados con cuestiones escolares? ¿Hablan de sus actividades *online*? ¿Cambian su conducta de manera abrupta si nos acercamos a ver lo que están haciendo?
- El mundo *online* de nuestros hijos es de ellos. El límite entre nuestro interés por saber en qué andan y la invasión de su privacidad puede volverse muy difuso y es fundamental que pensemos bien en qué lugar ubicarnos en cada caso: no es lo mismo la actividad de un niño de menos de 10 años que la de un adolescente de 15. Sin embargo, lo fundamental en cualquier situación es que si hay una sospecha de que algo puede estar sucediendo, si “olemos” que nuestros hijos pueden estar en problemas y ellos no hablan, no nos podemos quedar quietos esperando a que se desencadenen los hechos, y debemos intervenir. Si yo permito que mi hijo se encierre en su habitación es porque previamente me aseguré de que sea un espacio apto para él. Pero si de pronto viera que sale humo por debajo de la puerta o escuchara una explosión, tiro la puerta abajo si fuera necesario. Las claves son la confianza, autonomía, interés, ofrecimiento y disponibilidad, cuidado del otro, límites que sostienen: generemos un espacio nutrido de estos valores.
- Los mecanismos de control externo (filtros, programas específicos, rastreo de historial) pueden ser útiles en ciertos casos, pero nunca serán suficientes. Los chicos aprenden a sortear obstáculos a la velocidad de un rayo, y si nos quedamos exclusivamente con esos recursos es posible que no nos pidan ayuda si se encuentran en aprietos. Si, por ejemplo, imponemos un horario de uso excesivamente rígido y nuestro hijo tiene un inconveniente en la red en momentos en que no tenía permitido conectarse, lo más probable es que nos lo oculte.

Acompañar, contener, escuchar, conocer, interesarse, aprender y compartir no excluyen los límites y guías que nosotros, como padres, debemos ofrecer.

1. Libres de Bullying, asociación civil fundada y dirigida por la licenciada María Zysman en Argentina, con el objeto de ofrecer a la sociedad herramientas para prevenir, detectar e intervenir en situaciones de bullying; <www.libresdebullying.com.ar>.

Capítulo 7
CÓMO CONTROLAR Y SUPERVISAR

¿CUÁL ES EL LUGAR JUSTO PARA ACOMPAÑAR A NUESTROS HIJOS?

A lo largo de este libro he desarrollado algunas cuestiones referidas al uso de las nuevas tecnologías por parte de niños, jóvenes y adultos, así como a los modelos de aprendizaje y a los principales riesgos que implican. Me he detenido en la descripción de los modos de relación, conflictos y abusos. Llegó entonces el momento de pensar en qué lugar nos ubicamos nosotros, los migrantes digitales, para poder cuidar a los pequeños nativos, que parecen no tener conciencia del mundo gigante que se despliega ante sus ojos cuando se conectan. En qué punto nos situamos para alertarlos sin generarles miedos excesivos y cuánto podemos llegar a controlar de sus actividades en el plano digital.

Paso a paso es mejor

La prevención de situaciones negativas en la red comienza cuando los chicos son muy pequeños. Diría que casi cuando nacen, porque la primera prevención es tener en cuenta nuestra propia actividad y el uso que hacemos de la tecnología. Si logramos despegarnos de nuestras propias pantallas y conectarnos con los demás “libres de wi-fi”, ya habremos dado un gran paso adelante.

De la misma manera, el acceso de los chicos a los dispositivos tecnológicos debe darse de manera gradual y progresiva. En la actualidad, es difícil imaginar una “abstinencia total” de pantallas, pero cuanto más podamos postergar el inicio de este contacto, más experiencias sensoriomotrices tendrán los niños, más tolerancia a la frustración, más desarrollo y más riqueza imaginativa. Es mucho mejor que los chicos conozcan el mundo con sus manos, con su olfato, vista y oído antes de verlo en video.

Según mi criterio, no debemos ofrecer libremente un celular o una *tablet* con conexión a Internet a los niños menores de 8 años. Desde ya que cada chico es diferente y no debemos pecar de exagerados, pero esa edad sirve como una referencia aproximada. Si al inicio les proporcionamos materiales elegidos por nosotros, mucho mejor. Pueden ser películas, juegos y actividades en la computadora, sin necesidad de que estén *online*.

Cuando comienzan a conectarse a Internet, los chicos necesitan supervisión y acompañamiento. Sugiero incorporar recursos de cuidado externo (filtros, por ejemplo), pero sepamos que ninguno de ellos podrá reemplazar nuestra presencia. Mostremos siempre interés por las páginas que los chicos visitan; conozcamos sus ídolos, sus programas favoritos, escuchemos su música, compartamos esos momentos mientras sea posible.

¿Es posible balancear privacidad y riesgos?

El derecho a la privacidad de niños y adolescentes no supone que nos podamos eximir de la enorme responsabilidad de cuidarlos y protegerlos. Cuidar no es sinónimo de vigilar. Interesarse no es lo mismo que invadir.

El respeto por nuestros hijos debe guiar todas nuestras intervenciones. Sin embargo, respetar no significa borrar la asimetría de la relación: no somos pares de los chicos. Ser sus padres o docentes no equivale a ser sus amigos.

Para evaluar los riesgos, debemos esforzarnos en diferenciar cada tipo de situación: bullying, cyberbullying, sexting y grooming no son lo mismo. Como ya vimos, en las primeras tres situaciones los protagonistas son menores de edad, mientras que en el grooming interviene un adulto. En este último caso, se trata de un delito y como tal debe ser denunciado.

Antes de ofrecer un dispositivo electrónico a nuestros hijos debemos conocer sus alcances. Los celulares pueden servir para jugar, pero no son solo un juguete, y pueden implicar el acceso a otras cosas. En el mismo sentido, las consolas de juego habilitan, además del juego en sí, el contacto con otras personas, conocidas o no.

Tengamos en cuenta que las restricciones de tiempo que podamos implementar son muy relativas. El riesgo y el daño no es proporcional a la duración del contacto con los dispositivos: se puede pasar mucho tiempo conectado sin generar problemas y, por el contrario, cualquiera de nosotros, menores incluidos, en diez minutos de conexión podemos lastimar y lastimarnos mucho.

Hay riesgos que están generados por la herramienta en sí (contacto con desconocidos, acceso a material inapropiado, gastos excesivos) y otros que se crean por la propia irresponsabilidad al elegir los contenidos ofrecidos. A pesar de lo bien configurada que esté mi privacidad, nadie podrá elegir qué contenidos subo. Por eso, ¿existe una aplicación para evitar que el usuario envíe mensajes en estado de ebriedad!

Una forma de cuidar y cuidarnos puede consistir en configurar a conciencia la privacidad de dispositivos y aplicaciones, instalar sistemas de control parental, filtros y programas sofisticados. Eso puede ayudar, pero lo fundamental e imprescindible es trabajar los valores que deben guiar a los chicos y a nosotros en el uso de las herramientas, el respeto por uno mismo, por los otros y por los lugares de pertenencia, ya sea la familia, la escuela o el trabajo.

¿QUÉ PODEMOS HACER PARA PREVENIR?

Hemos visto que el cyberbullying consiste en el maltrato intencional que infringe un niño

o adolescente a otro (par) a través del uso de dispositivos electrónicos. E-mails, mensajes de texto, audios de WhatsApp, videos, comentarios hirientes en las redes, insultos y agravios emitidos desde perfiles falsos, fotos trucadas, apuntan a exponer y humillar al “elegido”. Son conductas deliberadas, intencionales, dirigidas a un sujeto en particular, que lastiman, ridiculizan y –al llegar a muchos usuarios al mismo tiempo– multiplican el dolor de quien lo padece. Muchos chicos y chicas se suman a los agravios para no quedar excluidos, por miedo a ser ellos los próximos elegidos, por no saber bien qué hacer o, en algunos casos, por encontrar diversión. Para empeorar las cosas, detrás de una pantalla no se percibe el daño causado, no se teme la sanción social, sucede todo tan rápido que se olvida fácilmente y, como parecería que es “tierra de nadie”, se cree poder salir indemne sin sufrir consecuencias.

Los chicos necesitan nuestra presencia, sin dudas. Es difícil encontrar el lugar justo para acompañarlos sin “meternos donde no debemos”, pero es imprescindible que lo hagamos. Si ellos se ven involucrados en situaciones de ciberbullying, ya sea como quien lo genera, quien lo sufre o quien lo reproduce, es porque algo falló previamente. Algo fue omitido, faltó intercambio, comunicación, interés. Nosotros, tal vez por desconocimiento, no estuvimos presentes.

Es el momento entonces de preguntarnos en qué lugar queremos estar. La palabra “supervisar” tiene un significado muy amplio, que se refiere a curiosear, guiar, controlar, revisar, vigilar, asesorar, proteger. ¿En qué pensamos cuando pensamos en cuidar? ¿En acceder a una copia de todo el material que nuestros hijos generan? ¿En sentarnos al lado de ellos para conocer sus gustos y preferencias en la Web? ¿En perseguir sus actividades sin que ellos lo sepan, mirando historiales o siguiéndolos a través del GPS? ¿Somos espías preocupados o padres disponibles? ¿Estamos controlando a espaldas de nuestros hijos, o al lado acompañando y sosteniendo? Cuántas preguntas sin respuesta. A veces quisiéramos ser Sherlock Holmes, o convertirnos en “moscas” para poder ver sin ser vistos, para poder evitarles y evitarnos displaceres y contrariedades, aunque sepamos que eso no es posible.

Dice María Montessori: (1) “Ayúdame a hacerlo por mí mismo”. Para que los chicos puedan cuidarse, reconocer los peligros, evitar situaciones dolorosas extremas, irse cuando se sienten amenazados, necesitan haber sido cuidados previamente. Necesitan padres y docentes interesados en sus actividades y que no hayan bajado los brazos; que eviten los lugares comunes del “deber ser”: “Yo a tu edad jugaba a las muñecas”, “¿Cómo te vas a sacar una foto así vestida?”, “Salí a laburar en lugar de andar paveando todo el día con el celular”, “¿Y si repartís currículums cuando vas a cazar Pokémon?”, y en cambio piensen también desde el lugar de los chicos. Para ayudarlos, debemos tratar de mirar, al menos un ratito, el mundo a través de sus ojos. Comprender que necesitan conectarse y comunicarse para construirse a sí mismos, que en sus búsquedas pueden equivocarse, caerse y levantarse, que nos siguen necesitando como nosotros a nuestros padres a esa edad, que podemos no saber mucho de tecnología (mientras tanto,

aprendamos...), pero sí de la vida.

En el trabajo de Unicef que citamos antes (en el capítulo 2) surgen también muchos datos interesantes, entre ellos el referido a la autopercepción de los chicos con relación a cuánto saben sobre Internet: más del 70% considera que sabe más que sus padres sobre el uso de *smartphones* y sobre Internet. Entonces, cuando tienen problemas en la navegación, no recurren a ellos para pedir ayuda. Y eso sí es un problema más grande.

Para afrontar esta cuestión con niños y adolescentes, sugiero entonces trabajar especialmente sobre cuatro puntos:

1. Diálogo

Instalemos con nuestros hijos la conversación, la propuesta y disponibilidad para hablar de todo cuanto necesiten, salir de los monólogos compartidos y los monosílabos. Expresemos claramente que hay más respuestas que “todo bien” o “todo mal”, que las emociones y experiencias exceden el “dale”, “ponele” o “no rompas”. Contémosles nuestros propios fracasos, nuestros intentos y logros. Conversemos acerca de nuestra infancia, nuestra adolescencia, la búsqueda y necesidad que hemos tenido de armar grupos y juntarnos. Que sepan que lo que ellos viven no es nuevo para nosotros; tal vez lo sean los objetos y herramientas a disposición, pero no las emociones y sentimientos.

2. Reglas claras

No se hace todo, todo el tiempo sería la idea central. Con esto quiero decir, básicamente, que para todo hay un momento. No se come todo el tiempo, no se duerme todo el tiempo, no se juega todo el tiempo. Por lo mismo, no se chatea en la mesa cuando comemos, ni se juega a la Play diez horas seguidas. No se buscan Pokémon en clase, de la misma manera que no se hacen abdominales en la hora de Matemáticas. Fijar, consensuar y respetar normas de uso de los dispositivos tecnológicos es fundamental para que, no solo los chicos sino también nosotros, dejemos de ser esclavos de ellos.

3. Herramientas de control parental

Se trata de mecanismos para controlar el acceso y uso que hacen los chicos en sitios web, programas y aplicaciones, en diferentes dispositivos tecnológicos. Sirven para monitorear la navegación, elegir y seleccionar contenidos o bloquear páginas. También nos permiten limitar el tiempo de uso y evitar que los chicos utilicen ciertos juegos, bajen algunas aplicaciones, compren objetos o servicios, o que chateen. Estas herramientas de control se descargan a través de Internet; hay sitios que las ofrecen y enseñan a configurarlas. Para quienes no dominan demasiado la tecnología, recomiendo consultar

con alguien experto para que los pueda asesorar y ayudar a usarlas.

Las herramientas de control parental son útiles, necesarias e imprescindibles durante la infancia y crean zonas seguras para los más chiquitos. Cada familia podrá decidir a qué edad permite que sus hijos utilicen la tecnología, pero lo cierto es que hoy necesitan de ella para estudiar, buscar información y socializar. Hay muchos recursos que nos ayudan en nuestra supervisión, aunque insisto en que estos no reemplazan la imprescindible presencia adulta.

Para ser consistentes con los puntos anteriores, es decir, el diálogo y las reglas claras, los chicos deben saber que estas herramientas están instaladas y que son para su propia seguridad. Lo importante es usar aquellos controles que uno va a poder sostener en el tiempo, que sean coherentes con la propia manera de ser de la familia. De la misma manera que ponemos límites, debemos poder mantenerlos. Si el “basta de Internet” lo empleamos con un hijo cuando estamos nerviosos, pero le damos un celular cuando estamos cansados o queremos ver una película, ningún control sirve. Además, reitero la necesidad de enseñar hábitos saludables de uso de la tecnología porque, de lo contrario, estos filtros y controles serán sorteados por los chicos ni bien tengan la oportunidad de hacerlo.

4. Confianza

Lo ideal siempre es confiar en los criterios de nuestros hijos y que ellos confíen en nosotros. Que no se sientan espiados, que sepan que si nosotros tenemos dudas o algo nos preocupa, lo vamos a conversar con ellos en primera instancia. Pero que si intuimos que están en peligro, los defenderemos con todo lo que esté a nuestro alcance.

Además de estas líneas generales, repasemos algunas pautas concretas orientadas a prevenir las experiencias negativas en la red:

- Mostremos a los chicos cuán fácil es mentir en Internet. Con ejemplos concretos, hagamos lo posible para que entiendan que en la Web cualquiera se puede hacer pasar por otro, que no todos tienen buenas intenciones, que su vida es suya y la decisión de qué compartir y qué no, también.
- Transmitamos claramente que detrás de una pantalla hay otra persona, igual que uno. Que siente, sufre, se emociona, comprende más o menos lo que lee, malentendiendo o hace suposiciones. Y que lo mismo nos ocurre a nosotros. Las pantallas habilitan y al mismo tiempo ponen distancia, quitan sensibilidad, desinhiben. Recuperemos las emociones en la red.
- Propongamos y organicemos actividades alternativas: paseos, deportes, encuentros, juegos, lectura, arte. Sí, es difícil, porque vivimos apurados y sobreexigidos, pero es necesario.
- Expliquemos a los chicos que el asco es una emoción defensiva y que, si lo sienten

al navegar en la Web, pueden irse. Cerrar la página, apagar la computadora y pedir ayuda son reacciones imprescindibles en esos casos.

- Las remanidas frases de “trata a los otros como te gustaría que te traten” y “no hagas al prójimo lo que no te gustaría que te hagan” aplican hoy, más que nunca, en Internet.
- Enseñemos a los niños a configurar la privacidad, a proteger los datos, a elegir qué compartir y con quién. Revisemos permanentemente el ejemplo que damos a los chicos con nuestra propia forma de estar conectados.

ALGUNOS INDICIOS PARA DETECTAR EL CIBERBULLYING

En los talleres y conferencias para padres, suelen preguntarme de qué manera uno se puede dar cuenta de que a su hijo “le hacen” cyberbullying, ya que mi propuesta respecto de esta problemática no se focaliza en los mecanismos de control externo. Es decir, de qué modo podemos involucrarnos y conocer las actividades de los chicos en las redes sin caer en revisar, leer correos, controlar contactos.

Desde ya que no es fácil, porque para esto no hay fórmulas. Lo que nos va a permitir detectar precozmente si nuestros chicos tienen experiencias negativas en la Web es sobre todo su estado de ánimo, su conducta, su modo particular de relacionarse con la tecnología. ¿Observamos que está muy ansioso cuando mira su celular? ¿Se esconde para usarlo? ¿Se sobresalta al escuchar el sonidito de WhatsApp? ¿Se altera si por casualidad tomamos su celular o su *tablet*? ¿Come y duerme como lo hace habitualmente? ¿Nos responde si le preguntamos acerca de su actividad en las redes? ¿Evita nuestras preguntas? ¿Se enoja o irrita con facilidad?

Las respuestas a estas preguntas nos darán indicios. Si nuestros hijos o alumnos se muestran irascibles y fastidiosos, muy pendientes de la conexión a Internet, desanimados ante propuestas de actividades que no incluyen wi-fi, asustados o ansiosos, algo de esto podría estar sucediendo.

Todo lo antedicho se refiere a lo observable, a lo que podemos ver nosotros mismos, pero para la detección considero además fundamental nuestra disponibilidad al diálogo; si podemos hablar con los chicos, todo será más fácil. Para eso es importante conocer al menos superficialmente las plataformas, sitios y redes pero, sobre todo, recordar y tener presente que también nosotros fuimos chicos, pasamos con penas y glorias por la adolescencia y, ahora, somos adultos. Adultos que no pueden ni deben abandonar su lugar. Consideremos también que si los chicos temen quedarse sin celular o computadora ante los inconvenientes que puedan surgir, no nos van a pedir ayuda cuando la necesiten.

En nuestra observación, tengamos presente que los celulares, al ser dispositivos

personales, pueden llevar a los chicos a encerrarse para chatear. A diferencia de las computadoras fijas, los celulares se pueden llevar a cualquier sitio, no se comparten, sirven para todo y nos comunican con mucha rapidez. Los podemos encender y apagar con facilidad, esconder y silenciar.

En esta época, observar el estado de ánimo de nuestros hijos es imperativo. Necesitamos vincularnos con ellos, con sus emociones y posibilidades de expresión. Ver y sentir cómo están cuando se conectan, cuánta ansiedad y dependencia manifiestan, si pueden desprenderse de los dispositivos y disfrutar de actividades libres de wi-fi, si pueden jugar sin Internet. Si notamos que nuestros hijos están atemorizados, se sobresaltan ante un llamado de teléfono, se esconden para revisar sus mensajes, tapan sus pantallas si nosotros nos acercamos, algo podría estar pasando.

Compartimos aquí algunos signos básicos, indicadores de que nuestros hijos podrían estar atravesando situaciones de ciberbullying:

- Cambios de conducta.
- Cambios en el rendimiento escolar.
- Dificultades para conciliar el sueño, pesadillas, excesivas ganas de dormir, terrores nocturnos.
- Cambios en la alimentación (dejan de comer o comen en exceso).
- Tristeza, llanto inmotivado.
- Aislamiento, retraimiento.
- Irritabilidad, nerviosismo.
- Control excesivo de sus redes sociales, dificultad para alejarse de sus dispositivos.

Como vemos, se trata de signos generales que, en sí mismos, no sirven como diagnóstico. Por eso, necesitan ser abordados en contexto, investigados y comprendidos, antes de que podamos hablar de ciberbullying.

¿CÓMO ABORDAR SITUACIONES DE CIBERBULLYING?

Lo más importante que debemos transmitir a los chicos es que si tienen un problema, nunca deben mantenerlo en secreto. Los secretos en Internet son los mejores aliados de quienes quieren hacer daño. El secreto, sumado a la culpa, puede transformarse en una bomba explosiva. Por eso, debemos brindar la confianza necesaria a los chicos para que sepan que siempre tienen que hablar de lo que les preocupa en la red.

Si tienen problemas en relación con el ciberbullying, los chicos deben saber que:

- Se puede bloquear al contacto del que proviene el maltrato.

- Se lo puede denunciar al moderador de la página. Se puede acudir al servidor o sitio web.
- Es bueno conservar copia de las agresiones, no para armar un bibliorato, sino para explicar el porqué de las denuncias, en caso de ser necesario.
- Aunque sea difícil, hay que comprender que es el agresor quien tiene un problema, y que no es uno el que tiene que cambiar; que el que agrede escondido tras un perfil falso, es cobarde.
- Se puede intentar conectarse menos, al menos durante un tiempo, a modo de “desintoxicación”.
- Se pueden cerrar transitoriamente los perfiles en las redes sociales.
- Se puede, llegado el caso, cambiar el número de teléfono celular.
- No es bueno buscar venganza, devolver las agresiones, responder a comentarios hirientes, intentar rebatir cuestionamientos. Lo que busca quien hace ciberbullying es notoriedad, exposición de su víctima, comentarios, viralización, y responderle sumaría en ese sentido.
- Si uno no es protagonista directo del ciberbullying, para que disminuya es clave no unirse a los agravios. No sumar seguidores a las páginas agraviantes, no integrar grupos discriminatorios, evitar la viralización de contenidos agresivos. Sin público se acaba el espectáculo y, por eso, el rol del espectador puede ser definitorio. Trabajemos el cuidado del otro, el respeto por la privacidad de los demás, otorguemos a los espectadores el poder que tienen para terminar con esto.

En Internet, circula mucha información sobre las reglas de “netiqueta”, (2) que sin duda son muy acertadas. Sin embargo, no debemos olvidar que si los adolescentes, por definición, no son muy amigos de las “reglas de etiqueta” fuera de la red, ¿por qué lo serían dentro? Trabajemos en el sentido de generar encuentros sin dominadores ni dominados, de igual a igual, con conflictos, aciertos y desaciertos, pero en situación de paridad.

Hemos insistido en que tratar de ignorar el problema, en general lo agranda. Y lo mismo puede pasar con las respuestas inconsultas o irreflexivas. Por eso, recomiendo no tomar nunca decisiones referidas a un hijo y las redes sin hablar con él primero. En caso de descubrir contenidos humillantes en las redes, no debemos enviarlos a terceras personas “para ayudar a nuestro hijo” porque lo estaríamos traicionando sin intención. Los chicos necesitan confiar en que nuestras intervenciones serán para preservarlos, no para exponerlos nuevamente.

En la misma línea que ante el bullying cara a cara, frente a situaciones de ciberbullying no sirve que los padres:

- Vayan al choque al colegio a echar responsabilidades y culpas.
- Llamen de modo agresivo a los padres de los compañeros implicados para “resolver

- el problema por cuenta propia”.
- “Den letra” a su hijo detrás de la computadora o el celular para que responda a sus agresores.
 - Expongan los materiales humillantes de sus hijos en sus propios muros para llamar la atención de toda la comunidad.
 - Repliquen fotos, memes, perfiles o blogs en sus propias redes para “escrachar” a quienes humillan a sus hijos.
 - Reprochen a sus hijos por todo lo que ellos supuestamente han hecho para estar en ese lugar: “No deberías haber aceptado a ese chico en tu lista de contactos”, “Si no hubieras ido a esa fiesta, no te habrían sacado esa foto”, “Me tendrías que haber hecho caso cuando te dije que ese pibe no era para vos” son frases que no suman a la hora de contener a los chicos. Ellos están lastimados, ya se dan cuenta de que hicieron algo mal y lo que menos necesitan es que se lo recordemos con insistencia.
 - Compartan con la familia, amigos o profesionales los mensajes agresivos, agravios, comentarios hirientes, diálogos o mensajes de audio donde sus hijos son maltratados. Hay que evitar seguir exponiendo la intimidad y el dolor de los chicos.
 - Se desborden de angustia y se autorrecriminen por no haber evitado lo sucedido.
 - Adopten una actitud extremadamente controladora, como pedir claves, contraseñas y copias de todo lo que intercambien sus hijos.
 - Prohíban a sus hijos el acceso a las redes.

Los chicos necesitan adultos confiables, disponibles y capaces de revisar sus propias actitudes; padres conscientes de los riesgos y al mismo tiempo seguros de su rol, que valoran y reconocen a los docentes de sus hijos. Que pueden acercarse a trabajar junto con ellos y no contra ellos. Esto podrá lograrse únicamente si los docentes miran a los padres de la misma manera.

No es nada fácil educar hoy. Estamos en una época signada por el cambio vertiginoso, en la que se han acelerado también los procesos de diferenciación entre generaciones. Niños y adolescentes mueven todas nuestras estructuras, ponen a prueba nuestra capacidad de comprensión, nos invitan a repensar y reformular aquello que aprendimos como hijos. Aceptemos el desafío, porque ¡vale la pena!

1. Educadora, pedagoga y médica italiana (1870-1952), cuyas ideas tuvieron un enorme impacto en la renovación de los métodos pedagógicos a principios del siglo XX.

2. Castellанизación de *netiquette*, palabra derivada del francés *étiquette* y del inglés net o *network*, y que se usa para referirse al conjunto de normas de comportamiento general en Internet.

CONCLUSIONES

Hace un par de meses, decidida a utilizar Snapchat para actualizarme, acepté que una adolescente que atiende en el consultorio me instalara esa aplicación, tan en boga en estos días. Ella, hiperconectada y experta, me enseñó lo básico y yo, atenta a las prevenciones y cuidados que proclamo, acepté solo el contacto de la joven, para empezar. Limité muy bien la privacidad y cerré la posibilidad a que me contactaran mis “amigos” o seguidores de otras redes, no fuera que cualquiera pudiera pedirme amistad. Así, contenta y curiosa, investigué durante un rato las opciones de la aplicación y traté de aprender a modificar fotos, ponerme orejas de ratón e intercambiar caras con mi marido. Cuando a la semana siguiente volvió a venir la jovencita, le comenté algo frustrada: “No hay forma, no entendí cómo mandar fotos por Snapchat”, a lo que me miró sorprendida y anunció lo peor: “María, me mandaste mil fotos; no sé si es con tu marido o tu novio, pero me mandaste *un toco*, todo bien”.

Días atrás, una pareja de padres jóvenes que conozco discutía acerca de si le podían dejar usar el celular o no a su hija de 8 años. No se ponían de acuerdo, uno bregaba por la abstinencia total de pantallas y otro, más moderado, consideraba que podía prestarle su celular a la hija porque, de todas maneras, el teléfono tenía una clave de acceso para cuidarla. La carcajada llegó cuando la niñita, allí presente, dijo: “Sí, má, la clave la puse yo”.

Para completar el panorama, relato una tercera situación. Hace pocas semanas, justo antes del Día del Niño, pasé por la verdulería en la que compro habitualmente y la charla con el empleado, que apenas supera los 20 años, derivó hacia el tema de los regalos para los chicos. Enternecido, el muchacho me contó que tenía una hija de 1 año y 7 meses, a la que, con la madre, habían decidido regalarle una *tablet*. “Es que siempre nos saca los celulares –me dijo– y así no jode.”

En eso estamos los adultos: intentando actualizarnos, algunos con más éxito que otros, algunos más comprometidos, preocupados y ocupados.

Lo cierto es que la tecnología llegó para quedarse y es maravillosa. Nos abre al mundo, nos invita a actualizarnos todo el tiempo, a producir activamente contenidos, nos ofrece posibilidades y herramientas que de otro modo serían inaccesibles. Internet y los dispositivos móviles nos ayudan, resuelven y sostienen: desde la alarma del celular para

despertarnos a la mañana hasta la posibilidad de archivar en cualquier momento imágenes, textos, ideas y conceptos; desde conocer la temperatura y el pronóstico del tiempo, horarios de vuelos, las mejores formas de viajar en colectivo o tren hasta diccionarios y traductores instantáneos, todo está ahí, a mano y disponible las veinticuatro horas, los trescientos sesenta y cinco días del año. Mientras haya wi-fi y tengamos batería, la diversión y la comunicación están garantizadas.

No considero, entonces, que tenga sentido cualquier respuesta que pretenda de alguna manera volver el tiempo atrás, como si toda esta oleada tecnológica no existiera o pudiera revertirse, para dejar de influir en la vida de nuestros hijos.

El problema surge cuando no podemos desconectar, cuando por estar pendientes de lo que ocurre en el celular o la *tablet* olvidamos a quien tenemos enfrente. También cuando nuestros hijos son permanentemente expuestos por nosotros mismos en las redes. Pretendemos que los niños y adolescentes aprendan a hacer un uso responsable de la tecnología, mientras que nosotros participamos de grupos de padres en WhatsApp que, a menudo, embrollan la comunicación o atendemos el celular mientras conducimos, o chateamos con amigas mientras cenamos en familia.

Cuando los adultos tenemos estas conductas estamos dando, tal vez sin percibirlo, mensajes contradictorios a los chicos. “Haz lo que yo digo y no lo que yo hago” cobra hoy una enorme vigencia. Claro que cuando nuestros hijos son adolescentes nos atacan miedos y dudas, y ahí es cuando queremos participar, saber y evitar cualquier problema que pueda surgir.

Para empeorar la situación, desde los medios de comunicación nos abruma con noticias terribles, que a veces confunden lo que es un problema más o menos grave entre pares – como el ciberbullying– con lo que recae en el ámbito del delito. No considero que las dificultades vinculares entre los chicos puedan equipararse al delito informático o al crimen organizado. De la misma manera, insisto en diferenciar lo que es descubrir la propia sexualidad de la pedofilia o el grooming de adultos enfermos. Subir fotos e intercambiar palabras entre adolescentes que se conocen, desean o aman nada tiene que ver con buscar, desde perfiles falsos, niños o niñas para abusar o extorsionar.

Lo que sucede es que para nosotros, los que nacimos sin Internet y fuimos accediendo al mundo digital más o menos a los pochazos, los límites no están claros. Confundimos conceptos y miramos la vida de los chicos con nuestros propios esquemas. Nos escandalizamos a menudo y pretendemos aplicar en estas nuevas situaciones nuestros modelos analógicos de privacidad e intimidad.

Como cantaba Sui Generis, “hubo un tiempo que fue hermoso y fui libre de verdad, guardaba todos mis sueños en castillos de cristal”. (1) Un tiempo en el que todo lo que hacíamos fluía sin dejar demasiados rastros. Quedaron los recuerdos compartidos, las fotos en papel y algún texto escrito en las viejas agendas, pero no más que eso. Nuestro

“currículum vitae” de trasnochadas adolescentes, borracheras e intimidades no fue casi registrado; no quedó la historia escrita –con pelos y señales– de todo lo hecho o fantaseado en esa época.

Esto es lo que podríamos considerar para acercarnos a los chicos. Las herramientas de hoy, a diferencia de las que tuvimos nosotros, les ofrecen espacios difusos y posibilidades de exponerse con facilidad, a edades en que la evaluación de consecuencias no es la actividad favorita. Despreocupados, curiosos, inacabados y muchas veces confusos, los chicos se buscan en la red. Se conocen, se conectan, se aman y se pelean. Y de todo eso, hoy quedan rastros.

Si pensamos que solo hay que prevenir riesgos y abusos en la red cuando los chicos inician la pubertad, lamento decirles que llegamos un poco tarde. Es difícil que podamos explicarles todo junto, advertir y confiar, elegir formas de control para protegerlos sin haber entendido demasiado cómo son los códigos. La prevención, por el contrario, comienza con la vida misma. Empezamos a prevenir si evitamos subir a la red las fotos del parto o de nuestros hijos bebés desnudos. Si reconectamos entre nosotros y elegimos, a conciencia, qué compartir y qué no. Si dejamos de exigir a los chicos una “sonrisa para la foto” permanente sin considerar sus tiempos y emociones. Hacemos prevención si dejamos de exponer las angustias y logros de los chicos como bienes personales (nuestros), para abrazarlos con los dos brazos, “con todo el cuerpo”, escuchándolos, o mirando con ellos videos de *youtubers*.

Y, fundamentalmente, también hacemos prevención si les enseñamos a decir “no” en voz alta, calma, segura y firme. Ese “no” lo aprenderán ellos si en su momento se lo dijimos nosotros. Y podrán usarlo cuando se sientan avasallados, intimidados u obligados a “pertenecer” cueste lo que cueste.

1. Sui Generis, “Canción para mi muerte”, del álbum *Vida* (1972).

GLOSARIO

Aplicación. En informática, es un tipo de programa que permite al usuario realizar distintos tipos de trabajos (escribir textos, hacer la contabilidad, etc.). Eso lo diferencia de otros, como los sistemas operativos, que hacen funcionar la computadora.

La aplicación más difundida para procesar textos es el Word.

App. Abreviatura de la palabra inglesa *application*, que se usa sobre todo para aplicaciones destinadas a *tablets* o *smartphones* (Iphone, Samsung Galaxy, etc.).

¿Te bajaste la app del cine para conseguir entradas 2x1?

Avatar. Imagen pequeña que puede subir un usuario para su identificación, y en algunos programas también se denomina “foto de perfil”.

En tu avatar parece que tuvieras 8 años, ya es hora de que lo cambies.

Banear. Bloquear o suspender a un usuario en una red, foro o juego, por no respetar las reglas.

Lo banearon en Facebook por subir una foto desnudo.

BFF. Siglas de *best friends forever*, o “mejores amigas para siempre”, muy utilizadas en Facebook, Twitter, Instagram, Snapchat y otras redes sociales.

Julieta me ponía BFF en todas las fotos y ahora ni me habla.

Blog. Del inglés *web log*, es un sitio web organizado a modo de diario personal, en el que el autor publica contenidos, en general breves y actualizados con frecuencia. A menudo pueden ser comentados por los lectores.

Lucía abrió un blog sobre comida sana y ya tiene diez mil seguidores.

Blogger. Se aplica a las personas que logran vivir de la publicidad en sus blogs o alcanzan notoriedad por lo que postean. Son un mínimo porcentaje del total.

Quién diría que Javier iba a ganar tanto como blogger de tecnología.

Bluetooth. Es una forma de comunicación inalámbrica entre dispositivos (computadoras, celulares, *tablets*) que utiliza radiofrecuencia.

Como me olvidé el cable, me bajé la foto del teléfono a la compu por bluetooth.

Catfishing, catfish. Persona que crea perfiles falsos en las redes sociales, para engañar a otros. Se traduciría como “pez gato” y se relaciona con el programa estadounidense *Catfish: the TV show* o *Mentiras en la Red*, emitido por el canal MTV.

El que me está hablando en Facebook me da desconfianza, debe ser un catfish.

Chat, chatear. Charlar o conversar a través de Internet, entre dos o más personas.

Me pasé la tarde chateando con Paula, nos pusimos al día.

Chitero. Persona que hace trampa en los videojuegos (del inglés *cheat*, que se traduce por “trampa” o “engaño”).

Nadie quiere jugar a la Play con Tomás, porque es un chitero.

Emojis. Pequeñas imágenes de temas diversos, disponibles para ser utilizadas en las conversaciones de texto o chats, popularizadas en principio en Japón y luego universalizadas.

¿Viste que salieron emojis nuevos en WhatsApp?

Emoticones. Palabra formada por los términos “*emotion*” e “*icon*”. Imágenes que representan expresiones faciales de sentimientos y se utilizan en los chats. Originalmente se generaban con los caracteres del teclado, como :-) para la sonrisa.

Qué lindo el emoticón que me mandaste recién.

Escrachar. Dejar en evidencia a alguien. En Internet se usa para referirse a la publicación de algo que puede avergonzar.

La escrachó subiendo las fotos de ella borracha en la fiesta.

Espoilear. Del inglés *spoil* que significa “echar a perder”. Contar una parte importante de un programa de televisión, película, libro, etc., que arruina su visualización o lectura.

Te quiero matar, vi seis temporadas de Lost y me espoileaste el final.

Fake. Falso. Se usa tanto para referirse a contenidos falsos como a perfiles apócrifos de

personas famosas.

Yo seguía en Twitter a Andy Kusnetzoff, y ahora me enteré de que era un fake.

Flyer. Imagen informativa o publicitaria, para difundir en las redes sociales. El nombre proviene del “volante” impreso.

Vi en Facebook el flyer de tu conferencia y voy a ir.

Follow, follower. Seguir, seguidor, utilizado en las redes sociales y blogs.

Tinelli tiene casi nueve millones de followers en Twitter.

Fotolog. Es un tipo de blog en el que se agrega una fotografía destacada por cada publicación y fue muy popular antes de la explosión de las redes sociales. La palabra tiene como origen el inglés *photoblog* y el sitio es *fotolog.com*.

Pasá por mi fotolog y firmame, después paso yo por el tuyo.

Gameplay. Pequeño resumen en video sobre las características de un juego.

Antes de comprarme un juego, siempre busco un gameplay en YouTube, para no decepcionarme.

Gamer. Persona apasionada por los juegos en red. Algunos pueden llegar incluso a jugarlos en forma profesional.

A Lucas no hay manera de ganarle al League of Legends, es un gamer.

Gif. Tipo de archivo para imágenes. Es muy utilizado porque permite reducir mucho su peso aunque con pérdida de calidad. Su popularidad volvió a partir de que las redes sociales han incluido la posibilidad de subir animaciones de poco peso en formato gif.

¿Viste el gif del perrito que da vueltas? Es re tierno...

Google. Motor de búsqueda más popular en la Web, al punto que “googlear” se ha vuelto sinónimo de buscar información en Internet.

Si no sabés lo que quiere decir no me hagas perder el tiempo, googlealo.

Grooming. Conductas deliberadas de un adulto para ganarse la confianza de un menor, disminuir sus inhibiciones y poder abusar sexualmente de él; en algunos casos para introducirlo a la producción de material pornográfico o prostitución infantil. Quien lo hace es denominado “groomer”.

No confíes en quien no conozcas en la Web, puede ser un intento de grooming.

Hackear. Hoy se usa para describir la entrada forzosa a un sistema o dispositivo informático (también llamado “*crackear*”), aunque originalmente se denominaba “*hacker*” al apasionado por la seguridad informática.

Me hackearon el Facebook y publicaron cosas que me dan mucha vergüenza.

Hashtag. Tema sobre el que se desarrolla una conversación en Twitter, que se genera anteponiendo el símbolo numeral (#) a una palabra o frase. El sistema permite ver todos los mensajes que tienen el mismo hashtag juntos, por lo cual se usa habitualmente en los medios de comunicación para generar debates sobre algún tema.

Qué emoción #DelPetroCampeón.

Hater. Persona que muestra sistemáticamente actitudes negativas y hostiles ante alguna cuestión (“odiador”).

No importa que Messi haga cinco goles en un partido, siempre va a haber un hater que lo critique porque sí.

Letsplaying. Grabar un videojuego mientras se lo utiliza, con comentarios o imágenes realizadas por el jugador, que luego suele compartirse a través de YouTube.

Buscate un letsplaying de este juego, que te cuenta todos los trucos.

Likear. Poner *like* o “me gusta” a una publicación en las redes sociales.

La foto en la playa me la likearon todos, estoy re contenta.

LOL. Iniciales de *lots of laughs* o *laughing out loud*, que se traduce por “reírse mucho” y suele utilizarse para chatear. Más recientemente, LOL se usa también para referirse al League of Legends, uno de los videojuegos más populares.

Me mató ese comentario, LOL.

Manquear. De “manco”. Forma despectiva de referirse a un jugador novato o poco hábil.

Tenía el gol hecho, pero la re manqueó.

Meme. En Internet y particularmente en las redes sociales, es una idea, situación o expresión que se replica de persona a persona hasta alcanzar una amplia difusión.

Esa frase de Maradona ya se volvió un meme.

Mobbing. Acoso o trato hostil y vejatorio sistemático a que es sometida una persona en

el trabajo.

El ambiente de trabajo en esa empresa es pésimo y hubo varios casos de mobbing.

Mods. Modificaciones o extensiones que los jugadores pueden hacerle a los videojuegos, para incorporar ambientaciones, personajes, objetos, etc.

Qué bueno el mod que le hiciste al Counter Strike, sos un grosso.

Nerd. Estereotipo de la persona de alto coeficiente intelectual, muy estudiosa y con escasas habilidades para la socialización; a menudo se usa peyorativamente.

No invites a Tomás a la fiesta, es un nerd.

Nickname, nick. Nombre de usuario, apodo o alias en un sistema o red social.

Juancho, con ese nick que te pusiste enseguida me di cuenta de que eras vos.

Nomofobia. Miedo incontrolable a salir de la casa sin el teléfono celular; contracción de la frase inglesa *no mobile phone phobia*.

Ya me parecía que Caro estaba exagerando con el celular, está en tratamiento por nomofobia.

Noob. Llamado también “n00b”, es alguien muy principiante en un foro, sitio o juego, del que desconoce reglas o códigos básicos.

No me preguntes nada de ese juego, porque lo tengo pero soy re noob.

Pantallear. En los videojuegos de usuarios múltiples, espiar la pantalla del oponente mientras juega, para obtener información útil para derrotarlo.

Nacho no se da cuenta de que Martín está pantalleando.

Pedófilo. Persona (mayor de 16 años) que obtiene excitación o placer sexual a través de actividades o fantasías sexuales con niños menores de 12.

El profesor parecía tan bueno y resultó un pedófilo.

Phubbing. Ignorar el entorno por concentrarse en un dispositivo tecnológico móvil, ya sea teléfono, *tablet* o *notebook*. Combinación de las palabras *phone* (teléfono) y *snubbing* (despremiar).

Desde que Marcos compró el último celular está alienado, ya es un caso de phubbing.

Portal. Sitio web que ofrece al usuario, de forma fácil e integrada, acceso a una serie de recursos y de servicios relacionados con un mismo tema, como información, buscadores, foros de discusión, etc.

Por suerte en un portal de Química español encontré todo lo que me pidieron para el trabajo práctico.

Postear. Castellanización del término inglés *to post*, que se aplica a enviar un mensaje a un grupo de noticias, foro de discusión, hacer comentarios en un sitio web o un blog, a una publicación de Facebook o Twitter, etc.

Nunca pensé que lo que posteé iba a tener tanta repercusión.

Red social. En Internet, es un sitio web formado por una comunidad de personas, que pueden entrar en contacto e intercambiar información. Las más famosas son Facebook y Twitter, pero hay también redes sociales de trabajo, como LinkedIn, o temáticas, como Flickr, de fotografía.

En las redes sociales me reencontré con muchos amigos de la escuela primaria.

Sexting. Envío de contenidos eróticos o pornográficos por medio de teléfonos móviles, práctica extendida entre jóvenes y cada vez más entre adolescentes. Es una contracción de las palabras inglesas “sex” y “texting”.

A Lucía no la dejan salir de noche, pero se la pasa en su cuarto sexteando con el novio.

Sextorsión. Chantaje a una persona a partir de una imagen o video de sí misma desnuda o realizando actos sexuales, que generalmente ha sido compartida mediante sexting. La víctima es coaccionada para entregar más imágenes, tener relaciones sexuales o alguna otra contrapartida.

Melu empezó mandando fotos hot como un juego y terminó siendo víctima de sextorsión.

Sitio de citas. Sitios web que ofrecen la posibilidad de conocer y contactar gente con el fin de encontrar pareja, ya sea para quienes buscan relaciones duraderas como para los que solo quieren tener sexo.

Manuel conoció a la novia en un sitio de citas y ya hace dos años que están juntos.

Stalkear, stalker. Revisar recurrentemente la información del perfil de otra persona en una red social o foro; en países de habla inglesa, la palabra tiene una connotación más

fuerte, cercana al acoso.

Por todo lo que sabés de mí, veo que me estuviste stalkeando.

Tag. En inglés significa “etiqueta” o “etiquetar”, y en Internet se aplica a las palabras que se agregan para identificar un contenido, por ejemplo, el nombre en la foto de una persona, u otras palabras relacionadas que facilitan la aparición en los buscadores. También se usa “taguear”, como verbo castellanizado.

Te dije que no me taguearas en esa foto, salí muy mal.

Telegram. Servicio de mensajería por Internet disponible desde 2013 y similar a WhatsApp, que ofrecía mayor seguridad por ser el único que enviaba los mensajes en forma cifrada, característica que luego agregaron también sus competidores.

Pedro trata de convencer a todos de que se bajen Telegram, dice que está buenísimo.

Trending topic (TT). Se refiere a las palabras o frases más repetidas en un momento, en Twitter, que muestra este *ranking* a sus usuarios.

No puedo creer que las pavadas que dice ese periodista se hayan vuelto trending topic.

Trol, troll. Persona que publica mensajes provocadores, irrelevantes o fuera de tema en una red social, foro o blog, con el fin de molestar o generar una respuesta negativa de parte de los usuarios.

No discutas con ese tipo, seguro que es un troll.

Tuitear. Publicar tuits (textos de hasta 140 caracteres) en la red social Twitter.

Me enteré de todo porque Santi se la pasó tuiteando en la fiesta de egresados.

Tutorial. Videos instructivos de autoaprendizaje, que muestran al usuario el desarrollo o los pasos para realizar determinada actividad, desde el arreglo de algo en el hogar hasta los trucos para un videojuego.

No sabía cómo cambiar las bujías del auto, pero en YouTube encontré un tutorial que me salvó.

Viciado, viciar. En la jerga de los chicos, alguien que exagera con el uso de los videojuegos.

Me quedé toda la noche viciando con el Counter Strike.

Viral, viralizar. Contenido que se reproduce en Internet de forma exponencial, sin

publicidad, solo con la difusión “boca a boca”, hasta alcanzar en algunos casos millones de vistas.

Subí el video de mi cachorrito nuevo y se viralizó.

Vlogger. Contracción de “video-blogger”. Persona que produce videos con una crítica social en tono humorístico y habitualmente los publica en YouTube.

Encontré un video genial de un vlogger sobre los que exageran con las dietas.

Webcam. Cámara de video, en general incluida en los dispositivos tecnológicos, con la que se pueden hacer videochats o videoconferencias en la Web.

Julieta se la pasa filmándose con la webcam y publicándolo en Twitter.

Wi-fi. Conexión inalámbrica a Internet.

¿Me decís la clave del wi-fi de acá, para bajar e-mails?

Wikipedia. Enciclopedia *online* basada en el concepto “wiki”: se escribe de manera voluntaria y colaborativa, y sus contenidos pueden ser modificados por los usuarios, con ciertas restricciones.

Si no lo sabés, fijate en Wikipedia que seguro lo encontrás.

YouTube. Sitio web muy popular que permite compartir y ver videos en Internet gratuitamente.

Voy a buscar versiones inéditas de los Rolling en YouTube.

Youtuber. Persona que con los videos que produce para YouTube logra ganar dinero, a partir del sistema de publicidad de ese sitio; El Rubius y Soy Germán son algunos de los más conocidos.

Desde que vio al Rubius, mi hermanito quiere ser youtuber.

BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA

- Avilés Martínez, José María (2006): *Bullying: el maltrato entre iguales. Agresores, víctimas y testigos en la escuela*, Salamanca, Amarú.
- Bacher, Silvia (2016): *Navegar entre culturas. Educación, comunicación y ciudadanía digital*, Buenos Aires, Paidós.
- Bonaga, Cristina y Turiel, Héctor (2016): *Mamá, ¡quiero ser youtuber!*, Barcelona, Temas de Hoy.
- Calvo Rodríguez, Ángel y Ballester Fernández, Francisco (2007): *Acoso escolar: procedimientos de intervención*, Madrid, EOS.
- Cerezo, Fuensanta; Calvo, Ángel y Sánchez, Consuelo (2011): *Intervención psicoeducativa y tratamiento diferenciado del bullying. Concienciar, informar y prevenir*, Madrid, Pirámide.
- Elliott, Michele (2008): *Intimidación. Una guía práctica para combatir el miedo en las escuelas*, Buenos Aires, FCE.
- Fedeli, Daniele (2007): *Strategie antibullismo*, Milán, Giunti.
- Fonzi, Ada y Fonzi, Carlotta (2012): *Abbasso i bulli. Come guarire prepotenti e vittime*, Florencia, Adriano Salani.
- Kowalski, Robin; Limber, Susan y Agatson, Patricia (2010): *Cyber Bullying. El acoso escolar en la er@digit@l*, Madrid, Desclée De Brouwer.
- Morduchowicz, Roxana (2012): *Los adolescentes y las redes sociales*, Buenos Aires, FCE.
- Olweus, Dan (1998): *Conductas de acoso y amenaza entre escolares*, Madrid, Morata.
- Onetto, Fernando (2008): *Climas educativos y pronósticos de violencia. Condiciones institucionales de la convivencia escolar*, Buenos Aires, Noveduc.
- Serrano, Ángela (2006): *Acoso y violencia en la escuela. Detectar, prevenir y resolver el "bullying"*, Barcelona, Ariel.

Sullivan, Keith; Cleary, Mark y Sullivan, Ginny (2010): *Bullying en la enseñanza secundaria. El acoso escolar: cómo se presenta y cómo afrontarlo*, Barcelona, CEAC.

Zysman, María (2014): *Bullying. Cómo prevenir e intervenir en situaciones de acoso escolar*, Buenos Aires, Paidós.

Índice

Portadilla	4
Agradecimientos	8
Prólogo, por Juan Miceli	10
Introducción	13
Capítulo 1. Mundos paralelos	17
Mundo real versus mundo virtual	18
De lo analógico a lo digital, en primera persona	18
¿Para qué nos sirve Internet?	19
Los chicos y las redes sociales	21
Todo tiene riesgo	23
Capítulo 2. Nuevas formas de comunicación	26
Nuevas maneras de vincularse y nuevas maneras de aprender	27
Atención y desatención en el siglo XXI	28
Cuando las redes son más tentadoras que la realidad	29
Hiperconexión e información en exceso	30
Todo a un click	31
¿Quién está del otro lado de la pantalla?	32
Capítulo 3. Riesgos en el ciberespacio	34
¿Nuevos nombres a antiguos miedos?	35
Recuerdos y comparaciones que nos alejan de las nuevas generaciones	35
Edades y roles en la red	36
¿Quién es quién?, o acerca de los riesgos propiamente dichos	37
Cuando el silencio tiene sus razones	42
Los adolescentes, la intimidad y el sexting	43
¿Qué es el grooming?	44
Capítulo 4. Transgresiones en la red	46
Pantallas, pantallazos y apantallados	47
Búsquedas de identidad y pantallas como espejo	48
Adolescentes y sexualidad en la red	49
Exposición a cualquier precio	51
“Huella digital”, mucho más que un like	51

Capítulo 5. Culto a la imagen	56
Obsesión por la juventud y la belleza	57
Cuanto más likes, más alta la autoestima	58
Amores y peleas, aburrimiento y contemplación	62
Capítulo 6. Padres enredados	64
Padres, madres y docentes también somos parte de la red	65
Y nosotros, ¿cómo nos manejamos?	66
¿Qué mostramos de nuestros hijos?	67
Ser referentes y contener los desbordes	69
Caminos, errores y sugerencias	72
Capítulo 7. Cómo controlar y supervisar	74
¿Cuál es el lugar justo para acompañar a nuestros hijos?	75
¿Qué podemos hacer para prevenir?	76
Algunos indicios para detectar el ciberbullying	80
¿Cómo abordar situaciones de ciberbullying?	81
Conclusiones	85
Glosario	88
Bibliografía sugerida	96